

LA VIÑA ESTÉRIL

ABELARDO ARIAS



Lectulandia

En esta historia de una estéril pasión amorosa que conmueve a una familia tradicional Abelardo Arias retorna al mundo de *Álamos talados*. La fatalidad que trastorna a los Aranda es de algún modo arquetípica y se confunde con la tierra cordillerana, el trasfondo primitivo e imperecedero. Arias cuenta el drama de los Aranda en un estilo escueto, conciso, admirablemente adecuado a los pormenores y circunstancias de una «novela de acción», tal como la entendían Stendhal y Balzac.

Lectulandia

Abelardo Arias

La viña estéril

ePub r1.0
diegoan 08.12.16

Título original: *La viña estéril*

Abelardo Arias, 1968

Editor digital: diegoan

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El futuro me interesa más que el pasado; más aun, aquello que no es de mañana ni de ayer, pero del que siempre se pueda decir que es hoy.

ANDRÉ GIDE

El amor es el objeto final de la historia universal, el amén del universo.

NOVALIS

El suelo se estremecía con movimiento áspero y continuado; otras veces, se encrespaba en un mar de olas oscuras. Los álamos, fustas gigantes, chicoteaban la noche. Gritos y chillidos horrorizados atravesaban la zarabanda monstruosa. Con desesperación, Diana hundió la mano entre las cañas resacas del techo de barro y paja; se la arañaban, oponiéndose a que pasara. El último intento. El polvo la asfixiaba entre el sordo bramido de la tierra estremecida por el terremoto. La tenue claridad le llegaría antes que el aire. O, quizá, todo sucediera demasiado tarde. Moriría de una manera absurda, irreal, aplastada por los adobes de un rancho y tratando de salvar al hijo de un peón. Ninguno de los Aranda lo creería, ni siquiera Martín.

I

Martín Aranda se incorporó; los cascos le repiqueteaban en el pecho, le temblaron las piernas. Arrojó el cigarrillo y adelantó unos pasos; los zapatos se hundían en la arena de desembanque del canal, las ramas pedigüeñas de los sauces lamían sus mejillas. El aire del río cercano aliviaba la piel y la tierra recalentadas por el sol; su cuerpo, y los otros, debían tener sabor acre de transpiración evaporada.

Corría el caballo cortajeado por la sombra de los álamos que la luna marcaba en el carril. Diana aparecía entre los angostos claros de los árboles; un chal de gasa flameaba a sus espaldas, como puesto de exprofeso para componer o prolongar la figura borroneando límites.

Apretó los labios, la dejaría pasar. No podía correr, prenderse del freno y detenerla como en alguna colorida ilustración romántica. Quedó inmóvil hasta que volvió a escuchar el susurro de las aguas gredosas en las cunetas. A la altura del callejón de la finca, el caballo disminuyó la marcha solo un instante y de nuevo los castos ametrallaron el macadam. Diana habría dudado o, quizá, fuera una señal. Se hundió en el túnel formado por las copas de los carolinos entrecruzadas sobre el camino, absorbida por la noche.

Desde las casas llegaron ladridos. Absurdo esperar tanto para comprobar lo que todos comentarían. Atravesó el alambrado; un pinchazo le ardió en la pantorrilla, ya no tenía agilidad como para escurrirse sin tocar el hilo de púas. El perfume de los durazneros, cuyas ramas se descuajaban por los frutos, cedió ante el de las magnolias. Imágenes con sabor a álbum anacrónico, tapas de nácar, oro y plata, al cual hubieran arrancado determinadas fotografías para ocultárselas.

Quedaban luces en la pieza de su tía Tiburcia y en las dependencias del servicio. Crujía, en diálogo, en eco, el ripio del camino, que entre palmeras y siemprevivas llevaba hasta el edificio principal. La escalinata de mármol, los peldaños gastados. Se dejó caer en una de las reposeras de las galerías. Le extrañó no ver luz en el escritorio de su padre. Quiso imaginarse solo en el caserón; no podían considerarlo un intruso, pero sí una visita inesperada; su padre lo había dispuesto así. Las puertas y ventanas estaban cerradas, como para atajar extraños, inclusive las de su dormitorio.

Tiburcia se había estremecido al escuchar el galope solitario. Historias de enfermos desahuciados, partos anticipados, espantos. Se persignó de prisa y volvió a la tarea de ordenar esas ropitas de niña, que habían sido de Diana. Las guardaba en el baúl; los refuerzos de bronce de la tapa brillaban a la luz rosada del velador con pantalla de seda y moños de terciopelo; de vez en cuando, con aire de ritual, colocaba un ramito de lavanda y, bajo el plisado de encaje negro, sus pechos se elevaban para caer en afligido suspiro.

Reconoció el tranqueo de botas en el vestíbulo; sobresaltada, las manos se le atropellaban, guardó sin orden y cerró la tapa. Simuló limpiar los frascos de cristal del tocador; el espejo le devolvía sus mejillas regordetas llenas de reflejos titilantes.

Su hermano Rafael entró sin llamar. Un perfumero se le deslizó.

—¿Qué estabas haciendo?

—Nada..., estaba arreglando estas frioleras. Nada... Nada...

—Te he visto, no mientas, Tiburcia. Mañana haré que lleven ese baúl a la despensa.

—¡No, Rafael, no! ¡Es mío y mamá me ha dado permiso para tenerlo! —El aire de triunfo fue diluyéndose en ademán de súplica, se dejó caer en la poltrona meneando la cabeza—. Yo no sé cómo se te ocurrió mandar a Martín a esa universidad tan lejos... —Atraída por la tromba sucumbió a la idea más temida, se rendía a lo irremediable.

Le costó contenerse para no chirlearla. Algún día sus manos obrarían aunque todo se descubriera, hasta la forma humillante en que dependía de ella.

—¡Nada tiene que ver mi hijo con Diana! ¡Nada! ¡Ni lo tendrá! Lo de ellos fueron chiquilinas. ¿Entendiste? —exclamó, ronco de furor; la miró acoquinarse. Tras largo silencio, Tiburcia se animó a levantar la mirada; Rafael agregó, satisfecho—: Tenemos que dar las buenas noches a mamá.

Acompañado por Tiburcia, su madre no se atrevería a hacerle esa pregunta que cada noche esperaba con desazón; esa pregunta que para ella debía tener sabor a obligado examen diario de conciencia antes de entregarse al sueño, imagen religiosa de la muerte. Su madre creía en cosas que a él únicamente le molestaban, como dudas permanentes que se negaba a meditar.

En la pieza de costura, Tiburcia se adelantó para abrir la puerta. Su madre dormitaba semihundida entre almohadones. Respiró como cuando era chica y sacaba la cabeza luego de zambullirse en el canal. Entraba en la órbita de otro imán.

—¡Jesús, mamá, te vas a romadizar! —corrió a arroparla.

Alcira se sobresaltó.

—No, hija, si estaba rezando...

La dulzura imperiosa de esa voz borró a Rafael; ya no podrían quitarle su baúl. De no ser tan gorda, rondaría feliz y cantando alrededor de la cama, igual que en su infancia sin calesitas, infancia campesina.

—¿Será como el rosario de la Juana, que a las tres avemarías ya contesta con un ronquido?

Alcira sonrió. Alisaba las sábanas con movimiento distraído, sus manos se paseaban sobre ese vientre del cual habían nacido ella y Rafael. Imaginó las piernas abiertas. Tuvo necesidad de llevar las manos a su vientre, allí había estado Diana; todo era cuestión de vientre en las mujeres, «y bendito sea el fruto de tu vientre». Alcira cambió de expresión al dirigirse a Rafael.

—¿Ya has dispuesto para mañana?

—Sí, mamá, ya transmití sus órdenes... —el tono le sonó demasiado comedido, hasta servicial.

—Buenas noches... —Alcira se sorprendió al encontrarse sopesando la palabra

tan repetida—: hijo —concluyó, cuando él transponía la puerta contestando en voz apagada. Quiso olvidar el titubeo; abstraída miraba la piel floja, traslúcida, de sus manos. Inertes, descoloridas, las venas muy marcadas, se las atarían sobre el pecho en perenne actitud de rezo; el cura la bendeciría con el hisopo, luego de echarle el responso. En su final no cabía la menor duda; en el de Rafael, todas.

—Acuérdese, mamá, que las mañanas son muy frías —murmuró Tiburcia en cariñoso reproche. Arrebujaba la colorida frazada de telar; «la mano del corazón» mantenía el rosario tibio encontrado entre las ropas de la cama. En las cuentas de nácar acariciaba el roce incontable de los dedos de su madre. No podía narrar lo sucedido con Rafael, ni pedirle que le dejara conservar el baúl, perturbaría su sueño tan liviano. Enrolló el rosario en la perinola de la cabecera y encendió la mariposa de luz frente al fanal de la Virgen.

Martín divisó a su padre entrando en el escritorio; la misma silueta vista entre los frutales de la huerta. No le cupo dudas, su padre lo espiaba. Ante otros, Rafael se creía obligado a herirlo; a solas, permanecía en hosco silencio o lo esquivaba. Se incorporó, no podía quedar impasible. Encarándolo, repetiría una y otra vez el nombre de Diana; como acosquillar un padrillo en las verijas. Diana. Voluntaria o involuntariamente, todos giraban alrededor de ella con acciones, voces, abstenciones o silencios.

Miró a través de los visillos. Rafael estaba sentado ante el escritorio; un círculo de luz iluminaba papeles revueltos: facturas, catálogos y avisos. Solo sus manos tenían vida, anotaban cuidadosamente en la libreta que siempre llevaba consigo. Martín se contuvo ante el picaporte, la mano se le apuñó. Si entraba, abuela escucharía las voces airadas. Se corrió hasta la puerta de ella. La rendija de los postigos mostraba el respaldo de caoba de la cama, el rosario golpeteaba cuando ella se movía. Las herraduras del caballo de Diana. Al llegar a la pubertad, Martín creyó que, colgando lo mismo su rosario, evitaría movimientos de solitario placer en la cama; inútil, se producía una especie de compás sacrílego, lo guardó atemorizado. El temor de Dios; le enseñaban únicamente el temor de Dios.

Aligeró el paso en dirección de la cochera transformada en garaje. Si se le atravesara su padre ya no sería capaz de enfrentarlo. El respaldo de su cama y el de la abuela, ¿cómo podía asociarlos? Los lugares y las cosas volvían a sujetarlo por el sexo, el tiempo se negaba a transcurrir; seguía siendo un animalito sensual, un Aranda.

Su auto relucía, magnífico y austero al mismo tiempo, junto al viejo Buick; algo de la insolencia de la juventud. Tendrían que oírlo salir para que no les quedara duda, en particular a su padre. Atado a cadena, Chino masticó un ladrido amistoso a la espera de sus palmadas; ni lo rozó, a manera de pueril desquite.

Entró en el túnel de carolinos donde se había hundido la figura de Diana; tenía que haberlo hecho antes y no a los ocho días de su regreso de Europa. La calle se enangostaba para trepar en el terraplén del puente de cemento que atravesaba el río

Atuel. Ganó el auto a la oscuridad más densa del cerco de coposos tamarindos que rodeaba el viejo chalet. Allí habían vivido los Arenberg hasta que el padre de Diana hizo construir su exótico palacete de nuevo rico sudamericano, como él mismo lo tildó burlescamente. Una ventana iluminada; la recordaba perfectamente, el dormitorio de su prima. Desde ella, en el invierno, veían, como lento final de un relato de Juana, la cocinera, hundirse el sol tras la Cordillera, dorar el cielorraso, los labios; en lógico desarrollo, se besaban, después de que, como violento y obligado ritual, lograba someterla y dominarla por la fuerza. Se besaban en simple juego, hasta el día en que se contuvieron para mirarse asombrados, por causa de lo que acababan de descubrir en los labios. Ella los movió apenas para decir: «¿Y si Rafael lo supiera?». Se soltaron las manos.

A pie, se internó por uno de los senderos que bordeaban el río; el perfume penetrante de los pájaros bobos, esos altos arbustos, le cosquilleaba y dilataba la nariz. Murmullo de agua, croar de ranas, cristalino grillar, estelas intermitentes de luciérnagas. El aullido de un perro desató y escalonó un coro de ladridos. La cordillera de Los Andes a la luz cenicienta de la luna, aplastaba el paisaje primitivo, misterioso, desmedido en comparación con el europeo. A cada paso, su decisión menguaba; al espiar a Diana obraba como su propio padre. Giró en seco y regresó.

Los zapatos se le llenaban de arena; se los quitó, apoyada la espalda en un «pie de gallo», esos troncos de árboles atados como pabellón de fusiles y que, durante las crecientes, servían de defensa a la costa. La arena caía con regodona lentitud; el tiempo, el reloj de la antigüedad. Al revolcarse después del baño, la arena transformaba su tierna piel de catorce años, brillante y estirada por el sol, en áspero papel de lija; la de Ismael parecía caoba lustrada. Lucharon juguetonamente para entrar en calor; poco a poco, la risa se convirtió en jadear. El descubrimiento del placer los proyectó como asombrado y temeroso fuego de artificio. Luego, el ruido del agua, labios que sorben entre las piedras. No se habían besado. Ismael se puso en pie; la luna, a sus espaldas, variaba su cuerpo en bronce. Las «Metamorfosis» de Ovidio. Donde terminaba la Bahnhofstrasse de Zurich, junto al lago, la luna bañaba la figura en bronce de Ganímedes. Se vistieron en silencio, jamás mencionaron lo sucedido. Lo que no se dice no existe. El cuerpo de bronce se recortaba contra el brillo del lago de Zurich, cerca de Zeus metamorfoseado en águila; el mismo silencio surgido del ruido meloso y siseante de las cubiertas de los automóviles. Su Escuela Politécnica de Zurich. Se ajustó los cordones de los zapatos y regresó al coche. Habían pasado doce años, Ismael debía ser el mismo, hasta la piel. ¿Qué eran los años?

«Nunca nos bañamos dos veces en el mismo río», había dicho Heráclito. El devenir. Ya no era el mismo río, ni el mismo cuerpo. Ojalá su cerebro pudiera dominarlo.

Un cigarrillo tras otro, atrapado por ese rectángulo de luz donde se festoneaba la sombra de una cortina; más que atrapado enmarcado. En la estrecha galería apareció

un hombre, se deslizó entre el jardincito y siguió el camino oscurecido por añosos damascos. Saltó la tranquera al voleo y se alejó silbando. El silbo de Ismael; la misma tonada con que se acompañaban cuando chicos y salían a caminar en las noches sin luna, por antojo de mostrar coraje. El miedo tornaba anhelante y tembloroso el silbido. Ahora, el de Ismael era firme, alegre, descargado de deseos. Se contuvo para no abalanzarse y golpearlo. Diana era lo importante, necesitaba descubrir en sus movimientos rastros de esa hora pasada en el chalet. Se oscureció la ventana. Ruido de cascos y, una vez más, la figura entrecortada por los árboles.

Quedó inmóvil, las manos paralizadas en el volante. El galope se perdió a lo lejos. Experimentó irracional deseo de recuperar tal sonido, como si esa débil unión fuera la única posible entre ellos.

Rafael se incorporó en la cama y escuchó. El enripiado desparejo del macadam, según tornaba sordo o agudo el golpetear de los cascos, le permitía deducir por dónde pasaba el animal. Al perderse el tableteo se tumbó de espaldas, los ojos fijos en el cielorraso hinchado por filtraciones de lluvia. La luz de la luna agrandaba esa comba: el vientre de su mujer cuando esperaba a Martín. A veces, lo atenaceaba el deseo de patear los vientres cargados de las mujeres, de cualquier mujer. La mujer. Diana.

El chirriante estridor de los grillos. Sus brazos y manos velludos; recordaba cuando le comenzaron esas arrugas en las tetillas, cerca de las axilas. Suspiró hondo; había creído que a los cincuenta y tres años su cuerpo dejaría de exigirle, que terminaría por liberarse de él en un ardiente chisporroteo final. Apoyó la cabeza en las rodillas. Las manos de Diana a los trece años, los senos comenzaban a levantarse bajo el género, bajo el tejido rojo del pulóver, subían y bajaban rítmicamente. Su respiración se acordaba con la de ella hasta que, de pronto, cesaba el acorde y aceleraba angustiado.

Las manos principiaron a revolver los pelos de las axilas; el desodorante quitaba el olor del sudor, olor a macho. ¿Diana había aspirado con fruición ese olor mezclado con el del sudor de caballo? Sus manos se transformaban en las manos de Diana, dejaban el mantel de hilo, la montañita nevada del doblez de la plancha, y se le ajustaban en el torso, donde sus costillas acanalaban la piel. Lo acariciaban, descendían con lentitud calculada para espantarlo y enervarlo. ¿Las manos de Diana? Cerró los ojos; no podía imaginarlas si miraba sus manos capaces de pialar. Sus manos se transformaban en las de Diana. Ella no resistiría. Se rozó, lo inesperado, con el dorso de la mano; la enarcó, la volvía prestamente y empuñaba una mancuerna de arado. La tierra de Diana cedía abriéndose en grutas, como en los terremotos. Las altas piernas rosadas con el buje de la creación. Un valle hendido por una tropilla maciza y cálida. Se negaba racionalmente, era absurdo, ridículo. Ninguna clase de voluntad propia o ajena había podido dominar su sexo solitario. Se tendió en arco, ninguna imagen más viril que la del arquero apuntando la flecha.

Se lanzó de la cama, el elástico crujió con algo de quejido. Se enfundó el pantalón y salió a la galería. El perfume de las magnolias; los poros se le abrían. Gritó ante el

galpón de los peones:

—¡Ismael! —repitió elevando el tono. Odiaba sus propias manos.

A medias despabilado y ajustándose las bombachas, apareció Segundo Varela.

—Todavía no ha vuelto... Si lo manda, puedo ir a buscarlo.

Deseaba que lo trajera a talerazos y a la rastra, pero le volvió las espaldas sin contestar.

El ruido de la ducha se esparció por el caserón. Lo escucharían bañarse a deshoras y se preguntarían el motivo. De atreverse, una vez más se atravesaba su madre, correría de pieza en pieza para gritarles la causa; esa causa que todos debían conocer y callaban. No importaba lo que sucediera en la familia Aranda, pero sí guardar las apariencias.

Al incorporarse Alcira, su rosario tintineó contra el respaldo; eco de los incontables avemarías desgranados por sus dedos. A la mañana siguiente, Tiburcia le preguntaría: «¿No estará afiebrado Rafael? Lo oí bañarse, pese a que la noche estaba muy friona». Llegado el momento, lo interpelaría. Las frutas deben cosecharse en su punto, ni un día antes ni un día después; ese era el secreto de los grandes vinos.

II

Martín pidió *whisky* y fue a sentarse cerca de la chimenea. Nada había cambiado en el Club Unión durante los ocho años de su ausencia. Unos minutos de recorrida por la avenida principal y la plaza de Pueblo Aranda, le bastaron para descubrir lo que aún no dormía en esa noche de sábado: el cine, el bar San Martín y el club de fútbol con su baile en el frontón de pelota vasca.

Repantigándose bebió un sorbo. Ya podía aturdirse como borracho de almacén, aturdirse en la medida en que no se había atrevido a obrar. Alcanzó a divisar a Diana en el cruce de alamedas cercano al palacete; exigiendo al máximo a su yegua, entró en el pórtico iluminado. Cesó la persecución, su prima ni siquiera la habría sospechado.

Bebió sin paladear. Entre «sus iguales» podría hacerlo, aunque no faltaría quien comentara: la acequia revienta siempre por el mismo tapón. Aludirían a su tío abuelo Nicolás que gastó una herencia en mujeres y borracheras; había pertenecido a la crema, al cogollo de esa juventud que encargaba los trajes a Londres, los vinos y el champán a Francia. El embarque solía ampliarse con una *cocotte*; que a los pocos años volvía a París o a Varsovia cubierta de joyas y dinero, si no entraba a formar parte vergonzante de «la familia» por la trocha angosta.

Entre «sus iguales», sonrió despectivo. La generación de su padre se había cocido a fuego rápido en el caldo espeso del propio orgullo. El trabajo de los abuelos se les escapaba de las manos, hectárea a hectárea de viña; subsistían sobre las espaldas laboriosas de los gringos que irremediablemente les ganaban todo. Se estaba insultando en ellos.

Intentó ponerse en pie, pero volvió al butacón de cuero. Sí, era Alberto Aldecua, lo divisó unos segundos en el pasillo de la solitaria Biblioteca. Quedó hundido en el asiento; le sujetaban los brazos. Logró, por fin, levantarse: una levitación. Apartando las sillas con ademanes mecánicos avanzó hasta el mostrador que ocupaba uno de los costados del salón. Había conservado el vaso para evitar que la mano se le crispase; el movimiento nervioso repicaba el cristal contra la moldura de bronce del mueble. Bebió de un trago, la vista se le llenó con etiquetas multicolores de botellas. En parte alguna de la provincia había tal variedad de bebidas finas, de ello se jactaban su padre, amigos y correligionarios políticos, quienes mantenían el Club.

Se inmovilizó. El espejo que servía de fondo a la estantería reflejó a Alberto; pasaba entre las mesas distraídamente. Ese aire de ausencia con que solía escucharlo, mientras él permanecía pendiente de sus palabras.

Respiraba apenas a la espera del instante en que escucharía a sus espaldas: Tin querido, ¿vos aquí?, con esa voz densa y opaca por la emoción que tanto conocía.

Una botella de coñac *Tuileries, 1815*, que debía permanecer allí desde la época en que venía su tío Wilhem Arenberg, el padre de Diana, impidió que la imagen continuara reflejándose. Lo sintió junto a sus espaldas; sensación de contacto físico

que antes experimentaba aunque no llegaran a tocarse. La persona de Alberto se irradiaba con sensibilidad vibrátil de medusa. Volvió a ser el muchacho de quince años, el corazón batía desacompasadamente, motor enfriado de su vieja motocicleta. Un respiro le relajó los nervios, Alberto había pasado sin verlo. «Un mundo sensible y un mundo inteligible», tuvo ganas de gritarle, pero gritar interiormente, esa frase de Parménides que tanto le había costado enseñársela en griego. Interpretándolo, el barman medió su vaso con *whisky* y hielo; ambos conocían su oficio; había nacido entre gente acostumbrada a que, sin pedir, le ofrecieran las cosas. Bebió, quiso llevar la mano al bolsillo del pantalón con ademán que le diera apostura y seguridad, la encontró tamborileando con seco repiqueteo. Los cascos del caballo de Diana; por desafío debía agregar a sus citas la ostentación de esa cabalgata, salvo que el contacto animal la excitara. En Europa había perdido esta anacrónica insolencia aristocrática; Rafael creía que los insolentes eran ahora los obreros. A menudo, su padre hablaba una lengua atrabiliaria, olvidada. La voz de Clodomiro, el mucamo de Diana, se volvió machacante: «La niña no está», «La niña no puede recibirlo», aunque sus ojos sometidos expresaran otra cosa. Por orgullo no lo había hecho a un lado y entrado en esa casa que era como suya. No volvería, por el mismo motivo, hasta que lo llamara; por rabia, se mordió el índice en la mano apuñada, seguro de que ya no sabría esperar. Estaban demasiado cerca.

Desde la Sala de Entretenimientos llegaron exclamaciones. Alguien habría apostado una finca o un viñedo a una carta, por arrogancia de jugador. Gritos y aplausos terminaron por sacarlo de quicio. Apretó los labios para no soltarles un: ¡Sartal de imbéciles! Lo contuvo un motivo confuso, lealtad a su sangre o cobarde complicidad. También él debía tener embotada la raíz; al fin de cuentas, nada había hecho con sus propias manos. Apretó el vaso; trizarlo y que de las manos le brotara sangre, desahogo infantil con las cosas. ¿Había regresado solo para recuperarse en vidas ajenas, o solo veía reflejados en los demás sus propios sentimientos? Angustiado por la lentitud del tiempo, había inmovilizado los seres y las cosas en el recuerdo, mientras ellos seguían evolucionando; de aquí debía surgir su choque, su desencuentro.

Bebió el *Queen Ann*; sería una escena digna de su abuelo hacer añicos el vaso contra el piso. Debía contenerse, lo había aprendido durante años en su Escuela Politécnica Federal de Zurich. Había dejado de ser un salvaje civilizado para transformarse en... No sabía en qué, acaso en un instrumento técnico. Aprender palabras para objetos nuevos, mecánicos. Tendría que haber estudiado ingeniería nuclear o electrónica, como una forma de protesta o desarraigo.

Pasó junto a la caja, gritó su apellido; aún bastaba para pagar. Apellido que había pagado su abuelo, bisabuelo y tatarabuelo; esa arandería que llegó a los virreinos cubriendo, quizás, a segundones y bastardos con aires de conquistadores.

El espejillo del automóvil, al reflejarla, sumía en sombras la alameda que llevaba el nombre de uno de sus tíos bisabuelos. Él, tendría que marcar con su propio nombre

otra calle, como a yegua. Borró a medias una frase de Alberto, pero no el tono de la voz. Las ideas podían borrársele, nunca las personas, fantasmas para quienes no existía. Graduó las aletas del parabrisas, el aire le golpeaba la cara. Aceleró. Hundir con suavidad el pie e hipócritamente desatar velocidad y violencia. Motor sometido e incitante. Paisaje inventado por su luz, su alcohol, su capricho.

Unos faros comenzaron a deslumbrarlo, apagó y encendió los suyos. Repitió la operación; enfocó el buscahuella que había agregado a su Jaguar 420 & Daimler y, afirmándose en el asiento, dirigió el coche hacia el otro. «A los tímidos les ofusca el desafío», otras palabras de Alberto para borrar. Alberto debía poseer un mundo construido con frases, como excusa de su incapacidad de realizar materialmente. Por sus luces reglamentarias dedujo que enfrentaba a un camión. Si maniobraba sería una nueva forma de ceder. Diana. No estaba dispuesto a ceder en lo que restaba de la noche. Apagaría esas luces aunque debiera estrellarse contra ellas.

Chirriaron los frenos. Chasquido de gomas. Coleó el camión cargado de bordelesas de vino y se detuvo con las luces apagadas. A dos metros, escasos, oculto a medias por el radiador que sobrepasaba la altura de su auto, divisó al camionero. Enfocó con el reflector una cara llena de asombro y furor. Esperó la reacción, si el camionero bajaba con una llave inglesa o una barreta lo encontraría inerme. Ya no bastaría con gritar su apellido, o quizá...

Lentamente, como si al marcar los movimientos afirmara su calma, retrocedió hasta ganar la mano; puso la primera y, al pasar, gritó:

—¡Así vas a aprender a bajar las luces, hijo de puta!

El desahogo del insulto le produjo nuevo alivio, hasta que alcanzó a leer: Bodegas y Viñedos Diana. El camión pertenecía a su prima. Sin velocidad, las acciones volvían a recuperar su medida. Quitando los primeros minutos del enfrentamiento, ningún peligro, ni coraje, ni desafío: En toda la provincia de Mendoza solo debían existir dos coches de igual marca y modelo; el otro pertenecía a Diana; esta era una de las ocultas y decisivas razones que lo habían guiado al escoger. Plegarse al objeto amado, tenía que ser una de las formas del fracaso en el amor.

Todavía había gente que se dejaba atropellar, hombres que se dejaban acobardar por otros hombres. Enhebrados por las cunetas de riego, los álamos desfilaban enhiestos, impasibles; contemplaban sus acciones sin mezclarse a ellas. Gritos, risas, exclamaciones de los amigos de su padre en el Club Unión. El camionero no podía jugar su vida, ni siquiera su empleo, lo habría resuelto en un instante. Hasta podía haberlo confundido con el auto de Diana. Otra carga de violencia futura, para cuando ser un Aranda ya no sirviera como pago. La palabra Aldecua, de Alberto, había comenzado a desmoronarse, a perder sonido, ya eran pobretes, pobretones, aceptaban cualquier empleo, y se malcasaban. La barrera del sonido social.

Aceleró. Ni siquiera ese coche lo había comprado con dinero suyo. Tenía veintiséis años y un flamante título de ingeniero agrónomo *made in Switzerland*. Entrar resueltamente en casa de Diana y terminar con ese detenerse ante obstáculos

de forma y maneras. Los satélites artificiales, humanos, giraban alrededor de la tierra y se asentaban muellemente en la luna.

La dulce e hipócrita presión en el acelerador. El alcohol le recuperaba el orgullo, flameaba como penacho; orgullo de plumas, como los indios. Ellos también tenían una pizca de sangre india, de la hija de un curaca de Chile, en el siglo XVI. En Suiza había sido un don nadie, un hombre.

Como empollada bajo la oscuridad más compacta de dos inmensos carolinos, divisó la casa de adobes de Higinio Pérez, el caudillo político que había trabajado para «la familia»; los Aranda nunca se habían «ensuciado las manos» con la política, creían estar por encima de ella. Su abuelo había rechazado «un empleo» de diputado que le ofrecieron en su juventud. Ya estarían empezando a buscar tutores o curadores políticos, arrendarían el país como arrendaban sus campos.

Los anchos y bajos parrales estaban iluminados; hasta el camino llegaba la algazara de una de esas fiestas que cubrían cosas más reales, el hembraje para refocilarse. Esto no había cambiado, tampoco. Frenó en seco, el quejido mecánico le borró el sonido de guitarras y acordeones. Los ingleses construían máquinas para la eternidad de cada uno, palmeó el volante y el tablero iluminado. Necesitaba saber si Diana había asistido a una de estas fiestas, según insinuó Rafael.

Se emborrachó. Sin averiguar nada, terminó acostándose en un cuartucho encalado con una mujer que olía a sudor y perfume barato; manera americana, total, de vomitar carnalmente. En Europa, no se hubiera atrevido; en América se descuajaba, se desquiciaba feliz. Como desbraguetarse al sol.

III

Resbaló el caballo en una de las piedras pulidas por el agua, Rafael lo alzó con un tirón de riendas. El brioso malacara, montado por Ismael, resoplaba por la obligada lentitud de la marcha. Segundo Varela los seguía a distancia.

—¿La noche del sábado estuviste... —calló unos segundos, sin desearlo había dado voz a sus pensamientos— en las compuertas del canal?

—Sí, patrón, como nos tocaba turno de riego en los nogales. —Ismael vaciló. Sabía que no ignoraba sus encuentros con Diana en el chalet; pero le gustaba preguntar, como rascarse la sarna. Callados llegaron hasta las tomas del canal.

El sol de la mediamañana rebrillaba en las aguas pardas del río.

—Tenés razón, hay que avanzar la toma de agua alargando esa trinchera de pie de gallos —Rafael sacó del bolsillo interior de la chaqueta un pañuelo para enjugar la transpiración. Sonrió; Tiburcia se preocupaba de que jamás le faltara ese immaculado pañuelo. Le haría retirar el baúl con las ropas de Diana; se necesita golpear a menudo para que la matadura, la llaga, no cierre.

—Pero si avanzamos la toma, el desarenador va a embancar el canal de la señorita Diana... —El relampagueo de los ojos castaños le cortó la frase.

—¡Se hará lo que yo mande!

—Decía por el inspector de riego...

—¡Me importa un pito el inspector! ¡Ahora mismo te vas a decírselo a ella! —borboteó, señalando las grandes compuertas de hierro empotradas en cemento del canal de los Arenberg; pintadas de rojo, relucían en lo alto de la barranca, insolente desafío a las de madera del canal Aranda—. Si es preciso, iré hasta el gobernador, ¡para algo nuestro canal fue el primero que se abrió en la zona! —Calló. Wilhem Arenberg gritaba con la cara descompuesta por el furor; todos ellos eran gente acostumbrada a gritar a los demás en patios y quebradas. Pero Wilhem tenía que estar loco; la gente debía creerlo, aunque Diana se resistiera. Su grito de espanto al verlo caer y el relincho de la mula desbarrancada en el precipicio llenó de ecos los valles en la Cordillera. Se cubrió los ojos con el pañuelo—: ¡Ahora mismo!

Ismael partió al trote largo por el sendero que trepaba la barranca. Su patrón le facilitaba los encuentros con Diana, especialmente desde la llegada de Martín, pero no entendía muy claro los motivos. Algún día Martín lo interpelaría; no se atrevía a resistirle la mirada. Tendrían que hablar; a lo mejor, Martín ya no la querría por relajada. Aunque a los Aranda, según decían, les venía bien cualquier cosa que tuviera un agujero, eran como chivos. Se acordó de lo pasado con Martín en el río; no pudo contener las ganas de reír, como si lo acosquillaran entre las piernas teniéndolo estaqueado.

—Había sido zonzote y calentón el güeboncito —murmuró sin dejar de reír. Calló, de golpe, y miró en todas direcciones. No, naides lo había visto reír solo, como decían que le gustaba al Güilhem Arenber.

Rafael se encasquetó el panamá sobre la mata de pelos grises. Las manos se le apuñaron en el arzón de la montura. Nadie lo había visto en la Cordillera, nadie podía acusarlo. La expresión agresiva comenzó a dulcificarse, los músculos se le distendían. Palmeó con suavidad el pescuezo del caballo; aún tenía la señal en el anular pese a los años que no usaba el anillo de matrimonio, tampoco había servido para contener sus manos.

En cada oportunidad que se encontraban a solas, Segundo Varela se le acercaba, la mirada fija en la agenda que sobresalía en el bolsillo superior de su chaqueta; señaló con el dedo mocho.

—Y, don Rafael, ¿cuándo me va a devolver mi señal? La cruz que me hizo hacer...

—¡Nunca! Y como sigás molestándome voy a hacer que te encierren por causa de lo de Servando Galán. ¡Matar a un hombre no es moco de pavo, aunque sea en las elecciones!

—Si usted lo dice, patrón, así será... —agregó intencionado, pero el temor le hizo engallinarse; el patrón se montaba como un gallo.

Rafael lo miró con mezcla de compasión y afecto; le asombraba comprobar que solo con ese peón de la última calaña, servil como un capanga, se sentía cómodo. Compartían secretos.

Ismael siguió la calle del canal Arenberg, bordeó el mar verde de la viña, en recios parrales, tres mil quinientas hectáreas en un solo paño; más lejos, doscientas de frutales rodeaban el parque en cuyo centro se alzaban el lago artificial y ese caserón de brujas, en cemento y ladrillo armado, que no lograba entender; también la fuente con los hombres de bronce con todo al aire. Se le secó la garganta, tampoco entendía que su dueña lo hubiera elegido a él para... Bueno, para no mucho, ¡la jodida...! Mientras le dure la calentura da lo mismo saber o no saber el motivo. Aún no lograba convencerse de que ella fuera igual a cualquier otra mujer; no debía serlo.

Diana se quitó el gorro de baño; el cabello escapó crujiente y elástico, le rodeaba la cabeza con esa aureola dorada de los ángeles en los cuadros de los primitivos italianos y bizantinos. Bocarriba, sobre las lajas mojadas, cerró los ojos; gotas de agua le acosquillaron el cuello, mientras el sol principiaba a arañarle muy suavemente la piel. Tendida, desmañada, se soliviaba con intermitencias, por tensión o relajamiento de músculos, hasta acostumbrarse al calor de las piedras. Las gotas se escurrían o formaban circulitos para desaparecer con minúscula caricia; extrañaba el tierno vello blanco que dejaba la sal del mar.

Clodomiro carraspeó, tendría que haberlo aprendido en una película inglesa, antes de anunciar:

—El escribano Flores, niña. Me permití sugerirle que pasara a la piscina, pero me contestó que no tiene ganas de insolarse.

Se incorporó, mientras Clodomiro la cubría con el solero. Corrió gimnásticamente hacia la casa entre las cuatro mil especies de zinnias multicolores que su padre había plantado, en homenaje a Linneo, creador del género, alrededor del laguito artificial que, en un nivel más bajo, servía de desagüe, o de pomposa y colorida reiteración, a la piscina, cuya agua conservaba, por causa del cloro, un tono azul más fuerte. Muchas mujeres corrían sin gracia, por temor al zarandeo de las caderas y al bamboleo de los pechos. Wilhem le había puesto una profesora de expresión corporal «para que aprendas a moverte y caminar como la verdadera diosa griega que eres». Le mostraba las deliciosas figurillas de Tanagra: «Míralas bien, analízalas, porque esto serás cuando grande». Káiser la alcanzó jugueteando; el perrazo danés, corriendo a su lado, completaba la imagen de Diana cazadora. Pero ya no vivía su padre, el único capaz de imaginar o gustar estas cosas. Se había quedado intrínsecamente sola. En ese momento, su madre le resultó una mujer que se niega a aceptar un papel principal y se oculta tras el biombo del candor y la ternura. Pasó cerca de los camellones de frutales que Wilhem había cercado con alambre tejido, transformándolos en un gran gallinero para sus gallos de riña. Los criaba y cuidaba personalmente; hasta poseía con ellos algo en común: el color rojizo y ardido del cuello. Los contemplaba vistearse; en cuclillas, con menudos movimientos casi copiados o influidos por ellos, los incitaba a la lucha. Debía aprender de ellos la técnica de sus negocios financieros, agilidad, astucia.

Los poseía nada más que para el placer de observarlos cuando se peleaban, hasta que uno de los dos caía rengo, ciego, ensangrentado. Las manos, entonces, le temblaban ligeramente, y necesitaba acariciar en rápido y nervioso contacto. Apoyaba la mano en el hombro de ella hundiendo con mayor fuerza el pulgar, eje sobre el cual giraba el movimiento. Reñidero propio y sagrado. Echó a cinco peones porque los sorprendió apostando dinero. Estallido de furor que asustó a toda la casa; salvo a Tiburcia, quien encontró muy razonable que sus gallos no sirvieran de instrumento para el vicio. Ahora, gordos, pesados e inútiles se iban muriendo grotescamente.

Flores había cesado de besarla en la mejilla cuando se convirtió en señorita. Se estremecía al estrecharle la mano y, sin remedio, la vista se le deslizaba por el descote. Cerrando el solero se dejó caer en la reposera, moderó el ritmo del desplazamiento para que no cesara de parecer sensual.

—¿Ya está listo el contrato?

—Un contrato no es un juego, sobre todo los tuyos; como eran los contratos más raros de tu padre.

Se arrellanó dispuesta a escuchar, a perder tiempo, como decía Wilhem. Flores variaba la posición de manos y piernas con movimientos nerviosos. Ella no se empeñaba en producir tal impresión, que los hombres acusaban con leve sofoco o titubeo, pero le divertía cohibirlos. Sonrió, Alberto Aldecua estaba entre los imperturbables. «No se atreve a ser absolutamente femenina, tiene el complejo de la

intelligentzia». Alberto lo había dicho de otra mujer, pero mirándola a ella; siempre se habían dicho cosas por interpósita persona, por Martín en particular.

—Diana, ¿me escuchas o no?

—Te escucho inútilmente, mi decisión está tomada.

Inquieto, Káiser paró las orejas, de un salto traspuso la escalinata de mármol que salvaba el desnivel con el parque. ¿Sería posible? La primera vez que se negó a recibir a Martín, el perro lo reconoció luego de cortos ladridos. Martín abrazó a Káiser con antiguos movimientos de muchacho ¿o seguían siendo sus movimientos de ahora? La cortina de la ventana del dormitorio cortaba la mitad de su cara mientras ella espía estos juegos. Mirar a escondidas le producía un placer casi voluptuoso; engañar la voluntad ajena. Clodomiro hacía lo imposible por permanecer impertérrito, como un valet inglés, pero le temblaban las rodillas. Esto y la sorpresa habían sido las causas de que se contuviera para no correr escaleras abajo; los impulsos sentimentales, primarios, de los Aranda.

Bajo la marquesina de pizarra, las patas muy tensas, Chino esperaba a su hermano; eran hijos de una perra comprada por Wilhem en Estocolmo. Martín abrió los brazos; le avergonzó abrazar en Káiser el cuerpo de Diana. El humo del cigarrillo se le pegaba en la mejilla, le ganaba la cuenca del ojo derecho. Volvió a sentarse al borde del canal, a la sombra de los álamos. Acarició la pelambre suave y lustrosa, allí habían estado las manos de Diana; estaban, no era absurdo. En una fotografía tomada con rayos infrarrojos, resultaba posible recuperar la imagen de personas que habían estado en el lugar antes de sacar la foto. No recordaba el procedimiento pero sí el resultado, igual en todas las cosas de la vida, de su vida. Wilhem le tomó una instantánea con Diana, y los entonces cachorritos; ajada y resquebrajada, la foto lo había acompañado en su billetera durante los ocho años de Suiza. ¿Por qué había elegido esa y no otra en que ella estuviera sola? ¿Acaso, como prueba de la realidad de la unión? Las cartas de Diana y esa foto debían conservarle una especie de mundo propio, injertado en el tan distinto de Zurich. Al mismo tiempo que las de Alberto, las cartas de ella se habían espaciado hasta que cesaron de llegar. Alberto ni siquiera le había enviado ese primer libro del que tanto hablaban cuando era lejano proyecto. Su padre, criado entre hombres, debía saber todo lo que se quiebra y relaja entre ellos con los alejamientos; Rafael siempre había querido destruir esa amistad, la consideraría malsana y dañosa. Si leyera lo que Montaigne escribió sobre su amigo La Boetie, cerraría el libro espantado. Pero Rafael nunca había leído un libro, no pasaba del diario.

La sensación de abandono se había convertido en angustia. Acariciaba la cabeza del perro, piel suave y tibia sobre la fuerte osamenta. Las cartas de su padre eran el envío comercial de un cheque. Billetes azules y crujientes en la ventanilla del Banco de Zurich, la Bahnhofstrasse, el puente de Munster y luego, la Hirschengraben, las largas escalinatas entre árboles para subir a su barrio del Polytechnikum. Las de Tiburcia, más cariñosas pero siempre reticentes en cuanto a su hija; a los dos años,

una muy larga, deshilvanada y llorosa. Los sombreretes afilados de las torres de la Fraumunsterkirche, los puentes atravesando el río Limmat. Leía apoyando los codos en la balaustrada de la terraza de la Escuela Politécnica. La leyó incontables veces sin comprenderla claramente, en vano pidió más detalles, la torre afilada como una daga de la Predigerkirche, los minutos saltaban rítmicamente en el inmenso cuadrante de la torre de San Pedro. Rafael contestó en lugar de ella. «La conducta indigna de tu prima ha sido la causa de que saliera de la finca». El encanto barroco del edificio de la Meise y el renacentista del Ayuntamiento. No se atrevió a escribir a abuela Alcira, podría reexpedirle la carta con una mención semejante a devuelta por improcedente. La calle Rennweg se torcía y retorcía en el antiguo barrio de St. Peter, exposiciones de arte, anticuarios, misteriosos bares y cafés. Años de obsesivo y desesperado aguardar, al extremo de que toda espera le recordaba a Diana, aunque nada tuviera que ver con ella; hasta cuando se retrasaba un avión o un tren cualquiera.

Aguardar de solitario. Los caminos de Suiza, Baviera, Lombardía, Toscana o Véneto con su mochila a las espaldas, viajando a dedo o en tercera. Solo con sus recuerdos de amor y amistad, descubriendo infinitas cosas en el tiempo y el espacio. Soledad de astronauta, el gran protagonista, en los espacios siderales. Solo, sin amor ni amistad, por temor de ser infiel a su memoria. Únicamente hablaba, palabras indispensables, con los encargados o porteros de los albergues de la juventud o con quienes lo alzaban en sus coches o en sus camas. Lleno de emociones hasta estallar en tiernos monólogos. A veces, le apenaban los *beatniks*, los *hippies*, porque tenían necesidad de unirse para defenderse de la soledad y de los viejos.

En Lugano, sobre las agujillas crujiendo que alfombraban el suelo de un pinar en verano, una siesta con olor a su tierra, cara al lago azul, verde y reflejado de nubes, había bebido un vino rojo y otro rubio del cantón; a cada trago, tuvo necesidad de irse quitando prendas y arrojarlas contra los troncos de los árboles hasta quedar desnudo, íntegramente tatuada su piel voraz por las agujillas doradas a causa del sol radiante que se cernía entre las ramas; borracho de silencio —lejanísimo jadeo del motor de una lancha—, de soledad y de hermosura más que de vino, más que de esa sangre de su tierra. Nadie perturbó su casamiento con el bosque, lo descubrió virgen.

Arrojó el cigarrillo. Desde el río avanzaba un jinete. Montó, ninguno debía sorprenderlo en esta ronda pueril. El amor siempre era secreto; todo lo que deja de ser secreto ya es principio de desamor, confesión de inseguridad, necesidad de testigos para probar el hecho, exhibicionismo, pompa, espectáculo. Respirar el aire que ella respiraba; lo había hecho en las noches de luna cuando era muchacho, junto al río. Se miró las manos. ¿Qué diferencia real?, volvió a preguntarse.

Sus manos cómplices y dominadoras. Temía que olvidaran, a medida que la piel fuera cambiando de color y textura, todo lo que habían rozado, palpado, acariciado y golpeado.

Eran los miembros humanos de mayor entidad e independencia.

IV

De vuelta en la galería, Diana sonrió ante la involuntaria mueca con que Flores recibía su cambio de ropa, un traje sin descote.

—Está decidido. Compro la uva de mi... —titubeó para continuar con mayor firmeza— de los Aranda al precio que tratamos. No me importa perder plata, la palabra de un Arenberg vale más que un documento. Esto le sirvió a mi padre para ganar el dinero que tengo; les crea un complejo de culpabilidad a los otros. Prepara el contrato.

El auto del escribano bordeó la fuente de los Tritones, una copia en bronce de la tan hermosa, como los cuerpos masculinos y desnudos, de Gian Bologna en Villa Lante della Rovere, de Viterbo, y se perdió tras el cerco de grateo que rodeaba el parque. Fastidio de almorzar sola, de transformar el comer en un acto vegetativo, irracional; pero le espantaba la simple idea de invitar a esa gente inculta y aburrida de Pueblo Aranda, como lo era la casi totalidad de su clase. Pese a los «principios morales» se verían obligados a aceptar la invitación; lo había comprobado con una comida que suspendió, pretextando una enfermedad, luego que todos aceptaron.

Gran parte de la «gente», especialmente en Buenos Aires, no sabía comer. Se preocupaban de servir bien hasta que «llegaban» socialmente; luego, obraban como la mayoría de las viejas familias, que ya no cree necesario aparentar, como cuando eran hijos de tenderos o carreteros. Comen lo que les sancocha una chinita traída del campo e improvisada cocinera y beben vino ordinario y barato. Jamás han sido aristocráticos en sus gustos, ni han comprendido el placer de vivir bien, ese goce innato en el burgués francés o en el pueblo italiano. Nada es auténtico. Siguen siendo los tenderos dispuestos a trampear y, lo más despreciable, a trampearse en la calidad.

Arrojar uno de los pesados cubiertos contra las vitrinas, que, a manera de mampara, separaban el comedor de la sala de música y contenía su colección de tazas de porcelana; romper en una mescolanza de transparencias y colores sus Meissen, Laeken-Mombaers, Federico V, Cayetano del Buen Retiro, Alcora, Nofri, Beaupoil, Estienne Mogain, Daeuber, Cantón, Giulio Pippi, Ortolani y otro medio centenar de marcas. Antes, las conocía de memoria, ahora, temía y deseaba que un temblor de tierra terminara con ese encanto y preocupación. La piel de los chicos nórdicos era porcelana. La mirada se le animó mientras recorría las espaciadas estanterías de cristal. A cada taza le correspondían, se acercaban ansiosos, los antiguos labios que habían bebido en ellas; labios pulposos y sensuales, delgados y ascéticos, rojos y temblorosos, resquebrajados y resecos; millones de labios separados de cuerpos fantasmales que ya no existían, que no deseaba ver recreados; únicamente labios, que se allegaban afligidos para beber; millares de lombrices rosadas bajo la luz de reflectores azules, amontonadas, excesivas, inquietas. La sensualidad de la carne pintada por Rubens y Delacroix o la verdosa podredumbre de Grünewald y Nolde. Alberto quería mezclar las tazas con viejas botellas de vino, *whisky* y libros con

encuadernaciones firmadas, como imagen de nuestra cultura tan frágil. Faltaría una colección de puños y muñecas de sus peones. Desfilaron los negocios de antigüedades de Londres, París, Niza, Atenas, Florencia y Roma donde las había escogido luego de interminable búsqueda, prustiana búsqueda del tiempo perdido. El posible placer terminaba, con la certidumbre del transporte, al colocarlas en el anaquel; demasiado seguras, como el amor matrimonial.

Ocupó la cabecera. Los colores sombríos de ese paisaje de Vlaminck de la última época, colgado sobre el aparador, comenzaban a cansarla; generación de los sombríos, la suya. Haría que Clodomiro lo relegara a uno de las salitas más íntimas del piso alto. Era más fácil ubicar un cuadro que a una persona en su comedor. Pondría en su lugar el metafísico óleo de Carrá que había comprado en Bolonia, o quizá a Marquet. Londres se alzaba iracunda y rebelde; ya harían tradición de la rebeldía; sí, un Turner podía representarlos, pero en la sala.

Clodomiro esquivó su mirada al anunciar a Ismael; su reticencia era la forma que empleaba como acusación; esta era su mayor utilidad. Se dirigió a la biblioteca y tomó asiento ante el escritorio de su padre; intacto, detenido en el tiempo. El pote de tabaco inglés y el portapipas; cerca, su retrato con el traje de Dior para el baile de sus dieciséis años. El parque, las mesas diseminadas en el prado y entre los macizos de plantas. A medianoche, el chisporroteo multicolor de los fuegos artificiales terminó en una monumental Diana Cazadora, reflejada en el laguito. Le costaba asombrarse ante lo espectacular o estrambótico, se había criado a la par de ese palacete y su disparatada mezcla de estilos colonial y normando. Construido, sorprendió a su padre mirando el frente; sonreía juguetero, él mismo lo había proyectado. Contrató a un célebre decorador italiano; permanecía con semejante sonrisa mientras el hombrecillo se torturaba por combinar los muebles que le impuso. Resuelto el problema de composición, sin chistar, tal si pagara una apuesta de juego, le tendió un cheque por el doble de lo pactado. Aún no lograba repetir el ademán con que Wilhem tendía un cheque; el gesto aristocrático del siglo.

Ismael se detuvo en la puerta que daba a la galería cohibido por la brillantez del piso.

—¡Te he dicho que no vengas aquí! —Se apoyó en el respaldo del sillón. Le sublevaba que intentara acercarse, de igual a igual, en esa habitación impregnada por la presencia de su padre. Como la mirada de Flores se le hundía en el descote, la de ella se le escurrió hacia las recias muñecas del tomero; la piel tostada al arrugarse en los netos movimientos del trabajo, se tornaba más oscura y secreta. En las venas potentes y azuladas que recorrían el antebrazo musculoso, podía controlar las pulsaciones, espiar esa máquina sensual y simple.

La sorpresa lo clavó en la puerta.

—Me manda su tío, por lo de las tomas del canal.

La mirada abandonó las muñecas; las facciones se le endurecían, las palabras le brotaron a borbotones:

—¡Andá y decile que si toca mi canal ya va a saber quién puede más! ¡Tengo los mismos derechos que él! —El labio inferior le temblaba de rabia, daría cualquier cosa por suprimir esa muestra de debilidad—. ¡Andáte de aquí! —Golpeaba el escritorio para que la mano no le temblara también.

Ismael salió dando un portazo. Necesitó apoyarse en el escritorio; claridad de acciones diagramadas. Rafael no vendría personalmente hasta que todo estuviese calculado, a punto. La cara descompuesta se reflejaba en el espejo veneciano de la chimenea, entre anaqueles con libros encuadernados en cuero rojo y cantos dorados; la morbidez perfumada del cuero. En cada porción del espejo, una cara distinta, pero en todas, a través de sus facciones, como figuras y letras de agua de un papel moneda, distinguió las de su padre cuando perdía el tino. Cayó blanduzcamente en el sillón, los brazos acodados, la frente en las palmas de las manos. Adelantó una mano crispada, la retiró como si al rozar el portarretrato hubiera sufrido un contacto eléctrico. Lo mórbido. La acercó otra vez y acarició el vidrio, su traje de Dior. Apretó los dientes. Los ojos le quedaron en las estatuillas de Tanagra, color de carne sollamada, que su padre había comprado a un anticuario de la calle Pandrosius, en Atenas. También, un sello cretense tallado en ágata, una diosa de pechos desnudos con varias culebras en las manos. Era inútil, las facciones de Rafael, de su tío, del hermano de su madre, no desaparecerían. La imagen demoníaca encuadrada por la puerta del dormitorio, en la penumbra de la galería. Un monstruoso arcángel en mitad de su noche de catorce años. Con un estremecimiento retiró su mano del cuerpo de Ismael. En el vano de cada puerta sombría brotaba la misma imagen. Repetir, repetir la palabra imagen hasta que se transformara en ídolo, simple juego de palabras para acallar la verdadera.

V

Dirigió el ventilador hacia su cuerpo, abrió su blusa y, acostándose en el diván, cerró los ojos. La mano tibia del aire, femenina. Ni siquiera el río lograba aliviar el calor. Abrió los ojos, por la rendija de una ventana había entrado una avispa; la piel se le erizaba. Revoloteó y fue a asentarse en una grieta del cielorraso de yeso, desapareció en ella. Debía estar tendida bajo un inmenso avispero; el tenue vello de los brazos se erguía, un trigal dorado en Santa Fe. Millares de avispas en un tapiz viviente. Asco y morbidez. Cuando llegara el momento de borrar y olvidar, echaría abajo el chalet. Sería una mujer como las otras, quizá, hasta una Aranda más. Entre las avispas, la mirada de Rafael. Algún día todo tendría su fin, el lógico. No, nunca sería una Aranda más.

Apoyó el sobre con las papeletas para las elecciones de inspectores de canales en el botellón del coñac. Miró el reloj, aún faltaban dos horas para que viniera a buscarla Ramón Osuna, lo había conseguido; sí fuera más joven lo habría traído a su cama, en forma de homenaje. Puso en marcha el tocadiscos, Vivaldi. No le preocupaban las autoridades de riego, podía decidir en cuanto al inspector de su canal, pero sí, se lo confesó en este diálogo solitario que era su forma perfecta de relación, le placía sentirse llamar: Diana Arenberg Aranda, canal Arenberg, Distrito Aranda. Cometer un acto de vulgar vanidad y no confesarlo. Guardar un secreto propio, sin embargo, importaba respetar o temer a los demás, admitir que podían juzgarla, sentirse inferior.

Con ademán de fastidio tomó el paquete de correspondencia que Clodomiro le acababa de enviar, no recordaba con quien; los mensuales de su casa no tenían entidad sensual. Repasó distraídamente los sobres, y los periódicos europeos. Anuncios, cartas de negocios. No tenía amigos. La amistad era un amor trunco, limitado, aceptable en relación con las cosas y los irracionales: su perro, su yegua o sus colecciones. Una pesada compañera de viaje le contaba un bochornoso incidente con un pretendido novio, que había terminado festejando a su primo. Rio al imaginar la escena, no debía ser como esa pánfila lo imaginaba. Le encantaba hallar explicaciones para los hechos a primera vista vergonzosos, desarmar y abochornar a los bien pensantes. Arrugó lentamente la carta, entremezclaba cuerpos, renglones y acciones de los protagonistas, la tiró a un rincón oscuro. La cara del primo, un paje pintado por Benozzo Gozzoli, la de ella, una rústica orante del Masaccio. La necesidad de dar explicaciones era una desgracia más de los pobres. Las grietas del cielorraso, ¿cómo serían esas llagas vistas desde adentro? Se estremeció, podía ser un intento de verse a sí misma.

Martín bostezó y echó una mirada a los padrones; varias veces se había incorporado para recibir abrazos de apellidos que nada le significaban en las planillas. Faltaba aún Ramón Osuna, su finca y canal del Bajo, porque La Escondida y sus

cacerías de guanacos, avestruces o quirquinchos estaban allá lejos, en la Cordillera. Con Alberto Aldecua se habían extraviado persiguiendo una tropilla de guanacos; hicieron noche entre pellones de monturas, al reparo de unas rocas. La voz de Alberto, hasta que los párpados se le cerraron aplastados por el destello de las estrellas; era cierto que titilaban. Imposible recordar lo dicho; sensación de palabras que se adosaban a las piedras con algo de gramillas y helechos, también a su piel. Acariciaba las piedras con temor recién descubierto de que la rugosidad prensil no lograra evitar el deslizamiento de sus dedos. Con encogimiento que lo empequeñecía aun más, por primera vez sintió que podía importar a otro ser humano: escuchaba, como una forma de entrega. Al regreso narró lo sucedido, solo el hecho exterior. Diana lo miró con mayor curiosidad, debía intuir que se guardaba lo más importante; parecía nacida para escrutarlo, los nervios le remecieron el cuerpo. Ella y él tenían quince años, Alberto dieciocho.

Crujió la silla. La sombra del pimiento se aclaraba al alargarse sobre la tierra apisonada del patio de la escuela donde siempre tenían lugar los comicios. Salvo Juan Lucero y otros dos pequeños propietarios, lo restante de la planilla del canal Arenberg lo ocupaba su prima con el máximo de votos. Todos los propietarios debían votar. Abuela, en compañía de Tiburcia y Rafael, habían sido de los primeros en llegar; su padre lo miró con fastidio, seguro del motivo por el cual había gestionado esa incómoda postulación de suplente de delegado.

Junto al alambrado de la calle divisó a Diana; Ramón Osuna le ataba el cabestro de la yegua al varejón, que servía de palenque ya casi inútil, pues los jinetes eran contados. Un lujo tener caballo, usarlo en estos casos de votación, una actitud hasta política.

—Siempre que le veo hacer ese nudo, recuerdo a mi padre, usted se lo enseñó en La Escondida, poco antes del... —dijo Diana.

—Lo sentí mucho, hija. Tu padre era un gran amigo... Sí, son desgracias que suelen acaecer en la Cordillera —con movimiento continuado, atusó los bigotes y la barba canosos. Ahora estaba seguro de la razón que había guiado el extraño pedido de que la acompañara a votar. Pese a los cuatro años pasados, Diana se resistía a creer en el accidente; ya encontraría forma de enseñarle que cuando Osuna afirmaba algo eso era lo cierto o debía serlo.

—Nunca me ha invitado a visitar La Escondida.

La miró sorprendido, solo ella era capaz de tanto.

—Si gustas... Pero no tengo comodidades, es una casa de hombres solos.

Martín se adelantó a recibirlos. Perdió el aplomo cuando ella le tendió la mano con un simple saludo y su mirada resbaló impasible.

Había planeado el encuentro hasta en los menores detalles, solo atinó una trivial contestación y abandonó su mano para tomar la de Osuna; su abrazo le sirvió de escape a los nervios. Salvo que las facciones se marcaban más firmes, Diana había cambiado muy poco. Volvió a verla a los catorce años. Las rencillas entre ellos se

habían vuelto quisquillosas. Su madre le dijo a Tiburcia, con sonriente ternura: «Me parece que no te va a costar mucho colocar a tu chica». Las dos se miraron como si el motivo de sus vidas ya estuviera cumplido. Las relaciones entre las mujeres de su familia siempre se le habían representado así, o tal las recordaba por nostalgia.

—¿Los quince votos a su nombre, señorita Arenberg? —El inspector saliente, que presidía el comicio, tomaba los lentes por la montura como si se los ofreciera en afanoso brindis.

—Sí, todos. —Hasta ese momento había sorteado la presencia inesperada de Martín; pero en cuestiones de negocios la gente, hasta ella misma, tenía otra faz. Su madre se había obstinado en entregarle las propiedades inmobiliarias de la herencia paterna; Rafael la habría inducido para cortar vínculos entre ellas. Calló, estaba por encima de la necesidad de dar explicaciones. Martín podría averiguarlo si le interesaba.

Ramón Osuna entre ambos, trotaron seguidos por ese muchacho que siempre acompañaba al estanciero. El acompasado golpear de cascos, el crujir de aperos y tintinear de argollas y espuelas, cubrió el silencio de los jinetes. Una forma criolla de comunicarse.

En la cabecera del puente del río, Diana y Martín quedaron indecisos. Don Ramón se alejaba, sus legendarias espuelas de oro centelleaban de vez en cuando. Con ademán suelto, el acompañante de Osuna los había saludado quitándose el sombrero. Diana se contuvo de preguntar si sería cierta la murmuración que atribuía a don Ramón la paternidad del muchacho; calló dispuesta a evitar esa zona del chismorreo de la cual se suponía centro. Osuna pasaría la noche en alguna finca o puesto donde acostumbraba sembrar sus ojos azules, en todos tenía cama caliente. Le llamaban el «echate Osuna» por la forma que usaba para requerir a las mujeres de sus fundos y fincas. Endilgó la yegua y siguieron un trecho en silencio. Al pasar un auto, sus rodillas se rozaron.

Casi dejó escapar un elogio de las botas de Diana, se ajustaban con la plasticidad de un guante; necesitaba borrar la torpeza que le producía, con intermitencias de péndulo, su presencia.

El tránsito en el angosto puente de cemento les obligó a marchar enfilados, caracoleantes los caballos. Martín se convenció de que tendría tiempo en la legua que distaba el caserón de su prima. Liberado de su mirada, intentó contemplarla fríamente. Diana aquietaba la yegua con movimientos llenos de gracia y destreza; contemplarlos, le escocía la garganta. En una tarde igual, arrebatada por el sol, montada en pelo, unida al animal como prodigioso arzón, Diana había arreado hacia los corrales una tropilla de caballos. Experimentó irracional deseo de clavar los tacos en los ijares y lanzar su animal a la carrera; soltar uno de esos gritos largos y agudos que había escuchado en boca de algunos peones.

Al final del puente, Diana se detuvo.

—Me quedo aquí, gracias por tu compañía —señaló con un movimiento de cabeza el chalet.

—¿Nada más tenés que decirme? —exclamó fuera de sí, como si reaccionara ante una trampa.

—Martín, no compliques las cosas. Ya sabés que todo ha cambiado.

—¡No es posible, Diana! ¿Y lo nuestro? —sin desearlo, le había surgido el tono de ruego.

La mirada de Diana quedó fija en el primer estribo del puente; el agua arremansaba piedras pómez que frotaban entre babas de sapos. Allí estaba esa cruz de difuntos que apareció luego de ahorcarse Epifanio Rolón. La gente del campo tenía una conciencia que escapaba a su raciocinio, se le escurría entre su textura cerebral, agua en un cesto de mimbre. Debía elegir las palabras para provocar el estallido de Martín.

—Todo eso fue una tontería de chicos.

Un criollo borracho, como Rolón, experimentaría igual placer al hundir el cuchillo en la panza de un contendor.

Martín quedó pendiente de esos labios grandes y carnosos, imposible que lo hubieran dicho. Diana resistió impávida. Chicos, chicos. La voz se mezcló con la de Rafael. Los besos de chicos. Ocho años de espera. Gritar, golpearla, apretarle la garganta para que su voz no se mezclara con la de Rafael. Golpearla como contacto y entrega. La simple explicación. Al tragar una brasa un sapo se hinchaba. Solo atinó un seco y rencoroso:

—Gracias, Diana. Debe haber sido eso, nada más. Tontería de chicos.

Taloneó con rabia, se miraba accionar. El animal arrancó de un brinco; nada del alarido salvaje, de ese ¡huija!, que debía llegar del huinca, cristiano, con que los recibían los araucanos; mezcla de gozo y desafío a la naturaleza. Se replegaba buscándose, sin resquicio ni aliento para gritos. Seco, duro o reventar en llanto como un chico. Infantil deseo de abrazarse al cogote del animal, unirse, complementarse; el caballo figuraba entre los seres que más había extrañado en Suiza.

El verdor fugitivo de los álamos le golpeaba los temporales; golpear hasta perder conciencia, decía la gente del campo. Hundirse en la pareja alameda, en su impasibilidad, pertenecerle. Escuchó, ¿o era el eco?, la carrera desenfadada de otro caballo; exigió más al suyo. Otra necia esperanza de chico imaginar que Diana podría correr arrepentida de las palabras. Nunca se arrepentiría de acciones, menos de palabras. Acortaban distancias; involuntariamente contenía a su alazán sin atreverse a mirar. Conservar la esperanza unos segundos más. Ocho años. Cedió, afirmándose en los estribos recogió las riendas; el alazán rayó en una callejuela ripiosa. Sabía que cada una de estas renunciadas le hacía perder más a Diana. Perdía con jactancia, como jugaba Rafael.

—No está bueno sofrenar en el ripio...

Miró sin ver, a ese hombre que lo contemplaba sonriente. No podía mudar la cara de Diana, arrancársela de golpe. Con mano endurecida por el lazo palmeaba el pescuezo sudado del overo para aquietarlo; lo aquietaba a él también. Conocía esos ojos verdes escondidos bajo el aludo sombrero.

—¡Vaya, vaya con el don Martincito que ya no si'acuerda de quien l'enseñó a trenzar con veinte tientos...!

—¡Juan Lucero! —desmontó de un salto para abrazar al viejo.

Quedaron tomados de los antebrazos y contemplándose.

—Lo vide en la votación, pero usted ya s'iba... —calló ante la expresión de Martín, montó con pensativa lentitud—. Me voy para la finquita, ¿si gusta, galopiamos un trecho?

La callejuela se transformó en huella bordeada de chilcas.

—¿Sabrá, don Martincito, que tengo como unas cinco hectarias de viña y frutales?

—Así vi en los padrones... —contestó en el mismo tono cadencioso.

Galoparon en silencio; recuperaba la calma, antiguo placer del diálogo y la marcha. El pedregullo de unas lomadas les obligó a tomar el paso. Tras de los álamos, el sol tendía un resplandor rojimoreado. Juan Lucero debía esperar su pregunta.

—¿Así que te han hecho agricultor? —Varió la que lo acicateaba. A. campo abierto, Juan daba solución a todos sus problemas: «Nu'haga fuego con ese monte, se le va'poner hediondo el asado. No si'acueste junto a l'aguada, de noche los animales lo pueden pisotear. Antes de hacer noche, para no perder el rumbo, ponga el rebenque en la dirección que traiba. Acuéstese a lo ancho de la ladera di'un cerro, de no, los aperos amanecen por un lao y usted por otro». Poco, y nada, le había dicho de mujeres. Al saberlo enamorado de Diana, Juan no se atrevió a palabra, sin duda porque lo veía muy claro. Tanto como al divisar una polvareda lejana elevarse entre los alpatacos, podía afirmar: «Allá vienen dos cristianos y tres mulas cargueras, o cuando frunciendo los ojos miraba hacia los cerros y señalaba al guanaco guía: Allí, arriba'el cerro pardo, anda el avisador, muy cerca a d'estar la tropilla. Usted ha de saber que el avisador no s'escapa hasta que nu'está a salvo la tropilla». Lo decía amablemente, disculpándose de ver y saber lo que él no lograba. No, no podía preguntarle sobre Diana.

—¿Agricultor yo? —sonrió despectivo—. No, soy muy malote pa'los cabos de las herramientas... Mis'hijos son los que si'ocupan, yo solo entiendo de ganado.

Llegaron a lo alto de un cerrillo; Juan detuvo el caballo.

—¿Ve? Más acá d'esa loma del chalé de los Guevara está mi vallecito —la vista perdida hacia lo lejos, quedó pensativo.

Martín miró a la redonda. Los valles y la llanura, hasta donde alcanzaba el agua de los canales, parecían anegados con manchas verde oscuro. Ensanchó el pecho, cada verdor significaba que allí habían trabajado los hombres.

—Sí, pues, casi mi'han hecho agricultor... —continuó con esa voz sentenciosa de

antes y soslayando a Martín como si tanteara un vado—. Es fiero equivocarse. No debí botarme del fundo arenberino, pero el gringo e su tío era tan jodido, con perdón de la palabra... Así no más fue, me salí de la huella y uno es demasiado viejo y orgulloso para andar pidiendo. Si yo fuera joven como usted, don Martincito, volvería a la finca e los Arenber y ¡no li'aflojaría, aunque coliará! Sí, pues, es fiero perderse por orgullo... Y, bueno, ya conoce el camino; si quiere llegar a las casas antes que se li'haga noche, aquí nos apartamos, a no ser que mi'haga l'honra...

Martín lo miró de frente. Lo hubiera abrazado de nuevo, pero lo sabía enemigo de efusiones. Se confesaba blando para las lágrimas, pese a que había sido fácil de cuchillo y repartido más de un planazo.

—Otro día será, Juan, y... muchas gracias.

—¿Y de qué, pues? —Se hizo el desentendido, y como si de pronto recordara algo—. Venga unos trancos más, tengo que mostrarle —con el índice de coyunturas hinchadas, señaló unos cactus con largas pencas pinchudas; en algunos surgía una flor de dos o tres metros de altura que amarilleaba en el crepúsculo—. ¿Si'acuerda cómo se llaman? —Sonrió ante la negativa—. Son las pitas, agaves las nombran los leidos. Después de trece años dan una flor y las pencas se mueren... —Le brillaron los ojos al quitarse el sombrero que apoyó contra el pecho, mientras le tendía la diestra—. Dicen qui'así es el querer de los criollos, ¡di un tirón y pa'siempre...! Claro que son cosas que dicen las mujeres pa su conveniencia... En cosa de hembras, el cristiano solo termina de aprender con otra: la muerte.

A la media cuadra, Martín giró el cuerpo para el último saludo. Juan Lucero permanecía en lo alto del cerrillo. Por sobre la cabeza, agitó el sombrero con planear de aguilucho en las quebradas. En algunos cruces de caminos, en Baviera, había visto parecidas imágenes, religiosas.

VI

Martín abandonó el comedor apenas servido el café y las tisanas. Caminó de prisa, los pasos se le hundían en los camellones de la huerta. Ahogaría las palabras de su padre. La resolana le entrecerraba los párpados. Lo acosaba la escena del encuentro con Diana, tres días antes. Semioculta por los eucaliptos y el olivar, la casona de abuela, pintada de rosa claro, crepitaba al sol. A diferencia de Europa, le resultaba difícil permanecer solo; en las casas suponían que un hombre siempre está en un lugar determinado haciendo algo. Abuela debía esperar una decisión suya, quizás una simple actitud, para encargarlo de ese algo.

Si al cumplir la mayoría de edad resistió la tentación de regresar y tuvo fuerza de carácter para terminar su carrera, con mayor razón se sobrepondría ahora. Había mostrado a su padre de lo que era capaz. Como un regusto le afloró el resquemor brotado a los quince años. Al morir su madre, Rafael le gritó: «¿Hasta cuándo vas a llorar como una mujercita?». Lo miró atarantado; el perfume ya ácido del ramo de violetas, que Tiburcia había colocado a los pies del cajón fúnebre que los separaba, le producía escozor en la nariz. Quedaron así hasta que entró abuela. Corrió a la huerta. Uño tras otro, como si le negaran apoyo, fue abrazándose a los troncos de los árboles más cercanos. Al amanecer, cuando todos lo imaginaban en el dormitorio, volvió junto al cajón de su madre. Creyó haber aprendido a quedarse solo; llegó Alberto en vacaciones, se aferró a él, un árbol más.

Se detuvo. Atraído por una especie de centro magnético había dejado atrás el olivar, caminaba por el peladal calcinado que marcaba la cresta de la barranca del río. A un centenar de metros, los sauces añosos, los carolinos, el alto cerco de tamarindos y el techo aguzado del chalet viejo de los Arenberg.

Miró casi con rabia y angustia. Cada árbol, cada color, cada perfume estaba definitivamente sellado por Diana. Incontables lugares de Europa le habían quedado marcados de semejante manera. Las palabras, la risa burlona de Rafael en el almuerzo: «Según afirman, Diana ha traído de Burdeos unos barbechos de uva blanca. Debe ser lo único decente que hizo en su viaje descocado». Abuela lo interrumpió con seca mirada; al esquivarla, Rafael lo sorprendió cuando abría la mano y soltaba el cuchillo sobre el mantel. En esa mirada rencorosa de su padre descubrió algo más; por primera vez la resistió hasta obligarlo a desviarla. Silencio incómodo. Cosas calladas por mutuo acuerdo sin palabras, por respeto a una ley de clan que sostenía andamiajes secretos. Sonaron las campanas del reloj de pie, las dos de la tarde. Las miradas se volvieron hacia la esfera blanca y dorada. Más de cien años marcando el tiempo de la familia, lo bueno y lo malo señalado por sus manecillas negras. Cien años, nimiedad en Europa; hasta el más humilde campesino sabía más años de su familia.

El calor le reseca la boca. En el terraplén del puente, carolinos y sauces guardaban bolsas de aire fresco. El cerco de tamarindos mostraba un buraco que los

muchachos usarían para robar fruta; se sintió obligado a entrar por él. Le chicotearon los nervios al divisar el Jaguar de su prima, ya no pudo retroceder.

Las botas resonaron desafiantes en las tres gradas y en las baldosas de la angosta galería. Golpeo la puerta entornada y, sin esperar, entró. Los ojos se le acostumbraron a la penumbra, volvió a llamar en vano.

Le costó reconocer el vestíbulo transformado en cómoda sala de estar. Sobre un combinado de televisión, radio y tocadiscos, varios álbumes; nombres en grandes letras doradas: Honegger, Vivaldi, Dalla Piccola. Estanterías repletas de libros ocupaban las dos paredes principales; de la madera de pino blanco, con grandes nudos oscuros, se desprendía perfume penetrante que incitaba a aspirarlo.

Titubeó al abrir la puerta del dormitorio. Resultaba ridículo venir a preguntarle el porqué del tono de Rafael y del silencio de lo restante de la familia; estaba allí porque había flaqueado ante un pretexto, quizá el más inhábil de los que lo asediaban, pero el que le llegó en el momento preciso.

Tenue claridad se colaba por los postigos de la ventana que daba al poniente; su ventana. Un gran espejo rococó reflejaba la cama y parte del dosel de encajes. Cada mueble u objeto tenía que susurrarle parte de lo que deseaba conocer; esta decoración sobrecargada no podía carecer del significado que le estaba otorgando. Diana empleaba un tiempo interminable en arreglar las casas de sus muñecas.

«¡Sos burro! ¿No te das cuenta que la decoración, el amoblamiento de una pieza tiene un ritmo? ¿Que no da lo mismo que un sillón esté aquí o diez centímetros más allá?». Boquiabierto había pensado dónde estaría ese ritmo jamás mencionado en la finca; abuela llamaba manía de vieja a su costumbre de ubicar los sillones favoritos en determinados sitios.

El exceso de encajes y sedas debía tener una razón, un ritmo. El cuarto se le transformó en el de una mantenida que había conocido en Zurich, en un bar de la Niederdorf, esa calle ruidosa donde la gente cantaba en bares y cervecerías hasta el amanecer del domingo. El parecido le dio ánimo, casi rencoroso derecho para seguir hurgueteando. Abrió un esquinero de marquetería, el perfume lo atufó. Le molestaban los perfumes penetrantes; a Diana le sucedía otro tanto. Dudó, a veces se confundía y los gustos propios privaban sobre la memoria. No se equivocaba; un día que por agradarla se puso demasiado agua de colonia, ella exclamó, tapándose la nariz: «¡Hueles a peluquero!».

De un cajón desbordaba ropa interior. Detestaba el roce de las sedas, se le pegaban con algo de incitación profesional; precisaba enardecerse para que el deseo lograra atravesar esas barreras mórbidas que, para la mayoría, obraban como excitante. Había descubierto su instinto entre los pastos, en la arena del río, lejos de todo artificio. Se estremeció. Ismael venía a esta pieza. Con rabia fue tirando la ropa sobre la cama; sin darse cuenta, mascullaba los nombres franceses o alemanes de cada prenda íntima. Las palabras francesas, más suaves que las castellanas y alemanas, les daban oculto valor sensual.

No era posible que ella se valiera de esta ropa, de esta habitación para... Sin embargo, ese ambiente podría deslumbrarlos y hacerles recordar, en los momentos en que desaparecían las distancias, la que pese a todo persistía entre ella y... Fuera de Ismael, no sabía cuántos ni cuáles hombres habrían estado allí. No entendía cómo una mujer de su misma sangre podía hacer, por placer, lo que por necesidad realizaba la de la calle Niederdorf. Esto era lo que necesitaba saber y no lo que podría decirle Ismael, simple instrumento. Desde la noche que lo divisó en el chalet lo había eludido; pero el encuentro sucedería, era irremediable.

Al salir, divisó en la mesilla de luz un libro, el de Alberto. La mano tembló al adelantarla, no quiso abrirlo ni leer la dedicatoria; de tomarlo, quizá, lo habría destrozado.

Por una puertecita del cerco salió a la costa del río. Una pandilla de chicos jugaba en un islote formado al resguardo de unas defensas de troncos; otros recogían brazadas de las olorosas leñitas, que arrastraban las crecientes del río, y que servían para asar los costillares. En la arena muy fina y recalentada por el sol, el vientecillo formaba menudas crestas continuamente deshilachadas; semejaba la pelusa que Diana tenía en la nuca, al rozársela un escozor muy suave lo llenaba de ternura. Ternura y deseo de besarla.

Caminó aguas arriba. Debía estar pescando en ese recodo en que el río se arremansaba. Wilhem pasaba horas hasta reunir las truchas necesarias para cocinar ese plato que lo envanecía, *la truite au bleu à la bourguignonne*. Su andar fue menos elástico. La visión del dormitorio lo envolvió en ráfaga caliente que olía a excesivo perfume. No compraría el libro de Alberto; tenía que regalárselo dedicado, como a ella. Diana y Alberto podrían haberse burlado de él a escondidas, con una sonrisa parecida a la de Rafael, o con el desdén que se tiene por un tejo que cambia de mano. Diana y Alberto; ya no Diana o Alberto, la ingenua disyuntiva de antes. Pueril, chico.

Intentó regresar y leer la dedicatoria. A pocos metros, tras unas cortaderas que hamacaban levemente los espumosos penachos, oyó la voz de ella:

—¿Por qué no te salís si tenés frío?

¿A quién hablaba en ese modo? Quedó inmóvil hasta escuchar una voz infantil.

—Y... porque está sentada junto a mi ropa...

Se alejó unos pasos dando cuerda a la línea de anzuelos. El chico saltó a la orilla y, mientras escurría el agua palmeándose, agregó:

—¡Gracias, señorita Diana!

—Entonces, me conocés...

—¡Y quién no! —La voz se le llenó de intención—: Tiene una pileta lindaza...

—Podés ir cuando tengás gana —debía ceder a un simple capricho—. ¿Cómo te llamás?

—Epifanio, ¡a lo que mande! Vivo en la posesión de la Cañada, suya pues.

La divisó incorporarse y mirar asombrada, como hallar una lagartija en su tocador. El chico se le acercaba sonriente y ajustándose la correa que le servía de

cinturón.

—Te regalo la línea de anzuelos... —dijo, vacilante, como pescada en falta.

Desconcertado, Epifanio tomó el cordel y susurró las gracias.

La vio alejarse casi de prisa; a veces, los arbustos cubrían su estatura. Corrió hasta darle alcance.

—¡Me estabas espiando! —gritó, la cara descompuesta. Durante segundos, la imagen plantada ante ella, a contraluz, fue la de Rafael. A caballo, inmóvil, aparecía entre las chilcas y cortaderas; jamás se le acercaba, como a la espera de que ella lo hiciera humildemente. Las facciones se ablandaron y desdibujaron, era Martín.

—¡No seas ridícula!

Se miraron como desconocidos. Diana, roto algún resorte de su voluntad, prosiguió la marcha, más lenta. Martín hubiera deseado detenerla, analizarla, como un nuevo mecanismo en el laboratorio de física nuclear. Nunca había conocido a esa mujer, nunca la había mirado objetivamente. Su cuerpo era delgado, pero más ancho de lo que recordaba.

—Ya te dije... —la voz comenzó a recuperar el tono.

—¡No se trata de eso! Podemos ser amigos —el suyo le resultó falso como lo que proponía; trató de sonreír—: De todas maneras, la orilla del río es pública. El código civil en su artículo...

—Ya no podemos ser amigos, Martín. No compliques las cosas.

—Sos vos la que complicás todo. Siempre hemos sido buenos compañeros —anduvieron un trecho—. ¿No te parece? —insistió. Ahora quería descubrir en el cuerpo de Diana los rastros de esos otros que desconocía. Nunca habían sido compañeros. Las huellas de otras manos en esa piel tan suave.

—Sí, claro... —masculló. Escuchó a sus espaldas las exclamaciones de asombro y alegría que soltaban los muchachos. Debían rodear y envidiar al hijo de Epifanio Rolón, como los amigos rodearían y envidiarían al padre cuando contaba su suerte en el boliche. La causa era la misma, ella.

En la puertecita que daba al río, Diana intento sonreír mientras le tendía la mano. El sol le obligaba a entrecerrar los ojos, con tiernas y lacias pestañitas.

Ojos de gata, ¿qué podría atraerlo en ellos? En los gatos, la gente acariciaba el esguince meloso, el ronroneo consentido, pero las pupilas del animal quedaban insensibles, minerales.

Martín debía preguntarse algo en esa mirada curiosa. El mecanismo de su cerebro comenzó a ordenarse, listo para la defensa, radar instintivo. Inclino la cabeza. El mechón lacio, dorado cobre, le recorrió la frente rozando las cejas; lo volvió a su lugar con ademán despreocupado. Segura de haber desorientado la atención de él, enderezó la cabeza y fijó la vista. Ya obraba racionalmente, ¿con qué motivo? Le bastó descubrir que había recuperado la calma.

La imagen de Diana volvió a ajustarse a la ideal de su recuerdo, como si en los diversos trazos de un croquis el autor señalara la línea más sensible. La efigie solo

costraba corporeidad al ponerse en movimiento, alcanzaba, entonces, huido encanto; si permaneciera quieta, se esfumaría.

—Mañana iré a tu casa, como iba siempre.

—No, tengo muchas cosas que hacer con mis «ejecutivos» de la fábrica. Pasado mañana volveré a pescar, a las cinco; es mi lavado cerebral.

El auto de Diana se perdió entre los damascos que sombreaban el corto callejón. Martín caminó en dirección al puente. Lejano le llegaba el vocerío de los muchachos. ¿No habría cedido tan fácilmente para librarse de que la importunara? ¿Por qué lo mezclaba en este mundo turbio del chalet? Siempre lo desorientaba; con reacciones imprevistas aprisionaba su imaginación y lo mantenía pendiente.

Paró en seco. Por el hueco del cerco de tamarindos, a poca distancia, salió gateando Segundo Varela. Al ponerse en pie, lo clavó el desconcierto.

—Buenas tardes, joven... Acorté camino... Vengo del rancho de Ña Cloris. Le fui a dejar el zaino que está agusanado. Ña Cloris tiene buena mano para cambiar el rastro.

Para evitar que Martín lo interrumpiera, detalló cómo la curandera sacaba el rastro dejado en la greda, lo giraba hacia el naciente pronunciando exorcismos y los gusanos abandonaban el animal.

Todo eso Martín lo había comprobado sin hallarle explicación científica, pero lo que más le llamaba la atención era la verbosidad del peón. Tuvo la certeza de que los había espiado.

Sin esperar respuesta, Segundo se encasquetó el chambergo descolorido y siguió a buen paso. Serpenteó por la senda pegada a los tamarindos; temería dejar al descubierto las espaldas delineadas por la vieja cazadora que le había regalado su patrón. Iría corriendo a soplarle. Rafael lo habría mandado; por él sería capaz de cualquier cosa. ¿Acaso, él mismo, no había espiado el dormitorio de Diana? No pudo soportar la comparación.

Le dio alcance y lo tomó de las solapas, creyó zamarrear a su padre.

—¡Ahora mismo vas a decirme, y clarito, por qué la señorita Diana se fue de casa de la abuela!

Los ojos aindiados se le achicaron de miedo, ni siquiera intentó alzar las manos para defenderse. No podía levantarlas al hijo de su patrón.

—¡Yo no sé, joven Martín! ¡No sé! —chilló.

Insistió, apretando las solapas alrededor del cuello mugriento.

—¡Por favor, Martincito! Yo solo sé lo que dicen... Nada más... Se lo contaré, joven, se lo contaré —murmuró, aliviado al sentir que la apretura disminuía. Nunca le contará todo, ¡eso a naides! Eso dependía de su patrón verdadero. Se achicó, haría las del quirquincho asustado que se mete en el caparazón—: Dicen, pero a mí no me consta, que la señorita tenía... —no sabía qué palabra usar— relaciones con el Epifanio... Que si'hartó d'él y que lo dejó como a un trasto viejo. Dicen que por eso el Rolón se colgó bajo el puente del río... Sí, si'ahorcó con la faja... Y que la señorita

se fue por lo que hablaba la gente... o por... Eso yo no lo sé, pasó en las casas grandes. ¡Don Rafael lo sabe rodo! Hasta lo que dijo el comisario... ¡La gente es mala, malaza con los ricos!

VII

Diana se sumergió una y otra vez en la piscina. Estaba segura de que la impericia y mala fe de Bustos, el enólogo, aumentaban y complicaban los problemas de la Bodega. Tendría que mecanizarla y reducir el personal al mínimo. Manejar las cañerías de trasiego, la Bodega toda, desde un comando electrónico en el laboratorio. Le bastaría con cinco técnicos. La gelatina cariciosa del agua dejó emerger su pantorrilla, el contacto fresco y total. Bustos, ese hombre que elaboraba sus vinos, debía ser uno de los errores minúsculos que eslabonaban la carrera de éxitos de su padre; error que solo su ausencia ponía de manifiesto. En treinta años de América, su padre había logrado una fortuna inmensa. La bikini ceñida al cuerpo tenía la consistencia del anca de su yegua mojada por el sudor.

«En verano, todos los problemas hay que pensarlos y resolverlos en la piscina, con la cabeza fresca». La fama de su padre debía basarse en la costumbre de corregir, pero nunca reconocer un error propio; también, en la capacidad de coordinar detalles. Era el demiurgo que señalaba el punto de una salsa o el instante preciso en que debía venderse un cargamento de frutas en conserva o de vino o de las máquinas que representaba o las acciones de un consorcio y recoger millones de ganancia adicional. Un tono rotundo para el si o para el no, en la voz y en las cartas comerciales. «Jugar con un perro o con un niño te aclara las ideas». Hundió la cabeza en el agua; como anguilas divisó las piernas flacas de Epifanio; chapoteaba dichoso. Un niño y un perro. «Tu padre es un artista, dijo Alberto. Cuando proyecta y realiza un gran negocio internacional, la cara se le transfigura. Cada uno de ellos debe producirle tanto placer y desfogue como a mí escribir un libro», sonrió irónicamente, debía comparar los resultados.

Remeció la cabeza. Para Alberto, el accidente de Wilhem tenía algo del suicidio de un artista, agotado para crear y demasiado sensible para seguir viviendo; quizá en esto, al menos, buscaba aventajarlo. Dejó todo en perfecto orden, pero ¿acaso no se jactaba de tener libre de papeles su escritorio, como lo había aprendido en la City, de Londres? Wilhem odiaba las despedidas. «El sentimentalismo es lo único que puede tumbar a un hombre de negocios», exclamó un día, con asco de sentirse irremediablemente sentimental.

Braceó con energía en dirección de Epifanio. Wilhem hubiese gritado: «Rectas las manos, coordinar respiración y movimientos», levantando la vista un instante de la carpeta donde estudiaba retrospectivamente la evolución de un negocio, para descubrir cualquier falla y evitarla en el próximo. Nunca dejaría entrar en esa piscina a Bustos y su piel grasosa; solo un moralista fanático o un hipersensible podía descubrir que el agua era un medio de comunicación sensual entre los cuerpos. Tampoco invitaría a Alberto; la miraría como a un objeto. Giró sobre su cuerpo. Los griegos delfines del Mar Mediterráneo: la gloriosa alegría de la adolescencia ajena. Decidido; luego de la cosecha, echaría al enólogo Bustos. Jacinto Vega, el líder

comunista, lo anotaría como un triunfo personal; y quizá lo fuera, de persona a persona se lo cedía de buena gana; generosidad aristocrática de regalar seres humanos. El placer de poseer dinero le parecía primitivo, lo importante eran los seres humanos que podía adquirir, total o parcialmente. Las miradas llenas de asombro, el placer simple y tan difícil de hallar. Comprarse a los hombres que no pensaban como ella. Una venganza de milenios por todas las mujeres que ellos habían comprado con o sin ritos religiosos. Le sorprendió, jamás había pensado en comprarse a Alberto, en transformarlo en su *public relations*, en esa suerte de moderna materialización de la simpatía y las buenas maneras sociales; la cara con que miraba los cuadros de Carrá, Sironi, Victorica o Soldi, como si alguien, por una magia secreta, pudiera transmitirle la propiedad; mirada con orgullo pordiosero. Comprarse a Alberto hubiera sido como torcer las reglas del juego.

Durante un rato hizo bracear y respirar acompasadamente a Epifanio.

—¡Las doce! Me voy señorita Diana —miró el sol apantallando la mano.

—Te quedás a almorzar conmigo —contestó con algo de orden.

—No puedo, la mama no quiere que venga... —Salió del agua apesadumbrado.

Miró al chico, se sacudía como un perro. Cedió a la idea que la hostigaba, con la facilidad de resbalar hacia otro cuerpo desnudo:

—¿Me perdonás?

—¿Y de qué, pues? —El asombro acentuaba su candor.

Había cedido, pero no llegaría más allá; era orgullo, o masoquismo, suscitar la condenación de sus inferiores. Simplemente utilizarlos.

—Por nada, no me hagás caso —sonriendo y con fingido tono de mando agregó —: Antes dé irte te tomás ese vaso de leche y comés los sándwiches, ¿entendido? — El alivio de obligar a comer a los pobres. Dios, la conciencia y Marx en un ademán.

Terminada la merienda, Epifanio se alejó al trotecito, cortando camino por el prado; de vez en cuando, se volvía para agitar la mano. Esa mano podía haber ayudado a clavar la cruz de tablas bajo el puente. Era necio haber cedido a medias ante el hijo de Epifanio Rolón; la madre de él sabía dominarse y callar. El cuerpo se le conmovió en involuntaria y lenta contorsión, como si tuviera urgencia de comprobar la utilidad de músculos y nervios. También había sido complaciente con Martín; no era complacencia, acaso necesidad de hablar con alguien. No. Sería innoble llegar al extremo de usarlo para provocar a Rafael. Innoble pero útil. Wilhem usaba a la gente como instrumento. Jacinto Vega se lo había gritado, ella sonrió. ¿Podría utilizar a Vega o a Ricci, el delegado peronista? No hay peor insulto para un utilizable, que desdeñarlo.

Káiser, la cabeza gacha, se acercó a su dueño; alejado Epifanio recuperaba su puesto. Se echaría a sus pies en la cabecera de la gran mesa solitaria. Algún día, invitaría a Vega; tendría que educarlo para cuando llegara. Sonrió irónica, los comunistas eran tremendamente sensibles a platerías y porcelanas.

Martín paseó la mirada por el comedor. Otro tiempo detenido en su infancia. Antes aún, las postales y los menús del barco del viaje de bodas de sus padres por Europa. Ningún cuadro que valiera algo; la familia no había tenido ni la menor inquietud estética, salvo, si lo eran, las clases de adorno en las monjas. Penumbra de persianas entornadas para evitar el resplandor y las moscas. Los ventiladores se movían despaciosos. Las dos criadas caminaban pachorrientas y se enjugaban la transpiración con los delantales. «Es inútil advertirles que usen un pañuelo», susurró Tiburcia a la señora de Flores. El desmandamiento del servicio, «por causa de ustedes saben quién», motivó una tediosa charla; todas estaban de acuerdo y el tema se diluyó entre exclamaciones y vueltas de ojos hacia el cielorraso.

Contuvo un bostezo. Para fastidio de Rafael, miraba a cada momento el reloj; faltaban más de dos horas para el encuentro con Diana, debía saberlo por el peón. Imposible recordar cómo era Epifanio Rolón; no comprendía a Diana, salvo que simplemente fuera una puta. Una mujer de mala vida, como dirían en la mesa; todos conocían las mismas palabras, la diferencia generacional estribaba en la selección de ellas. La fuente con el puchero regresó intacta. La vista de la sopera humeante le producía calor. No, Diana siempre había sido muy cerebral y controlada para llegar a eso, tenía que existir otro motivo. Las fruteras y compoteras en bandejas de plata martillada: Todo era muy simple, las cosas no se utilizaban por lujo, sino por hábito; igual, a la servidumbre.

—¿Sabrán que Pocha Aldecua se casa con el Chango Bernal? —preguntó la mujer del escribano.

—Sí, pues... ¡Cómo pasa el tiempo! —suspiró Tiburcia.

Se referían a la hermana menor de Alberto; ninguna oportunidad mejor para saber qué pensaban del hermano. A su pregunta, Tiburcia contestó:

—¿Y no sabés? ¿Vos que eras como su escudero? Dicen que le ha dado por escribir libros —la voz se le tornó cuchicheo que ganó la atención general—, cosas muy liberales... ¡Verdes, niño! —Alzó las manos como si palpara racimos—. ¡Pobre Merceditas, su madre, y tan despejado que parecía de chico!

—Así anda la juventud... —cazó al vuelo Rafael—. ¿Y qué me cuenta, escribano, de la cháchara de la diversificación de cultivos, que han puesto de moda? —adamaba el tono, como si toda muestra de cultura ya fuera comienzo de afeminamiento. Le asombraba esa angustia de machismo que notaba entre su gente; solo preocupa lo que no se tiene.

—Y, según como se mire... ¡Claro que yo no entiendo nada de esto! —contemporizó Flores.

Martín, seguro de que la ironía le estaba dirigida, cortó:

—Resulta excelente para descansar las tierras y, sobre todo, evita el monocultivo; es decir, que la economía de la zona se apoye en una sola producción.

—¿Sabe usted que el mocito quiere que fabriquemos aceite? ¡Venderemos aceite y pichuliaremos como unos bolicheros cualesquiera! —Lo encaró, por fin el

almuerzo tenía sentido—: ¡Bonitas ideas te han metido los gringos —el rencor rechinó las sílabas del mote— en la cabeza!

—¡Bolicheros! ¿Hasta cuando va a usar palabras que ya no tienen sentido?

Alcira golpeó la mesa; de estar vivo su marido, las voces ni siquiera se habrían airado. Esperó el silencio; a veces, temía que la arrollaran como a una compuerta desvencijada.

—Ya se verá, Rafael —paseó la mirada serena—. Tu padre hizo plantar las viñas cuando todos tenían nada más que potreros; Wilhem levantó la bodega y la fábrica de conservas, cuando todos teníamos viñas. Gringos bolicheros o no, los tiempos han cambiado.

—Bastante daño nos ha causado la conducta de los gringos —clavó la mirada en Tiburcia—, ¡y bien de cerca que lo sabemos!

Alcira quebró el embarazoso silencio indicando que las tisanas y el café se tomarían en el vestíbulo. Los bebieron con prisa: «No queremos dejarlos sin siesta», sonrió inquieta la señora de Flores. Durante la despedida, Alcira dijo al escribano:

—En cuanto a la uva, conteste a... la Bodega que solo recibiremos el precio corriente, o el oficial, al tiempo de firmar el contrato.

Partió el auto de los Flores, Alcira se volvió hacia Rafael:

—Ya debes saber que hay cosas que solo importan a los de la familia y no a los extraños.

Se dirigió a su cuarto, segura de que no correspondía respuesta.

VIII

Libros en francés, inglés, sueco y pocos en castellano; nada que pudiera recordar el lugar donde estaba construido el chalet, mientras en la casa nueva abundaban tallas y platería del país y Latinoamérica. Debía ser para que Ismael, Epifanio ¿y quién más?, no tuvieran ningún asidero ni contacto; extraños en un mundo ignorado.

—Tendrás que prestarme libros hasta que organice mi biblioteca, solo traje un centenar de clásicos.

—Sí, aunque no me gusta prestarlos. Así podrás conocer algo de Henry James y descubrir al Melville verdadero —Martín rondaba cerca de ella con movimientos que, no lo podía evitar, le resultaban incómodos.

La interpretación abstrusa que Diana daba a la novela de Melville «La ballena blanca», le pareció falsa; tiró el libro sobre el diván. Ese irritante afán europeo de sacar conclusiones generales de todos los actos, de borrar la individualidad del actor.

—La temática de la mayoría de las novelas y del cine nórdico y hasta del sajón surge de que sexualmente no cometen lo que ansían; todo por causa de obedecer, en lo formal, a una religión creada por y para pueblos imaginativos y con sol. Todo es sexo constreñido.

Lo miró sorprendida por tal opinión, tenía que pensarla; pero, por lo pronto debía rebatirlo aunque solo fuera en el campo de lo formal.

—Entre los latinos, si podían considerarse tales a los célticos franceses del norte, el sexo omnipresente ha seguido mezclándose con la religión y el vino, como sucedía en la Hélade. En plena Edad Media, y aun a riesgo de escandalizarte, existían imágenes de santos con falos erectos; por ejemplo: Saint Giles, en Bretaña; Saint René, en Anjou; Saint Greluchon, en Bourges. Cuando en Lyon los hugonotes destruyeron el altar de Saint Foutin, el falo inmenso del santo apareció teñido de rojo por las libaciones de vino que vertían en él, bebiendo después un trago como remedio contra la esterilidad e impotencia...

—Por el contrario, Diana, esto prueba que el sexo no los espantaba ni preocupaba, salvo en su antiguo valor de símbolo —con fastidio reconoció que hablar de literatura con ella y en ese momento era tan falso como la posición que combatía.

—Basta de literatura, se nos hace tarde. Vamos, Martín... —sonreía, como si hubiera escuchado sus pensamientos.

Se ubicaron en un recodo del río, distantes para que la corriente no enredara los anzuelos, o como pretexto para poder pensar con mayor lucidez. Su instintivo y latino fastidio por todo lo que semejara pensamiento abstracto, le hacía sentir a Diana aun más alejada. Comprendía con rapidez, pero siempre en función de lo sensible; todo idealismo individual y excesivo le resultaba sospechoso y de inmediato pretendía descubrir el carozo, el oculto interés material. Remeció la cabeza, no quería pensar. Las puntas de las ramas de un sauce rozaban con intermitencias el agua turbia; solo otro tanto había logrado con Diana: un roce quisquilloso e intermitente de un modo,

acaso, turbio. Media hora. Imposible permanecer quieto realizando algo que no le interesaba; no había vuelto a pescar desde la adolescencia; decidido recogió la línea.

—¿No crees que tenemos tan pocas ganas de pescar como las truchas de dejarse agarrar?

Diana sonrió espontáneamente, era la primera vez. Atravesaron un potrero para variar el camino de regreso.

—¿Vas a quedarte a trabajar en la finca? —preguntó ella, en tono convencional.

—Por supuesto, ¿y vos?

—Me iré al terminar la cosecha, quiero viajar y modernizar la maquinaria de la fábrica —se sorprendió al escucharse; no lo había resuelto, viajar no era solución, menos quedarse lejos. Ya no tenía vigencia, ya no existían esas familias que pasaban largas temporadas en Europa, en sus palacetes; ya nadie pensaba que podría irse a vivir mientras otros trabajaban para ellos. Solo era admisible pasear, tomar vacaciones, comprar cosas y traerlas acá, al hormiguero.

Martín acusó el impacto; esta resolución cortaba cualquier intento de contar sus planes, de compartirlos en la medida que ella los escuchara o le sugiriera, no en balde manejaba con tanta seguridad su inmensa fortuna. Un ligero cosquilleo nervioso de que ella pudiera pensar en esa diferencia. Todo había comenzado antes de que tuvieran la menor idea de lo que era el dinero.

Callaron. La alfalfa les llegaba hasta la cintura, entorpecía el paso, crujía con algo de quejido. El sol alargaba las figuras hasta confundirlas en el vaivén de la marcha; al retrasarse su sombra cubrió el cuerpo de ella. Se estremeció, la voz de abuela Alcira repetía: «Yo me crié a la sombra de mi marido, casé a los quince años». Su vida con Diana tendría que ser así, o, quizá, en estas comparaciones se originaban los errores; le molestó pensar que, dada su propia situación económica, podría ser a la inversa: a la sombra de Diana.

—Me gusta caminar entre el pasto —murmuró ella, los ojos pendientes de las punteras de sus botas húmedas y manchadas de verde; los colores de un cuadro de los impresionistas con sus verdes muy puros.

—Es como andar por el agua en contra de la corriente —la voz se le apagó al divisar una torre semioculta por un cerco de grateos—. ¡El palomar! —Gritos y risas infantiles; Diana temió y deseó que Martín volviera a tirarle del pelo y golpearla con gestos despóticos, los ojos enrojecidos de rabia. Se encogería para soltar otra vez ese chillido, semejante al de un mono, que le producía raro placer; reverenciaba a su primo, dios pequeño y tiránico. Años que no visitaba la torre; bastaría la menor de sus órdenes para destruirla, se arrepintió de no haberla dado. Irguió el busto.

Martín entró en el recinto que había servido de troje; la pared circular solo se conservaba en el sector del poniente. Tomó una de las piedras que formaban el basamento y forcejeó hasta sacarla.

—¡Nuestro tesoro! —Simuló reconcentrarse—: «Se perdona tanto como se ama». Nuestra frase ritual, ¿te acuerdas, Diana? —intentó enumerar los objetos absurdos

que escondían, mencionarlos alerta al brillo de los ojos de ella.

—¡Éramos cómicos! La cursi «frase ritual» de La Rochefoucauld... ¡Esas eran las cosas que te metía en la cabeza tu famoso Alberto! —Esperó en vano la reacción de Martín; desvió la mirada hacia el cestillo de pesca apoyado en unos adobes caídos—. Cualquier día otro temblor de tierra terminará de voltearla. Yo nací el mismo día del que destruyó la torre. Mi padre decía que habían ocurrido dos catástrofes: la de la tierra y mi nacimiento.

—Podrías haberla reconstruido cuando arreglaste el chalet —soltó de prisa, para no recoger la mención de Alberto.

—¿Estarás pensando que el chalet me resulta más útil?

—¡No pienso nada de eso! En una finca siempre es útil un troje y un palomar. Conmigo no tienes por qué estar a la defensiva y ¡menos todavía!, endosar nuestras cosas a otro. ¿Entendiste? —gritó casi, sin poder soportar que ella, tan luego, le recordara su devoción por Alberto. Rencor turbio, de golpe descubierto y exacerbado, le mostraba nada más que los defectos, debilidades y pequeñeces de su amigo, netos, tallados a cuchillo. Le brotó invencible deseo de borrar cualquier huella que hubiese dejado en su vida. Negarlo una y otra vez; empecinado San Pedro sin cantos de gallo.

Diana paseó la mirada por las frutitas que coloreaban el ramaje espinoso de los grateos. Renovaba el goce que había experimentado al triunfar sobre la amistad de Martín por Alberto; esa unión le causaba resquemor y envidia. En la amistad debía existir un modo o una calidad viril vedada a las mujeres.

—Bien sabes que tengo la costumbre de vivir a la defensiva —quiso evitar una nueva explicación—. ¡Pobre torre! Wilhem creía, también, que esta tierra había temblado de alegría ante su nueva dueña. La dejó así en señal del pacto. Mi padre era... medio raro —sonrió con esa frialdad que exasperaba a Martín.

—Tan raro como cualquiera de nosotros.

—No sabes, no lo viste en los últimos años —se cortó; con tal de recuperar las riendas del diálogo, había repetido la insinuación de Rafael sobre la cordura de su padre; otro modo de someterse ocultamente a él.

La miró atravesar el cerco por un claro curvándose con elasticidad; sin quebrar el ritmo, repitió el movimiento en el alambrado y tomó uno de los caminos de la huerta que, bordeado de achiras, llegaba hasta el garaje. La quiso imaginar sola y desvalida, en la misma proporción de sus desplantes. Hizo una mueca, lo que pensaba debía ser resultado de la vieja y cursi frase de La Rochefoucauld. Los clásicos volvían a la piel como las enfermedades secretas. Quiso borrar sus actos con un ademán, que nada hubiese acaecido en la tarde. Otra actitud pueril: borrar lo escrito en un pizarrón.

—Te dejo en el portón de la finca —dijo Diana, luego de cerrar el chalet.

Pasaron entre un grupo de ciclistas, hombres y mujeres de overoles grises y azules, que regresaban de la fábrica de conservas. Martín nunca la había visitado. No más pretextos para encuentros.

—Es un modelo más antiguo que el tuyo —dijo Diana, palmeando el volante—;

aunque los ingleses varían tan poco... en todo.

—Sí, tu madre me regaló el coche cuando me recibí. No te puedes imaginar cuánto ha hecho Tiburcia por mí —la voz se le enterneció sin desearlo; le molestaba esa propensión a la blandura. No quiso utilizar el pie que le daba Diana con la invariabilidad inglesa, compararla con la actitud de ella era demasiado vulgar.

—Me gustaría probarlo. Mañana debo ir a San Rafael, tengo una cantidad de cosas por hacer.

—Magnífico, te llevo, yo también debo ir.

Aceptó arrastrada por la sensación de haber manejado a su gusto el encuentro; el triunfo la empujaba, sin remedio, a la generosidad; además, de alguna manera tenía que recuperar o borrar lo dicho sobre Wilhem; reconocido el sometimiento, volver a escapar de Rafael. La mano de Martín tembló al estrechar la suya. Lo podía manejar a su antojo.

El auto se esfumó en el tránsito. Entre los árboles, la techumbre de la casona semejava una tortuga perdida en el pasto. Al llegar a la glorieta del jardín, escuchó la voz de abuela.

—Ya es basta, Isauro. Abrí ese tapón y dejale el agua a las violetas, hasta después de la comida. Y no te me olvides, más luego, de largarla para los camellones de frutales.

De una palada el mensual dio paso al agua que arrastraba hojas secas.

—Creí verte llegar en ese sapo negro de automóvil que te regaló Tiburcia —sonreía intencionada, como si recién descubriera la presencia de Martín.

—No, abuela, no era el mío...

Alcira echó a caminar apoyándose, sin necesidad, en el bastón con mango de plata, que le servía para señalar tareas y hurgar macizos de plantas u hormigueros. Se detuvo ante una rosa mosqueta; como abstraída en la tarea de huronear en la planta, dijo:

—Aunque dos tientos sean del mismo cuero, se nota más cuando uno está enchapado en oro... Pero, también, es cauto averiguar qué hay bajo el enchapado; sería inútil si el cuero estuviese podrido, ¿no te parece, hijito?

—Antes de juzgar será mejor comprobarlo, ¿verdad, abuelita?

—El tiempo y los propios ojos son el mejor juez que tenemos aquí abajo... Si no, ¿cómo habría de darme cuenta de que a esta roseta, casi tan vieja como yo, no le llega agua suficiente? —retirando el bastón de la planta, siguió con andar aplomado—. Muchas veces se apestó, hasta creímos que se iba a secar... Y ya ves, solo hacía falta de que la cuidaran con mano decidida, y podar cuando fuera el caso... —agregó con dureza—: Ahí había un árbol viejo e inútil que la dañaba, pero tuve que convencerme para mandarlo arrancar.

Martín quedó pendiente de sus ojos negros, más brillantes en el atardecer. Nunca le había hablado de ese modo y no la creía capaz de ello. Nunca, tampoco, se había encontrado tan cerca, humanamente, de esa persona que le infundía mezcla de respeto

y reverencia, como hecha solo para entenderse con Ramón Osuna o Misia Dolores, la abuela muerta ya de los Aldecua. Quiso hablar; ella lo contuvo con levísimo ademán. Lo más hermoso de la gente de su tierra era el saber dominar en silencio las emociones, se las tragaban. Tenían el corazón, y no la cabeza, lleno de experiencias calladas.

—¿Cuánto nos costaría levantar tu fábrica de aceite? Quisiera que lo averiguaras, también —dijo, sacudiendo con el bastón el ruedo de la amplia falda.

Retumbó el puente del canal al paso de unos caballos que entraban al galope por el callejón. Entre el polvo, divisó las siluetas apareadas de su padre e Ismael, más atrás, la de Segundo Varela.

IX

El sol quebraba la ruta de cemento con espejismos; Diana, pendiente del volante, entrecerraba las cortas pestañas. Luego de una curva en terraplén, cruzaron el río Diamante para enhebrar las casas de Pueblo Thevenet, con su alameda Balloffet, recta y de incomparable hermosura.

La seguridad de que pasarían juntos la tarde, que ella dependía de él por llevarla en su coche, por primaria que fuere esta dependencia, le producía alegría. Su vida universitaria en Zurich, al narrársela, se le antojaba más real y sucedida. Diana lo escuchaba con vivacidad de ardilla y estallaba en carcajadas muchachiles que, endureciéndole los brazos, la tendían contra el respaldo del asiento, sin rastros de coquetería. Se esforzaba en dar gracia al relato de cómo habían convencido, a sus discípulos, de que el chileno Héctor Olivera era hijo del rey de Araucanía y, él mismo, del inca del Atuel. Les enseñaban la chueca, semejante al *hockey* inglés, que jugaban los indios mapuches, amén de supuestos bailes e intrincados ritos que los estudiantes de etnografía y antropología anotaban con minuciosa paciencia.

Diana señaló, con un movimiento de cabeza, la entrada de un callejón verdeante de chilquilla:

—La finca de los Thevenet.

—¿Te acuerdas de los picnics en las higueras del Fortín?

—El Fortín les tocó a los Aldecua; es de ellos todavía, pero la ciudad se les viene encima —contestó rápido; no quiso recordar cuando Alberto, con asombro y desazón que no pudo ocultar, los había encontrado besándose. La conversación se apagó; Martín había hablado tanto de sí en la esperanza de que ella lo imitara.

El tránsito se hacía más denso y la edificación compacta a medida que se acercaban a San Rafael. Diana consultó el reloj.

—Me dejas en el Gran Hotel San Rafael y allí volvemos a encontrarnos dentro de dos horas, ¿te parece bien?

Martín aceptó, tenía de sobra para recorrer los representantes de máquinas industriales. Había pasado la mañana entre cálculos y planos; comenzaría en pequeño: un galpón y dos prensas de aceitunas. Por el espejillo del retrovisor divisó a Diana, la imagen se alejaba achicándose, escapaba a su órbita. Ella descubriría cuándo podría confiar en él, de nuevo.

Terminada la siesta, las casas de comercio abrían sus puertas. Diana encargó su minucioso pedido en los Almacenes Sueta; se lo enviarían en un camión de la Bodega. Volvió a la calle, los tilos moteaban de sombra la vereda soleada. Como siempre, en absurda especie de rebelión, había dejado para lo último aquello que más le importaba; además, prefería la picazón de la incertidumbre a una certeza negativa.

Aspiró el aire fresco y enformolado del Sanatorio Austral.

—Diana, ¡puntual como su padre! —exclamó el doctor Shescow, enarcando las espesas cejas blancas—. Te presento al doctor Quesada. Querías verlo, él estuvo en la

cacería —agregó, dispuesto a no perder tiempo.

Saludó, atenta a los menores gestos del médico. Ante ellos perdía su aplomo. Temía ese mundo de la medicina, ignorado de su inteligencia y del cual bastaba una afirmación para cambiar su vida; en América, lo temía más y difusamente, rastros de brujerías y misterios; en el vaho tropical de la floresta de Tijuca se había sentido angustiada como una mujer de las cavernas. En Europa, su inteligencia marchaba más lúcida.

—Fue un simple accidente, como lo afirma Osuna, y muy lamentable desde luego —terminó Quesada.

—¿Usted lo vio?

El médico dudó antes de contestar:

—No, Rafael fue el único que vio el accidente.

Salió del Sanatorio. No quería dramatizar. En los bares comenzaban a sacar mesas y sillas a la vereda; cuando cayera el sol, los parroquianos vendrían a discutir interminablemente sobre la cosecha, los precios de la uva, y las nuevas generaciones que tomaban poco vino. Dobló por una de las calles de menor tránsito.

Fastidiada reconoció que también buscaba en los médicos, y a través de su padre, una justificación de su conducta; no, la palabra conducta era demasiado normativa, era más exacto decir de su manera de ser. Si le dijeran: «Obras en la única forma que puedes, es razonable que sea así», experimentaría un alivio raro e inconfesable. Lo admitiera o no, la vuelta de Martín renovaba este mundo, le daba mayor vigencia; tenía derecho a preguntar, a inquietarla. Los músculos se le endurecieron. No necesitaba justificación de nadie en la tierra, ni en el cielo, si lo había. Todo lo suyo era razonable. El instinto no necesita justificación.

El aliento se le volvió anhelante. No podía escapar a sus pensamientos. Se burlaba de la moral porque creía en ella. La memoria la incitaba voluptuosamente. La imagen aparecía sin remedio, su gesto de alejar tenía, a la vez, mucho de invitación. Cedió con un suspiro.

A los catorce años, levantada en mitad de la noche; la piel ardiente, como sollamada por el sol. Caminaba hacia el corredor donde dormían Martín e Ismael en las noches calurosas. Una vez que lo supiera táctilmente, en un cuerpo de verdad, no en esculturas e ilustraciones, guardaría el secreto. Los secretos daban mayor amplitud a la vida. El secreto de su acción lo guardaría hasta la muerte. De puntillas, se acercó al catre del peoncito y deslizó una mano bajo la manta. Los dedos le temblaron de terror y voracidad. Supo cómo estaba hecho un hombre.

Se estremeció. Desde la penumbra de la puerta del dormitorio, Rafael la miraba; lo vio más alto, más fuerte, más dominador que durante el día a la hora del sol. Esta era la imagen de Rafael que no podía borrar de su memoria, que no quería borrar. Se comunicaban a través de otro cuerpo, a través de algo, de un ser que en cierta manera formaba parte de la finca que les pertenecía. En ningún momento, ni remotamente, había pensado en girar su cuerpo y deslizar la mano entre las sábanas de Martín;

cambiaría el significado del acto.

Echó a correr apretándose los pechos. Se hundió en la cama. En los pies le quedaba la sensación fresca y limpia de las baldosas, opuesta a la de las manos. «Fui a tomar agua en la destiladera», contestó temblorosa a Tiburcia que despertó sobresaltada; la mención del anticuado filtro de agua la protegía con las imágenes que debía despertar en la mente de su madre. Su padre andaba en viaje de negocios; presente, no se habría animado, él lo adivinaría. El resto de la noche, lo pasó en mezcla de terror, placer y abominación de sí misma. Esperaba los pasos, la voz, los gritos airados, los golpes de Rafael acusándola. Rafael no llegaba y, al día siguiente, desapareció por una semana en La Escondida.

Los nervios se le relajaron, infinito bienestar. Ya estaba pensado. Los puritanos de su sangre nórdica se torturaban por la negación de ese bienestar. Martín tenía razón. La imagen de su padre volvió mansamente, con pasos y piruetas de niño. ¿Qué secretos de niño se había llevado, qué horrores entre niños rubios y de ojos azules? Wilhem le soplaría, aplicándole en tono irónico y trágico, algún versículo de la Biblia, pueda que: «Y la vid está ahora plantada en el desierto, en tierra de sequedad y aridez». Entre los dos quedaría otro silencio anhelante, las voces sorbidas por una tromba de siglos. No serían padre e hija, y sí esas figuras etruscas de terracota que, ahora en el Museo del Louvre y en el de Tarquinia, acostados a la par en la tapa de un sarcófago, sonreían misteriosamente desde hacía más de dos mil años. Sí, a los nórdicos la Biblia nacida en países cálidos debía haberles sollamado el cerebro. No, acostada al lado de su padre no, ni aun en figuras de terracota.

Recordaba su expresión cuando se despidió para la cacería, lo hubiera creído a punto de iniciar un gran negocio. O, quizá, la ilusión de su combate de gallo de riña con la astucia y el fino oído del guanaco. La Escondida sabría algo más; los lugares podían transmitir a los seres sensibles, por rara especie de osmosis, rastros y acciones de las personas que los habían vivido.

Creyó escuchar la bocina de su coche y se volvió sobresaltada. Martín la invitaba a subir.

—Te seguí una cuadra y no te has dado cuenta —rió, una vez que la tuvo a su lado.

—Me tiene preocupada la Bodega... La cosecha está cerca, Bustos es una calamidad y, para colmo, los obreros están algo soliviantados, supongo que con razón. Sí, no te rías, yo siempre estoy contra los poderosos, en particular cuando el poder soy yo misma. No comprendo muy hondamente que tantos seres puedan depender de un capricho mío. —Trató de parecer convincente, el poder de las paradojas—. ¿Volvemos?

—Podríamos tomar té mientras hablamos de tu Bodega. Yo también tengo mis teorías sobre los que mandan...

—Ya habrás tomado demasiado té... ¿qué otra cosa más higiénica se puede tomar en Suiza? En el camino hay una chicha riquísima.

El nombre de la bebida criolla le asoció el de la casa mitad comité y mitad prostíbulo, y la duda de que Diana hubiera asistido a una de esas fiestas.

—¿Mejor que la de Higinio Pérez?

Demoró la contestación, Martín participaba de sus anteriores pensamientos, su diálogo solitario.

—No, la chicha de Higinio es mejor. Aquí todos lo saben, tanto los políticos como los militares, los «señores» como las putas.

Retomaron en silencio la avenida Balloffet. En la Cordillera, el Nevado mostraba su sombrerete de nubes; llovería al día siguiente, según afirmaba Juan Lucero. La lluvia, al disminuir la gradación alcohólica de la uva, atrasaría la cosecha. Martín precisaba de algo para borrar el error de su pregunta, también, el tono mordaz y la palabra dicha por Diana.

—¿Te parece tan buena la chicha de Higinio? Yo creo que exageran bastante, tanto los unos como las otras...

Diana dudó si imaginaba el tono irónico; era difícil que Martín conociera su capricho de asistir a una de esas fiestas. Se había retirado enseguida solo porque le chocaba la vulgaridad de las mujeres, su ordinariez. Comparación o comprobación que la satisfizo: por más que se arrastrara, nunca llegaría a lo que esas.

—Ya tendrás ocasión de comprobarlo —estas palabras acomodaban su postura, hasta físicamente. Al enfrentar el callejón de los Thevenet, cambió de tono—. Te voy a prestar la novela de Alberto. Es un retrato de familia y, especialmente, de él mismo, de su sensualidad y egoísmo, que le obligan, en persona, a parecer modesto y generoso... —terminó con un respiro, la frase la tendría compuesta desde mucho tiempo en algún repliegue de su mente.

Se miraron con entendimiento cómplice. Acababa de nacerles una ligadura distinta. Diana agregó:

—Hace tiempo que no lo veo; pero como me respeta y teme, por mi dinero, hace lo que le resulta cómodo para parecer mi amigo. Ya sabes que, como todo egoísta, es un cómodo. En el fondo me detesta y en esto no ha variado.

—Yo no he estado con él desde que me fui —dijo con prisa. Quería borrar la escena de la despedida; abrazado a Alberto había dado rienda suelta a las lágrimas que fue capaz de contener ante ella. El resquemor de hoy debía nacerle de haber mostrado tan hondo su debilidad, de haberse entregado a Alberto sin que lo tomara en la misma medida.

Quedaron callados hasta que Diana pidió el volante. Martín bajo para cambiar de puesto, tuvo necesidad de mirar el río Diamante, su color de dulce de leche. Allí, Alberto le había enseñado a nadar. El auto se puso en marcha; como si formara parte del mecanismo, eligió una conversación impersonal, necesitaba afirmar el terreno ganado. Las defensas contra el granizo por bombardeo de cristales yodados contra las nubes peligrosas o proteger cada cepa con alambre tejido. ¿Por qué pensaba recién en Ismael?, ¿acaso no era alguien igual que él o Alberto? En comparación con su

familia, se creía un hombre de ideas progresistas, pero la sangre podía más. Resultaba difícil renunciar a todo lo que su familia significaba. Para los otros era más fácil: buscaban fabricarse una nueva especie de familia.

El silencio extrañó a Diana. Soslayó la mano de Martín posada en el asiento, no era la de un peón, menos su muñeca. Muchas veces los hombres habían tendido hacia ella manos blancas y temblorosas; le repugnaba la claudicación masculina ante el deseo. La mano permaneció en el asiento hasta que se alejó para volver con una cigarrera de oro, regalo de Wilhem para el primer *smoking*, el del baile de los dieciséis años. Siempre surgía algún objeto hermoso que solo podía pertenecer a ellos o a su gente, que los aislaba. El tiempo se aferraba a esos objetos. Presionó el acelerador. La mano de Martín volvió serena a su apoyo anterior, más cerca de ella y con el cigarrillo, luego de encenderle el suyo; aunque menos vigorosa, semejaba la de Rafael.

—Tiene un pique fabuloso —dijo, para borrar esa conclusión.

Martín asintió con aire ausente. Agazapado, el vehículo corría en un deslizamiento aceitoso; el sol cortajeado por los álamos pincelaba de verde y amarillo el capot. Amenguó la velocidad, chistaron los neumáticos. Ningún camión cargado de bordelesas los enfrentaba.

—¡Casi nos pasamos!

Diana embocó un callejón de arabias que, luego de rodear el jardín enmarañado, se abría en explanada para dar cabida a un chalet, piscina y pista de baile. Del altoparlante surgía música dulzona del Caribe. Salvo dos parejas que chapoteaban gritando en el agua, el recreo estaba solitario. Al ubicarse, Diana dijo:

—La antigua casa de los Arroyo...

Luego de pedir la bebida y los sándwiches, Martín paseó la mirada por el edificio envilecido con anuncios y construcciones auxiliares.

—Algún día harán lo mismo con tu casa o con la nuestra.

—¡Nunca mientras yo viva! —interrumpió violenta.

—¿Y después?

Lo miró desconcertada. Solo con él, quizá, y en tiempos de la cigarrera de oro, había pensado en la posibilidad de tener hijos. Nunca más; después, puro placer, si lo había sido.

—Alguien la defenderá.

—¿Defender? Ya pasó el tiempo en que era necesario pelear por estas tierras. Las perdemos por nuestra culpa, ¡nada más que nuestra! Nos hemos limitado a explotarlas —calló para no decir como los tratantes a las putas, se le ocurrió melodramático, sobre todo de mal gusto—. Somos unos exquisitos Petronios; nos abrimos las venas y sonrientes miramos correr la sangre...

—Yo no me rindo. Antes la transformo en una maternidad o en un dispensario, como hizo Margarita Herrero. ¡No me entrego! —estalló Diana. Nunca había pensado que podía hacer algo por los demás, lo imaginarían una excusa.

—¡Para eso hacen falta agallas! —gritó desafiante.

La necesitaba a su lado. El bisabuelo Martín necesitó de la bisabuela Tiburcia, lo sostuvo en la montura cuando los indios lo lancearon. Tenían ejemplo de todo en el pasado, debían ofrecerlo en el futuro.

A poco, brotaron los compases de un tango; no recordaban dónde lo habían escuchado juntos, se miraron como para apoyarse en la mutua interrogación. El esfuerzo por escapar a los recuerdos y cortar el áspero diálogo los solivió. Se hallaron en pie; absurdos resortes de la sangre transformada en memoria. Con ademán natural, posesivo, Martín la tomó y comenzaron a bailar. La sonrisa entre burlona y explicativa del comienzo se les borró. Habían bailado juntos ese tango.

Inevitablemente, en quites e incitaciones con algo de toreo, sus piernas rozaban las de Diana; todos los *músculos* y coyunturas parecían reclamar el derecho a su juego, un denso movimiento; que cada parte se expresara con desconocida y grave responsabilidad. Las piernas de compañeras y compañeros a quienes había enseñado a bailar en Zurich, ahora sabía que obligadamente al comparar el roce con las de ella.

El aliento de Martín junto a la oreja le produjo un cosquilleo nervioso y, de inmediato, esas sensaciones de vértigo que la fastidiaban y rebelaban; deseó que la mano de su primo se apoyara más virilmente, que la forzara a curvar el arco de su columna vertebral, que dominara el juego de sus espaldas, que la obligara a perder su forma y, por rara ósmosis, se estampara en la de él. Un secretario de la embajada había bailado así el tango, con ella, en Estocolmo, y el parloteo de la gente había ido bajando hasta apagarse en un aire de ahogo erótico. Martín, en cambio, apoyaba la mano como si temiera no llegar a dominar lo que sucedería luego, o si se preocupara más en realizar con acompasada justeza los pasos del baile, demostrarle, por orgullo masculino, que sabía tanguear. Sí, la mano de Martín se apoyaba, hasta debían temblarle los dedos casi imperceptiblemente, como antes.

El baile de los dieciséis años en alguna novela rosa leída por Diana a instancias de Tiburcia, marcaba el punto más alto de la bobería sentimental. Lo sentimental. Antes había acompañado a su padre en un vals. Wilhem giraba, saliente el mentón, como diciendo a la gente convocada en nombre de su hija: ¡Miren de lo que he sido capaz! Tiburcia, sentada junto a Alcira y a Dolores de Thevenet, los miraba bailar solos, intimidada; un curioso a quien el movimiento de la multitud empuja en medio del cortejo. Imposible convencerse de que ese hombre apuesto y fino era el suyo, que esa mujercita hubiera salido de su cuerpo; solo comprendía sus manos cruzadas en el regazo para no correr a enderezar la corbata del frac de su marido.

Terminado el vals, su padre la había llevado de la mano hasta Martín. Hizo una señal (un ademán suyo podía significar un millón más o ni una pizca más de azafrán) a la orquesta típica de Pichuco Troilo, traída en avión desde Buenos Aires, y surgió «Confesión».

Bailaban entre el cuchicheo cariñoso y admirativo. Una sueca había dicho que en la Argentina los hombres eran más hermosos que las mujeres, al revés de su país. La

mirada de Diana rodó hasta encontrarse con la de Alberto, quien los contemplaba como si, por secretos motivos, le pertenecieran perteneciéndose. En ese instante Martín susurró unas palabras. No las recordaba exactamente, las había olvidado aún antes de considerarlas estúpidas o simplemente rosadas. Chirriaban las suelas en las baldosas gastadas y en la arenilla que llegaba desde el jardín.

—Chiquilla adorada —repitió Martín, junto a su oreja.

Diana se apartó estremeciéndose, el fastidio le cortó las ganas de soltar una risotada hiriente. Las palabras recuperaban en su memoria el pliegue que se empeñaba en considerar más necio. Era ridículo, Martín no tenía sentido del tiempo. Un cursi y un sentimental. La pista del recreo recobró su apariencia. Los cursis inferiorizaban todo. El sol iluminaba, todavía, el techo de las casillas de la piscina, la una pintada de rojo, amarilla la otra y azul la más lejana. Todas con su letrero: Beba Coca-Cola.

X

Detuvo el auto frente al puentecito tendido sobre la hijuela del canal. Los perros no la toreaban, el dueño debía estar ausente. Ramón Osuna habría exagerado el mal estado del camino para disuadirla; los criollos eran muy mañeros, en particular los señores.

Desde la huerta, apareció uno de los hijos de Juan Lucero. Mientras anotaba en el pianito los lugares peligrosos, le costó resistir la invitación de que se apeara. A través de las enredaderas del corredor, divisó a las mujeres de la casa, cuchicheaban acicalándose. Si bajaba, no podría atravesar las salinas antes de que el sol, al recostarse, la deslumbrara. Puso en marcha el motor.

—¡Mi padre se va a morir de pena cuando sepa de su visita!

—A la vuelta pasaré a verlo. A lo mejor, y si él quiere, lo necesitaré para mis caballos —cortó, tendiéndole la mano.

Al terminar la viñita, el auto repechó una cuesta pedregosa; las cubiertas pellizcaban el camino. Estaba arrepentida del ofrecimiento, Juan no aceptaría. Había presenciado la disputa con su padre por causa de un potrillo fino que se mancó. Aguantó el chubasco, duros los carrillos, hasta que contestó sereno: «A mí no me grita naides, cuanto que no soy sordo». Lio sus petates y se fue de la finca sin una palabra. Wilhem le mandó el sueldo, el despido y algo más. Tomó lo correspondiente y devolvió el resto con el recadero: «¡Y dígame a su patrón que todavía tengo buenas las coyunturas, como para andar viviendo de regalado!».

El camino mordisqueaba las faldas de los cerros áridos o trepaba por el cauce de los ríos secos, las lluvias de verano solían convertirlos en avenidas. Las aguas, de varios metros de altura, bramaban en las quebradas. Otras veces, llovía sierra adentro y la correntada aparecía al día siguiente y de improviso. Al año de casados, una creciente había arrastrado el breack en que viajaba la adolescente mujer de Osuna, y este juró no casarse más. Sonrió inquieta, las nubes negruzcas se amontonaban sobre la Cordillera; le sobraba preocupación con evitar que una piedra saliente dañara el cárter.

Al abandonar el río seco, se detuvo para enfriar el motor y revisar las cubiertas; el coche no había sentido las horas de sol fuerte. Tras de un cerrillo, surgió el salitral, deslumbrante pista de patinaje. Podía correr al máximo los 25 kilómetros que la separaban de la quebrada de los Choiques. Lentamente aceleró, el coche se transformaba en un ser viviente. La blancura reverberante borroneaba en vaho lechoso las aristas de los cerros que avanzaban a su encuentro. Wilhem habría paladeado la sensación de correr por esa salina en forma semejante a la de beber a sorbitos su *Tuileries*; entibiar el coñac en la palma de la mano tenía algo de acción amorosa.

La velocidad la suspendía en el paisaje inmóvil y mineral. Casi dos semanas de lo ocurrido con Martín en el Recreo. Se repetía que la cursilería era la única actitud o modo intolerable entre la gente de su clase. Durante el regreso, había permanecido

muda, hostil, pegada a la puerta; le repugnaba la menor posibilidad de roce. Se despidió en su tono glacial, modelado con paciencia en clase de foniatría, para obtener, como hacía su padre, el máximo rendimiento de las cosas que los demás tenían por naturales. Tapiaría esa puerta de comunicación con Martín, que solo podía ser una puerta de pase. Lo haría aunque ella misma quedara encerrada. Le fastidió comprobar que estaba magnificando un hecho sin importancia. Apretó más el acelerador.

Al terminar sus tareas en la Bodega o en la fábrica de conservas, pasaba horas en el chalet oyendo discos sin escucharlos de verdad. Fondo musical para sus pensamientos, que se calmaban o irritaban indistintamente. Al cambiar un disco, llevaba en las manos porciones de tiempo sensibilizado. El ciclo de Ismael estaba concluido; cuando los primeros actores entran en escena los partiquinos se esfuman, no han existido. Hasta él decorado cesa de prestar utilidad, debe variar. Un amanecer, con uno de esos partiquinos tendido a su lado, ¿Ismael, Epifanio?, el cuerpo moreno hundido en la profundidad del sueño y el agotamiento, como una inmensa y tierna maquinaria en reposo que hubiera deseado acariciar con impersonal curiosidad, analizó la decoración de su dormitorio en el chalet. Tuvo ganas de reír, como su padre al mirar el frente de su casa. Había alargado el tiempo empleado en ella; temía sobrepasar el límite y perder el juego: debía ser el cuarto de una «mujer libre», quizá podía llegar hasta el de una mantenida, pero no más. Tomó como base piezas descritas en novelas de fines del siglo XIX; lo divertido era agregar a un Zola o a un Flaubert un toque del siglo XX, de Proust o Pasolini. En esos momentos, le importaba poco o nada con quién habría de usarla, creaba un escenario personal, para su cuerpo.

Sí, ahora estaba segura, solo el contraste brutal del cuerpo viril de Rolón había hecho juego con estas sedas y encajes. Lo primordial era que la gente la creyera capaz de usar ese cuarto, capaz de entregarse totalmente a esos hombres. La gente era la finca de los Aranda, Rafael. Los hombres callarían por vanidad masculina; los hombres solo eran discretos por vanidad. La asombraba que ninguno se hubiera atrevido a imponerse por la fuerza; la cama fastuosa e inverosímil los contenía y atemorizaba tanto como su apellido y los riquísimos tonos de su voz. Ellos usaban un tono monocorde, intimidado.

Recorría sus cuerpos como si tomara posesión de ellos con sus manos o labios, hasta en las más sorprendentes caricias; las rodillas, los talones, los pies; las soportaban asombrados en las muñecas como si fuera un rito misterioso de curandera; más aun, el suave tocamiento de esas nalgas musculosas y firmes, como surgidas de miles de leguas contra los pellones de la montura, toqueteo que solo admitían con vergüenza de amariconamiento; pero en cuanto alguno pretendía reclamar con su sexo lo que era instintivo, lo desviaba en silencio, con un movimiento imperioso y, sin embargo, calmo. Las palabras las ahogaba con vertiginosa sucesión de besos, que solo dejaban espacio para los quejidos y bramidos de anonadado placer. No existían ni permanecían porque ninguno se había atrevido o impuesto. Además, era tan simple

arrancarles el goce a estos hombres contenidos que ignoraban cualquier exquisitez. Y si los hombres de la familia usaban las «chinitas» ¿por qué no haría ella otro tanto con los «chinos»? El derecho de pernada de los señores feudales. Sería regocijante colocar un cordón de seda, con guarniciones doradas, para contener al público, y establecer un día de visita guiada, como en los castillos-museos de Europa. ¿Y si Rafael no estuviera en primera fila contemplando?

Retiró el pie del acelerador, enfrentaba la quebrada de los Choiques. El aullido del viento en los cristales penetraba los tímpanos. La huella siguió el piso rojo y arcilloso hasta desaparecer en el vado de un arroyo verdeante de musgo. Se detuvo en medio de la corriente mansa y cristalina. Su mente abandonó toda velocidad. Los ojos, lastimados por la blancura de las salinas, recuperaban el verde de los pastizales, el rojo lacre de las montañas cortajeado en anchas franjas de gris, crema, verde, castaño y amarillo, hasta que, moradas por la distancia volvían al blanco en la nieve de la Alta Cordillera. Al fondo del ancho valle, se alzaban compactas alamedas; allí debían estar las casas de La Escondida. Álamos por todas partes; crecían más rápido, de acuerdo con la impaciencia de sus plantadores.

Reinició la marcha. El viento había cesado por completo, los ranchos de piedra colgaban del humo que se elevaba de sus chimeneas; los chicos saludaban con las manos en alto, mientras las mujeres aguaitaban por las ventanitas con algo de lechuzas. Los vacunos pinteaban los alfalfares y, hacia el sur, nubes espesas y negruzcas cargaban el aire de electricidad.

Las alamedas se espesaron hasta convertirse en un bosque partido en dos por un murallón con tejas rojas. Un portón de hierro daba paso al parque de bellotas, pinos y araucarias. Añojo parral circundaba el cuadrado de la casa con su frente de treinta metros de galería encolumnada: araña en el centro de su tela. Larga hilera de camiones-jaulas para transportar vacunos en pie, para Chile, ocupaba un callejón lateral.

Ramón Osuna se adelantó con andar firme.

—Bienvenida, aunque no has de pasar días muy cómodos, te lo repito, en casa de hombres solos.

La sorprendió comprobar hasta qué medida podía parecer intimidado; surgía en mayor grado ese dejo voluntario de campesino que, por contraposición, marcaba la fineza interior de rasgos y actitudes. Eso que la gente común jamás lograría descubrir en él, como un profano en pintura nunca puede valorar la sensibilidad de una línea, dé un trazo.

En la habitación, mezcla de dormitorio y sala con tres ventanas de rejas empotradas en las paredes de una vara de espesor, se imaginó prisionera. Durante la frugal comida, Ramón no hizo la menor alusión al motivo del viaje. Tenía que agradecerse, estaba rendida por la tensión nerviosa de manejar más de 200 kilómetros en tales caminos. La muchacha que había servido la mesa, apareció con una gran jarra, que hacía juego con la palangana isabelina del tocador.

—Agua de lluvia, muy buena para el pelo —murmuró, mientras abría la cama. La mirada gacha, preguntó si deseaba algo más. Ante la negativa, sin costumbre en la tarea, se deslizó inquieta entre los muebles de caoba, atravesó el patio interior, salpicado de macetones con palmeras enanas, y desapareció tras los arabescos de la puerta de hierro del zaguán, que comunicaba con el segundo patio rodeado de galerías como el principal.

Comenzó a desnudarse. Un trueno reventó la pesadez de la noche; repetido por los cerros rodó entrechocándose hasta perderse: ganado que se desbarrancara entre mugidos. Vivísima luz violácea hurgó desde los rincones hasta la cumbrera; luego de crepitar, estalló el rayo. Retemblaron puertas y ventanas. Cubriéndose con el quillango, corrió hasta pegar la cara en uno de los vidrios de la puerta que daba al patio. El vidrio era suave; las mejillas casi femeninas de Martín en el baile de los dieciséis años. Las bombas estallaban, lanzaban mansos y afónicos capullos de estrellas multicolores. La piel le palpitaba en los broncos tantaneos de los truenos y relámpagos enmarcados por las galerías. Las *loggias* de Florencia, un hombre la interpeló, demasiado directo para después de admirar las pinturas del Beato Angélico. Nubes oscuras se distorsionaban enmarañando la comba del cielo, ríos y raíces de luz. Giraban en el parque las ruedas con cohetes de brillantes colas, los trajes de gasas y sedas. El italiano se detuvo junto al Perseo en bronce de Benvenuto Cellini. Cegador destello borroneó manadas de nubes bamboleantes; recobraban densidad, los truenos rodaban valle abajo en estampidas, una y otra vez en *crescendo* monstruoso. Gritar a la par de los restallidos; el grito de las mujeres era agudo, chillido de terror durante un terremoto.

Cesó la zarabanda. El pulso le tintineaba en los temporales. Densa, fragorosa, aplastante, cayó la lluvia. El techo de tejas salmodió monocorde. Aspiró hondo, las manos crispadas en el postigo y la falleba. Quedarse desnuda bajo la lluvia. Apretó los labios contra el vidrio, a la espera. Aguardaba. Cerró los labios, los pegó más estrechamente al vidrio, se escurrieron resbaladizos y tibios, pulposos, hasta que chocaron los dientes. Los dientes de Epifanio Rolón. No recordaba cómo eran los de Martín. No sabía de Rafael nada, absolutamente nada, esto la exasperaba hasta la angustia; era inútil intentar descubrirlo en otros cuerpos.

Terminó la lluvia; gotearon tejavanas y canaletas. El agua se escurría en las lajas del patio y reflejaba las estrellas inmensas, brillantes. Las del árbol de Navidad que le regaló la abuela paterna en su casa de Herrvik, Nykvarn, Suecia. ¿Existía, en verdad, ese mundo? No sabía en qué hotel de Europa le habían robado, o perdido, el paquete con las estrellas. Volvía a crecer un murmullo ronroneante. La tremenda sorpresa había sido comprobar que no tenía nada en común con ellos. La despedida fue para siempre, aunque las palabras dijeran otra cosa.

La puerta del cuarto de Osuna se abrió con cautela; salió cubierto con el liviano poncho de vicuña y, de prisa, se dirigió hacia el segundo patio. Crecía el murmullo hasta convertirse en áspero rumor. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo, deseaba

tenderse laxa, bocarriba.

La puerta vecina a la de Osuna, se abrió para dar paso al Chacho. Atravesó chapaleando el patio, torito que embiste, y salió hacia el jardín, sin preocuparse del ruido que producía con las botas.

Diana se acostó, hundió las piernas, el vientre y, por fin, los pechos; las frazadas criollas la rozaron con áspera caricia. Las sábanas eran demasiado femeninas. Cerró los ojos. El rumor crecía hasta convertirse en sordo rugido. Bajaba la creciente atosigando arroyos y ríos secos; podría haber arrastrado su coche y dejarla estaqueada en un alpataco. Tuvo miedo, por primera vez se sintió sola entre los elementos, poseedora de una extraña pureza nacida de la violencia; por ello no se habría atrevido a invitar a su cama al dialéctico Jacinto Vega. Quizá, solo pudiesen entenderla los revolucionarios, los anárquicos guerrilleros. Podía ser la sustancia de América, si ella pudiera estar en un cuerpo.

El sol entraba por las rendijas de los postigos, no recordaba haberlos cerrado. Luego de lavarse, algunas se lavaban los pechos como si fuesen ubres, vistió con rapidez la ropa de montar. La mujer que había sido la noche anterior era una desconocida; hubiera querido observarla detalladamente, como a pieza anatómica.

En un extremo de la mesa del comedor, capaz para veinte comensales, la aguardaba el desayuno. En la pared principal, iluminados por el sol, dos grandes retratos de familia. Wilhem se lo contó: el abuelo unitario de poncho celeste, y el tío abuelo federal con su roja escarapela y sus rubias patillas; era muy probable que el primero fuese de Procesa Sarmiento de Lenoir, y el otro, sin la menor duda, de Fernando García del Molino. En la noche anterior habían quedado a sus espaldas o la prestancia de Ramón diluía en la sombra estos óleos.

Una mujer, pocos años mayor que la otra, entró con la bandeja. Saludó tímidamente y, antes de retirarse, la miró con recelosa curiosidad. La pupila muy negra y un halo de rojez sobre el blanco: debía ser la maldormida. Bebió sonriente la naranjada; conocían los gustos y caprichos de su padre y se los endosaban a ella.

Chacho apareció de improviso, saludó con aplomo y, a su primera invitación, fue a ocupar una silla junto a la cabecera, como quien sigue un hábito.

—Don Ramón le demanda disculpas. Tuvo que salir con el alba, la creciente arrastró unas vacas con cría. Yo estoy para lo que guste, y los caballos están ensillados —terminó, casi con el aliento.

Diana volvió a sonreír; al no modificar sus tareas, Osuna le hacía notar que su visita no era totalmente grata.

—Si me esperas un minuto, encantada saldré con vos. ¿Te molesta que te tutee?
—Repasó las finas facciones del muchacho, la nariz, los ojos celestes eran los de... Levantó la mirada, sí, los del rubio federal, uno de los Quiroga.

—Su papá también me tuteaba.

—¿Te acuerdas de él?

—Sí, muy mucho —sostuvo la pausa para marcar su inesperada importancia.

Galoparon largo. En el paisaje recién lavado los colores asomaban violentos. Llagas profundas y negruzcas, cortadas a pique en las laderas del sur hacia donde se había recostado el arroyo, que todavía arrastraba el agua turbia y rojiza de la creciente; de vez en cuando, un trozo de tierra y piedras se agrietaba y caía desviando la corriente.

Echaron pie a tierra para dar resuello a los caballos.

—Tienes los ojos colorados, ¿dormiste poco... a causa de la tormenta? —preguntó para desconcertarlo.

—¿Esa tormentita? Se ve que usted es del llano... ¡En enero tuvimos una que barrió a un cerro y el agua llegó hasta el jardín!

—Entonces, ¿no te levantaste por la tormentita? —la ironía lo haría hablar.

—Quiere decir que me vio...

—Te vi y te oí. No te importa mucho.

—¡Si no le importa al tata! —exclamó impulsivo. Se cortó ruborizado.

Simulando no haberse dado cuenta de la revelación, Diana se volvió hacia la Cordillera.

—¿Es cierto que en seis horas de a caballo se está en Chile?

—Ciertísimo. ¡Todito lo que yo digo, aun sin queriendo, es cierto! —soltó con inusitada dureza, mientras montaba. A poco, sin mostrar la cara musitó—: Perdóneme, señorita, a veces me da por portarme como uno del segundo patio.

—No tienes por qué pedirme perdón... ¿Cómo te llamas? Solo conozco tu sobrenombre.

—Ramón —titubeó hasta alzar la cabeza con arrogancia—: ¡Ramón Osuna, estoy anotado! Él, fue a reconocerlo el otro día, cuando bajamos para las Elecciones di'agua.

Echaron a andar sobre el pedregullo. Antes que amor paternal, debía ser el orgullo de Osuna. Echarles otro padrillo para que las mujeres se lo disputaran. Sin poderlo evitar, lo miró de otra manera. ¿Cómo sería este recio muchacho eligiendo entre la hembrada? Sus muñecas comenzaban a marcarse.

Chacho no aguantó el silencio que ella jalonaba con acompasados golpes de fusta en la caña de la bota.

—¿Tiene ganas de ir al valle de los Chulencos? Mañana, nos levantamos con el alba, antes que mi —se cortó, para añadir brillantes las pupilas—: Cuando tenía doce años, su papá me llevó a la mesa grande y me sentó a su lado. Hasta entonces me habían tenido en el segundo patio, junto con mi madre. ¡Y mi madre sigue en el segundo patio... con otras dos más! Y ya voy olisqueando que el tata me quiere su igual en todo. ¡Y no he de serlo!

XI

Mediaba la mañana, alcanzaron el cerro de los Cóndores; ya se divisaba la cumbre nevada del Overo. Chacho ocupaba la delantera en el sendero; con elásticos quites y sin despegar las sentaderas de la montura, esquivaba las ramas espinosas. Al dudar entre dos sendas borrosas por la lluvia y el poco tránsito, la nariz se le ensanchó, tal si olfateara. Diana admiraba la grácil fortaleza de su cuerpo; le maravillaría tener un hijo así. Se sorprendió de haberlo pensado; cuando alguien de su relación sembraba un hijo hermoso debía surgirle una extraña envidia de casta.

—Deje sueltas las riendas, la mula sabe más que nosotros.

Al encajonarse el valle, la vegetación se tornó raquílica. Tras una cresta surgió un cerro plomizo y brillante, casi puro mineral. Las hendeduras guardaban restos de nieve congelada y sucia; parecían refuerzos de cemento contruidos para sostener las masas poliédricas de centenares de metros que avanzaban hacia el vacío.

Chacho mencionaba los nombres de las hierbas con flores rojas, amarillas o azules. Diana cesó de preguntar, la respiración se le tornaba dificultosa; pese a que se había quitado el gorro de piel, las sienes le dolían como ajustadas por un sombrero estrecho. Desabotonó el primer ojal del chaquetón de cuero, forrado con chinchilla cazada en la Cordillera y que Osuna había regalado a Wilhem. Chacho detuvo la mula.

—¿Está descompuesta? Podemos volver, ¿si quiere?

—¿Falta mucho?

—Allicito, en cuanto doblemos ese farallón —señaló unas rocas tajantes—. Ya me parecía que se iba a apunar —sonrió, pasándole una cantimplora minúscula—: Tome tres traguitos, nada más; es un menjunje de mi madre.

Pese a sentirse aliviada, la siguiente media hora le resultó interminable. Las mulas avanzaban tanteando la senda de piedra, tallada en la mitad de la ladera entre cientos de metros hacia la cumbre y otros tantos hacia el abismo. De vez en cuando, temblaban las patas de los animales, se desprendía un pedrusco, botaba en el borde del precipicio, al rato, se escuchaba el golpe y el eco.

Wilhem habría caído igual. Tiritó, quiso achacarlo al viento que arreciaba en un encuentro de quebradas. Irresistible deseo de arrimar la mula al borde de esa bandeja de roca gris y rojiza, proa que avanzaba sobre el abismo. Su padre habría sufrido vértigo semejante, salvo que Rafael tuviera razón. Empuñó las riendas anudadas sobre la cruz del animal. Sin mirarla, Chacho debía adivinar cada uno de sus movimientos, alerta y capaz de sostenerla. La mula se resistía, cualquier brusco movimiento del jinete le haría perder el equilibrio y caer. Wilhem. Ya no recordaba el nombre de esas florcitas rojas de cuatro pétalos, que alcanzaba a ver balanceándose sobre el precipicio. Taloneó al animal empeñado en seguir al otro hasta el extremo de colocar las pezuñas en el mismo sitio. Los cascos podrían resbalar, un relincho agudo quebraría el silencio; todas las quebradas relincharían en un eco macabro. Estaba

segura de no gritar, la boca plena del aire que ahora le faltaba. Los oídos silbarían a reventar. El paisaje caía destrozado sobre ella en la infancia. Un juego de cubos de madera con un paisaje parecido, salvo la colorida vegetación; al derribarlo, sentía su propia caída a la par de las montañas, casas, y esquidores con flotantes pañuelos rojos, mientras Martín reía deslumbrado junto a la chimenea.

Las orejas muy tensas, la mula olfateaba a ras de la piedra resbaladiza.

—De aquí va a ver mejor, señorita Diana.

Chacho, los ojos muy abiertos, la miraba aparentando tranquilidad. La voz le surgió blanca, cómo antes de que otras mujeres del segundo patio, por disposición de su padre, le enseñaran la utilidad viril de su cuerpo. Don Ramón esperaba en la puerta el resultado de la prueba; si no hubiera servido para eso lo habría desheredado. Para marica les bastaba con el tío abuelo federal, que había muerto en los llanos peleando como un tigre, solo contra una patrulla unitaria.

Quedaron mirándose. Desde esa roca se había despeñado Wilhem. Quería adivinarlo en los ojos del muchacho, lo leyó muy claro. Las riendas se le cayeron de las manos; la mula reculó hasta hacerle rozar la rodilla en la pared de basalto.

Pasaron un ancho espolón; la huella, abandonando el desfiladero, entró en un valle cubierto de gramíneas. Una cascada muy alta y angosta se descolgaba entre las rocas rojizas salpicándolas de espuma.

—El Valle de los Chulencos —dijo Chacho, desmontando. Diana lo sabía ya—. Vamos a merendar y descansar, no muy mucho para que no se enfríen las mulas...

Apoyándose en el hombro del muchacho, más por el contacto viviente que por necesidad, se deslizó de la montura. Contuvo una vez más la pregunta.

El sol, reflejado en la nieve, irisaba los perfiles cortantes de los cerros contra el azul metálico del cielo. Dos águilas giraban en lentos y espaciados círculos al fondo del valle.

—Deben andar algunos chulencos. —Se arremangó el poncho para destapar el termo.

Diana bebió a sorbitos el café caliente; dio unos pasos y su mirada volvió hacia la garganta por donde acababan de pasar. No pudo contenerse, giró para interrogarlo; Chacho mordisqueaba una torta al rescoldo. Anduvo unos pasos y se recostó contra un peñasco, el sol iluminaba sin producir calor. Chacho se le, acercó y quedó en absorto silencio. La Escondida también se transformaría en un hotel de alta montaña para algún sindicato de obreros. Quedaron así un rato, los ojos devorados, muelle impresión de infinito. El mundo debía estar naciendo. La primera pareja. No, era un paisaje donde los seres humanos no tenían explicación ni lugar.

—Volvamos, señorita —le cuadraba mal quedarse impasible con esa mujer al lado; tenía que pagarle la gratitud adeudada al padre y no hallaba modo de principiar. A más y peor, cuando en un descuido la pillaba mirándolo, era como si le pasaran un helecho por la espalda desnuda.

—¿Cómo sucedió? —el tono medido, tal si hubieran conversado largo.

—¡Ah, sí! —titubeó otra vez y las ideas se le confundieron—. No vi mucho... Estábamos en aquella parte del valle —señaló al fondo—: Habíamos levantado el campamento. Yo venía atrás con el tata, el notario Flores, el doctor Quesada y los auxiliares. Adelante, como a tres cuadras, iba don Wilhem con don Rafael. Más bien parecían estar discutiendo. Juntos entraron en la quebrada. Al ratita, un relincho chicotió el valle y sentimos como si una peña se hubiera caído. Su tío apareció de vuelta, gritando: ¡Wilhem se desbarranco!

No quiso escuchar más. De nuevo, Rafael, de nuevo él sabía. Desde la muerte de su padre, era él quien sabía todo.

Si Rafael hubiera surgido de entre las rocas, monstruosamente impasible e indemne a las heridas de la vida, se hubiera arrojado a sus brazos. Intentó correr hasta la cornisa de piedra, pero quedó inmóvil. Wilhem habría cedido a una atracción semejante. Sin embargo, ella nunca había pensado en matarse, nunca hasta ver esa bandeja de roca.

En alguna porción del paisaje quedarían rastros de la voz, del grito desgarrador de su padre grabado como en un disco de cera. En el aire diáfano, como en un cristal trizado, los desesperados ademanes, casi cómicos por la angustia de asirse a algo, al tiempo sobre todo, del hombre que cae. Por imposibilidad natural de asirse, los de la mula tendrían más nobleza y aceptación. Un día, los hombres inventarían una máquina capaz de recuperar estos sonidos e imágenes perdidos, acaso para aumentar la humana cuota de espanto.

—¿Pero, por qué? —gritó, de improviso. Rafael era capaz de todo. Estarían solos, como ella y Chacho, en esa plataforma de tres metros escasos de largo. Bastaría un simple pechazo de la mula, simular una espantada.

Por algo Rafael no había vuelto jamás a La Escondida.

—Porque no podíamos dejarlo en el fondo del barranco... —contestó, asombrado.

—Sí, claro —balbuceó.

Chacho había continuado la narración sin ella escucharlo.

XII

Diana se dejaba zarandear por el tranco de la yegua, la equitación era el gran placer heredado de su padre, su único placer total.

Para los demás, la cosecha era relajación de nervios tensos por la constante preocupación: heladas, granizos y plagas; para ella comenzaba lo arduo. Por suerte, la fábrica de conservas marchaba a la perfección; una hora diaria sobraba para vigilar sus labores. Su padre la había comprado cuando daba pérdidas y justamente por eso, para equilibrar balances. En verdad, y como a toda la gente de la provincia, le importaba más el vino, su Bodega; la uva había dado ya los 12 y medio grados de alcohol necesarios para la cosecha. Quizá la tarea borrara las imágenes de Wilhem y Rafael en el Valle de los Chulencos, ese lugar que ahora se le había pegado a la memoria como un molusco. Si fuera necesario, recurriría inclusive a Martín. El hijo de Rafael, musitó. Vigilaba el peso de los camiones cargados de racimos en la báscula de la Bodega; las moledoras, el mosto que se escurría por las canaletas de cemento, y los análisis en el laboratorio. Vagaba por los pasillos entre largas hileras de cubas y toneles de roble de Nancy, Montpellier y los pesados de Kassel. El contenido fermentaba a la par de su cerebro. Era necesario aislar esos fermentos, seleccionarlos y luego, sembrarlos en las piletas con vino nuevo. En esta selección fincaba el prestigio de sus caldos. El ruido de la maquinaria, el rodar de los cascotes vacíos en los carriles de hierro, el succionar de las bombas, las voces y los gritos de capataces y obreros, retumbando en los cuerpos sombríos del edificio, la liberaban por aturdimiento.

El reflejo del sol de la media tarde le hizo fruncir las pestañas. No podía faltar mucho para que llegaran los primeros camiones con uva de los Aranda. Sabía, por Ismael, que abuela había dispuesto que Martín se encargara de la cosecha. Martín iría desalojando poco a poco a Rafael en la finca, en todas partes; se lo repitió, necesitaba creerlo.

Entre los árboles divisó la posesión de la Cañada. Hacía cuatro años que pasaba en frente del rancho de Epifanio sin atreverse a bajar. Simulaba no temer esa visita. Dispuesta a domar los nervios, desmontó, golpeó las manos y entró decidida por el caminito que separaba las eras.

Una mujer flaca y desgredada salió de la cocina. Pese a saber la rapidez con que envejecían las mujeres del campo, la asombró esa cara ajada que la miraba rencorosamente; Isidra tenía su misma edad. Una chicuela morena la espío un momento.

—Buenas tardes, Isidra. ¿Puedo pasar?

Chispearon los ojos renegridos, después, tal si pesara la costumbre, bajó la vista.

—¡Para eso este rancho es suyo!

Diana se adelantó menos segura.

—Quería saber si necesitabas algo, vos o el Epifanio.

—¡Nada! —cortó tajante. Su hija corrió a abrazarse y hundió la cabeza en la falda.

—¿Tuya, también? —El tono de Isidra le devolvía su aplomo.

—Del Rolón y mía. ¡Los dos son del Rolón y míos! —pronunciaba el apellido con posesiva fiereza.

Diana soportaba, casi complacida, el arrebató; impasible señaló:

—Hace falta embarrar ese techo.

—Eso es trabajo de hombre... ¡y usted bien sabe que no es por mi culpa si ya no tengo hombre! ¡Bien que lo sabe!

—Sí, lo sé bien. Haré que te embarren el techo —contestó en tono semejante. Solo escuchaba el taconeó de sus botas en la tierra apisonada del patio, no quería ni podía irse en esta forma.

Se estremeció. Bajo el corredor, surgida de un cajón, se deslizaba una sombra grisácea y ondulante.

—La *familiar* —dijo Isidra, con acento protector; mientras su hija trataba, con una varilla, de que la víbora volviera al cajón.

Le repugnaban las víboras; no entendía cómo por antiquísima costumbre; pues ya la tenían tos cretenses, todavía la guardaban en algún rancho como viviente amuleto. Rolón era supersticioso como el que más.

—¡Dejala! Si no hace ningún daño, no es como otras... —prosiguió Isidra; mientras Diana golpeaba con la fusta una de las parras atadas a los pilares del corredor.

—¿No dan uva?

—No. Las trajo el Rolón de su chalé. Cepas machorras. Muy lindas, no hay que negarlo, pero nunca cuajan... ¡Son como muchas mujeres!

La escuchaba impávida, sugestionada por el espectáculo, a la espera del instante en que no atreviéndose a echarse sobre ella y golpearla, estallaría en llanto.

—Tíralas al fuego, así servirán para algo. Yo te mandaré otras que den uva. —La amargura se le ocurrió orgullosa concesión destinada a satisfacer el rencor primitivo de Isidra, luego cayó en cuenta de que era real—. ¿Y Epifanio?

—Salió para un mandado.

Inútil pretender que Isidra cambiara su odio de años por unos minutos dé bondad. En esto se parecían.

—Adiós, Isidra.

Isidra la miró montar y alejarse; escupió con asco en el suelo, quedó inmóvil hasta que su hija se puso a llorar asustada. La separó de un pescozón y volvió a la cocina; destapó la olla y espumó el arropé. Dos lágrimas, casi gotas de sudor, le viborearon en las mejillas.

Diana sentía crecer el fastidió en contra de sí misma. De Isidra brotaba espontaneidad. Odiaba o quería sin tapujos, fiel a sus impulsos. Vivía para su rencor, para el recuerdo de su hombre muerto, para sus hijos vivos. Era dé una sola pieza, no

como ella, urdida y desconcertada desde la raíz. Rafael. Taloneó la yegua, se le encabritó antes de galopar.

Se había detenido a contemplar las mujeres que salían de la fábrica de conservas. ¿Qué diferencias existían con ella? Muchas usaban pantalones. No entendía exactamente qué era lo que en verdad le hacía sentir, más que comprender, que ella pertenecía a un mundo distinto.

Y no era por cierto la ropa ni los ademanes.

Había trepado a uno de esos colectivos que se llenaban de mujeres al final de un turno increíble: a las 10 de la mañana, y que habría empezado muy antes del amanecer. Pertenecían a otra fábrica, no había riesgo de que la conocieran. No era, al fin, tan conocida ni denigrada como creía. Le miraban la ropa, pese a que había escogido la más vulgar; ninguna mirada que pudiera sentir insolente o incómoda. ¿Temía que la gente la mirara con inquina? Charlaban como en desahogo de silencio obligado: «Quince cajones de duraznos para descarozar en cinco horas, unos pocos pesos más por cada cajón extra». «Dejá de afilarte al colectivero, ¿no te basta con el capataz? ¡Cualquiera te viene bien a vos!». Risas nerviosas, casi con envidia. Podía hacer tales cosas pero no decirlas. Nunca había hablado de sus hombres a otra mujer, a ninguna otra persona; probablemente fuera orgullo. No, no tenía necesidad de comentar con nadie. O, puede, tener el angustioso deseo de decir te quiero o te deseo y guardárselo. No participar. El orgullo de no precisar a nadie para sentirse completo.

Ordenó detenerse al chofer. El tono de su voz sonó natural e irremediabilmente distinto. Silencio de atención. Pasó restregándose entre esas mujeres que olían a sudor. La rubia que se apretaba contra el codo del colectivero la miró sobradora. No, ni siquiera podía admitirles un desafío, simuló no verla. La simulación era el primer grado de la soledad.

Descendió. Reían, puede que de ella y su perfume francés. Quedó desorientada entre los álamos insolentes y burlones. Rolón. Caminó largo, como le placía en París o Roma o Londres, hasta llegar al chalet del río. Se encerró como en una cueva. Los libros, los encajes, los discos la protegían, se complementaban. Un diálogo secreto. Podría pasarse escuchando a Honegger hasta que le quebrara los nervios y los demás la miraran asombrados; pero los demás no existían.

Al llegar a la Bodega, le extrañó encontrar una larga cola de camiones y uno cargado sobre la báscula, No estaba el pesador, ni siquiera el camionero; tampoco Ismael, quien debía llenar la planilla de contralor del pesaje por parte de los Aranda.

En el patio de las moledoras de uva, obreros, peones y empleados se arremolinaban. Le asombró aun más no escuchar el ruido de las maquinarias. Podía ser uno de esos paros relámpagos o huelgas con que la preocupaba Bustos. Atravesó al galope el patio de cargas y desmontó junto al grupo de gente.

Tendido en el suelo, inconsciente, un obrero mostraba el brazo izquierdo convertido en sanguinolenta masa que se extendía en el piso de cemento.

—¡Lo agarró una máquina! Es el Liborio Sánchez —dijo uno de los capataces.

Los hombres no atinaban a nada; las mujeres, atraídas por el tumulto, corrían desde las oficinas y la sección embotellamiento.

Quitándose el cinturón, Diana se abalanzó sobre el caído y le ajustó un torniquete junto a la axila.

—¿Pero no ven que se va en sangre? ¿Dónde está Bustos? ¡Traigan una angarilla! ¡Muévanse! —dirigiéndose al capataz, ordenó—: Avise al doctor Shescow, hoy atiende el consultorio en Pueblo Aranda.

Martín, que llegaba precediendo la tropa de camiones, alcanzó a escuchar los gritos de su prima. Dirigió su caballo hacia las paseras alineadas al fondo del patio de cargas, arrancó una y la trajo a la rastra, desparramando la fruta puesta a secar.

Diana envolvió el brazo destrozado en el delantal de una empleada.

—Llevenlo al laboratorio, ¡con cuidado! —la sorpresa le suavizó la entonación: Martín sostenía la cabecera. La mayoría siguió la improvisada camilla. Un grupito quedó comentando cerca del charco rojo y negruzco. La sangre espesa y brillante les atraía, podía ser la de cualquiera de ellos.

Ayudada por los empleados, Diana desocupó la mesa cubierta de probetas y tubos de ensayo con muestras y cortes de vinos; cuando apareció el herido, con la fusta arrojó el resto y ordenó barrer. Podía ser una forma de menospreciar el trabajo. Mientras revisaba el torniquete, entró Bustos.

—¡Cállese! El tercer accidente en un año. ¡Usted es un fantoche inútil! —exclamó sin dejarlo hablar. Bustos se retiró enfurecido.

Respiró satisfecha, la hemorragia estaba contenida. Mientras se lavaba las manos ensangrentadas, escuchó la voz firme de su primo; ordenaba que tuvieran listo el botiquín para cuando llegara Shescow.

Enjugó las manos con esa minucia que admiraba en los médicos, y se acercó a los obreros reunidos en la galería, junto a una de las puertas.

—Lo agarró una polea de las moledoras —dijo el capataz de máquinas, sin animarse a sostener su mirada—. La culpa fue de él...

Lo miró fastidiada, no soportaba a quienes por congraciarse traicionaban a su clase.

—Es necesario mejorar la protección de las poleas —se interrumpió al escuchar un quejido de Liborio, volvió a su lado—. Ya viene el doctor Shescow —se quitó el pañuelo del cuello para secarle la frente; como en ritmo preestablecido, quedó acariciando el pelo duro y lacio que caía sobre el mármol blanco; por contraste tomaba el color del azabache.

Liborio le fijó los ojos pardos y angustiados, musitó las gracias y cerró los párpados; los labios resquebrajados se distendieron. Ya no le importaba, la señorita estaba a su lado, pese a todos los infundios que de ella narraban. Siempre la había divisado a distancia inalcanzable. Debían ser ciertos los menjunjes del obispo: la muerte empareja a ricos y pobres; al fin, algo para repartir en partes iguales.

Diana descubrió que le importaba más haber demostrado ante Martín, la familia,

su capacidad de discurrir y obrar ante lo imprevisto, que salvar la vida de ese hombre que, con la única interrupción del servicio militar, hacía alrededor de diez años que trabajaba en la Bodega. Conocía a «su gente», como le gustaba conocer detalladamente lo que formaba parte de su patrimonio. Soslayó a su primo, casi con temor de que adivinara sus pensamientos, más aun, de que los admitiera con esa excesiva comprensión que la exasperaba por lo que podía tener de protectora. Su comprensión estaba entre lo que más los separaba, la comprensión debía ser otra forma de la debilidad. Antes de que lo enviaran a Suiza, le había dicho, acaso como prueba: «Querido, no sé qué vas a pensar de mí, pero, a veces, me gustaría que me humillaras... ¿Verdad que te doy asco?». «Yo, en cambio, no tengo necesidad de humillar lo que amo. Lo que yo amo no puede ser humillado», contestó él, y hasta el tono le pareció igual al de Alberto. Algún día tendría que analizar lo que había sido esa extraña relación de los tres, que la atraía casi en la medida que la repugnaba.

Le escuchó preguntar: «¿Tienen coramina?». La voz resultaba desconocida por comparación con la de su memoria. A diferencia de la femenina, la voz del hombre mutaba esplendorosa, cálido abanico de sonidos.

Los curiosos abrieron paso al doctor. Saludó apenas y observó rápidamente la herida.

—Mucha sangre perdida. Transfusión y amputar.

—Tengo sangre universal —dijo Diana, contagiada por su economía verbal.

—¡Fuera, mirones! Tú ayudarme —gruñó a Martín.

Tendida junto al herido, Diana seguía los movimientos de la transfusión. Escuchaba, alternadamente, la respiración fatigosa de Liborio, la entrecortada del médico y la rítmica de su primo. A menudo, con los desplazamientos, le interrumpían el baño de sol que entraba por el ventanal. La respiración de Martín le cosquilleó una oreja como en el Recreo, no habían vuelto a verse desde entonces. Soslayó a Liborio. La sangre derramada privaba sobre lo superfluo o circunstancial.

—¿Te duele, Diana? —el tono era firme y tierno. «Yo, en cambio, no tengo necesidad de humillar lo que amo».

—No, nada —necesitó rehuirlo mentalmente. Ordenaría dar una mano de tiza y cola al cielorraso. Sin embargo, el tono ya era distinto al de Alberto. Aumentaría el sueldo a los auxiliares del laboratorio. La «economía deteriorada», decían los ejecutivos que manejaban palabras «impactantes». Protestarían el contador, el administrador de la fábrica de conservas y el escribano Flores; todos se empeñaban en amontonarle más dinero: era la forma de mostrar eficiencia, de ser ejecutivos. Torre Sernagiotto, la bodega en forma de cilindro, que se maneja desde un tablero de comando electrónico. Algún día se compraría un ejecutivo electrónico. Inflación, palabra mítica de nuestro siglo. Sobre la cara de Martín se encajó la de Rafael; nada tenían en común, salvo esos labios carnosos de los Aranda; la nariz recta y los ojos renegridos de la madre. Apuñó las manos, la boca de Rafael desalojó a la de Martín. Torció la cabeza hacia Liborio, agrio olor a sudor le llenó las fosas nasales. Un

pequeño tirón y dolor punzante, flexionó el brazo; al entrar la aguja solo había experimentado un menudo pellizco.

—¡Listo! ¡Buena sangre, muchacha, como la de tu padre! —dijo el médico sin abandonar la tarea—. Ahora, reposo.

Descendió de la mesa. El mármol pulido le acarició las nalgas; la bañera del chalet, a los cinco años. «Buena sangre», contuvo el deseo primario de palparse, descubrir en qué parte residía esa etérea impresión de soltura. «Como la de tu padre». Sin necesidad de hurgar renovaba su inquietud: mancha dejada en la pared por un cuadro colgado durante años, el único pedazo que conservaba el color antiguo y verdadero. Ninguna excusa por la sangre; también tenía la sangre campesina de los Aranda; de generación en generación habrían pasado la vida al aire libre, al sol, sin sombras de ninguna especie. Revisaría el álbum familiar hasta descubrir en los retratos amarillentos alguna cara con sombras interiores. Descubrir las y callar; una tierna simpatía a través de los años, las generaciones, los siglos en los óleos: ¡Ah, vos también! Las muñecas de Liborio, recias muñecas de peón. La palabra peón tenía más sabor a tierra que la de obrero. Martín descubriría el objeto de su mirada, o confundiría los vecinos y vulgares sitios erógenos de la gente común. Las mujeres miradoras de braguetas; en el Renacimiento era común que los hombres aumentaran la apariencia con rellenos.

Largo toque de sirena anunció que la jornada normal terminaba; durante la cosecha, los turnos extras se sucedían hasta cubrir las 24 horas. Apenas le tembló la mano al servirse el jerez, un *Dry Seck* amontillado, traído de Portugal en barrilitos de roble por su padre. Abrió las persianas que daban al jardín interior. A través de la rosaleda y en la semipenumbra, los camiones se sucedían para descargar montañas de racimos negros, rosados o blancos. Los obreros que terminaban turno se reunían a la espera de noticias: «Con el Liborio ya van tres...», «Dice Ña Cloris que a todos nos aguarda algo muy fiero», asintió una voz opaca por el temor.

Sonrió al escucharlos. Necesitaba argumentos racionales. La superstición de las lechuzas venía de muy lejos en el tiempo: durante la noche, solo quedaban iluminados los cuartos de los enfermos graves, las lechuzas, como los insectos, se allegaban atraídas por la luz. Lógico, dijo con imperceptible malestar. Una lechuza, con aterciopelado aletear de murciélago, la perseguía en una bóveda bajo la casa construida por Wilhem. Ilógico.

Bruscamente prendió el velador del escritorio. Los útiles perdían escala, se agrandaban. Permaneció en la sombra producida por la pantalla, bastaría con que adelantara su mano de dedos largos y finos, cuyos extremos se curvaban hacia arriba, «sensibilidad artística», que entrara en la órbita azulina para que las náyades del tintero de plata dejaran de parecer un monumento rococó en una plaza de Viena; o un mundo de monstruos entrelazados y viscosos surgidos de un cuadro de Jerónimo Bosch. Desvió la luz hacia la gran hornacina de la pared principal con su reproducción de la «Diana cazadora» de Houdon, ornada con la leyenda en

altorrelieve: «Bodegas y Viñedos Diana». La obra de su padre unida a la del escultor francés a través de los siglos. Inimaginable. El arte importaba en la medida en que era capaz de suscitar tales relaciones.

Llegó desde el patio la voz incisiva de Jacinto Vega; de nuevo, no quiso escuchar sus palabras repetidas, frías; el doctrinario. Los comunistas temían las pasiones. Bustos insistiría en echarlo por comunista; a todos los que reclamaban un derecho los llamaba comunistas o peronistas; debía ser su ingenua forma de imaginarse aristócrata en el Club Unión. Ella defendía a Vega para mostrarse magnánima con su adversario; le complacía conceder algo distinto, y económicamente más importante, a lo que Vega demandaba tras laborioso empeño de convencer a sus compañeros. Tenía alguien que le informaba; escucharlo era repugnante pero útil; mezclar la utilidad y la repugnancia era otra de sus sutilezas para distinguirse de los demás. Le asombraba la instintiva desconfianza de la gente de campo ante las ideas nuevas, cuando no las manejaba alguien capaz de despertar pasiones.

Los ocho cuerpos del edificio, con su medio centenar de metros de largo, comenzaban a iluminarse. Las cubiertas de los camiones habrían borrado el charco de sangre. Los grandes focos de luz, con sus pantallas reflectoras vueltas hacia tierra, colgarían de las cabriadas sobre las piletas de cemento, se resistía a transformarlas en silos como en las bodegas modernas. El mosto fermentaba ininterrumpidamente llenando los ámbitos de perfume. Ese olor en el cual se había criado la unía a su tarea, a Su lugar, en forma que no había previsto ni imaginado. Lo comprobó en su viaje a Europa. Solo ella o un catador de vinos podrían distinguir la diferencia entre el olor de su Bodega y el de las otras. Reconocer, entre miles, el perfume natural de un cuerpo amado; el que debe restar en la almohada y las sábanas, como un volumen inmaterial que solo perciben los ojos amantes. El cuerpo amado... Se estremeció sensualmente. Todas sus ideas tenían piel, aunque Martín no lo creyera.

Tres golpecitos rápidos y dos espaciados en el vidrio opaco. Tendría que ser él; permanecería en silencio, inmóvil, hasta que ella abriera la rendija necesaria entre las hojas de la ventana. La silueta se marcaba difusa en el color opalino, una radiografía.

Se repitió el golpeteo. Le placía hacerlo insistir, arriesgarlo, aunque como segundo capataz de la sección envase podría comunicarse con ella de vez en cuando. La clandestinidad lo sacaba de su lugar, de su clase, lo encanallaba. No lo quería pensar hondo, pero encanallar la gente debía producirle raro placer: el de la complicidad. Entreabrió las hojas.

—Señorita: mañana se reúnen para tratar los paros por turnos. No les llevaremos el apunte.

Tomó un billete de la cartera, contuvo el movimiento, lo escupió, y luego lo puso en la rendija.

—Gracias, señorita —escuchó, mientras desaparecía.

Sensación de vómito. Volvió al escritorio.

Sacó el talonario de cheques y firmó uno para el doctor Shescow, dejando en

blanco los espacios para la cantidad; segura de que lo llenaría con una suma irrisoria, puso la cifra. Comenzó otro y se detuvo. No tenía idea de cuánto podía valer el brazo izquierdo de un hombre; comparó lo que daría por conservar el suyo; un brazo mutilado no era una imagen femenina. Imposible entregar todo su dinero a Liborio. El contador diría lo que por el inciso tanto del artículo cuanto de la ley tal debía pagar, y que no se molestara, pues el seguro estaba al día. Pero no se trataba de un brazo sin individualizar comprendido en la legislación, sino del brazo de un hombre tendido a su lado y a quien había dado parte de su sangre.

Puso una cantidad y cortó el cheque con la destreza empleada por el médico en el cuerpo del obrero. Igual costumbre.

XIII

—¿Y qué nos puede importar lo que suceda en esa Bodega?

—Y, señor, yo... —balbuceó Ismael.

—¡Valiente encargado nos hemos echado encima con mi hijo! —insistió sarcástico Rafael. No se había atrevido al menor comentario cuando Alcira lo dispuso sin Consultarlo; comprendió que comenzaba a jaquearlo.

—Hay que tener un poco de humanidad, Rafael —se atrevió Tiburcia. Remoloneaba en el sillón de mimbre hundiendo la cabeza en el almohadón del respaldo, como si recibiera una caricia. A los gatos les gustaban esos cariños. Nunca entendió las palabras suecas con que Wilhem acompañaba, los primeros años, sus arrumacos.

—Está bien, Ismael. Te puedes retirar —interrumpió Alcira con firmeza y enderezando apenas el busto en el sillón vecino. Los separaba una mesita con su planta de begonia en un macetero de cerámica.

Ismael se alejó.

—Bastante humanidad tiene Martín —agregó Rafael y, con ademán imperativo como para mantener latente su dominación, entregó a Tiburcia el vaso utilizado para el vermut.

—Te repito, por última vez, que podías tener más tino —cortó Alcira. En cuanto a si es bueno o malo el encargado de la cosecha, soy yo quien lo decide. ¡Aún no me he muerto!

Rafael aspiró hondo y apretó los labios.

—¡Sus, mamá! ¿Cómo dice esas cosas de muerte? —exclamó Tiburcia, persignándose.

—Cuando es necesario, las cosas hay que decirlas ¡y bien claro! —se dirigió a Rafael, los ojos le centellearon a la par del solitario del prendedor—: Es bueno que lo vayas sabiendo: si callo algunas cosas no es porque tenga atada la lengua, ni menos vendados los ojos. Y no olvides que Dios castiga pero no con látigo.

Rafael se estremeció; creyó recibir el talerazo con que, años atrás, había cruzado la cara de un bolichero por alzarle la voz.

La criada anunció que la comida estaba en la mesa. Alcira se incorporó apoyándose en el bastón; simuló no ver el brazo que le ofrecía Rafael.

—Chana, te has olvidado de regar esta begonia —dijo, al pasar.

—Ese es un quehacer del Isauro, señora.

—No me gusta la gente que siempre anda con disculpas —cortó, continuaba dirigiéndose a su hijo.

Rafael las miró atravesar la ancha galería y entrar en el comedor. Se inclinó con rápido movimiento para bajar la caña de sus botas. Necesitaba averiguar hasta dónde sabía su madre. Segundo Varela no era individuo de soltar la lengua; para algo lo había salvado de la cárcel cuando se desgració con Servando Galán, y su antiguo

patrón lo dejó en la estacada. Podían *mucho* sus influencias, sus amigos del Club; ya vería Diana en el asunto del canal. Las cosas andarían mejor cuando él tomara las riendas de la finca, hasta entonces tendría que agachar el lomo. Entre el viaje de bodas a Europa y las mesas de juego, se había gastado la herencia de su padre y endeudado hasta la coronilla con Tiburcia, pese a que la administración de la finca le permitía algunas ventajas. Flexionó las rodillas para afirmar las piernas. Le bastaba con insinuar algo irremediable, por imposibilidad de hacer honor a su firma, y Tiburcia soltaba un cheque. Nunca se lo había pedido directamente, pero ella terminaba por rogarle que lo aceptara. Sacarle dinero a una mujer, aunque fuera su hermana, le producía el placer de un cóctel donde una pizca de vergüenza hiciera las veces del bitter.

El ademán se le trabó al tirar el pucho entre los geranios que circundaban la balaustrada de la terraza. Aspiró hondo el aire fresco, oloroso a tierra mojada; se dirigió al comedor haciendo sonar el refuerzo metálico de los tacos. Creyó escuchar tras de él dos pasos de Wilhem. Aceleró el andar. Se detuvo en la puerta; habían comenzado sin esperarlo. Tiburcia inclinó la cabeza.

El doctor Shescow bebió de un sorbo el resto del jerez.

—¡Buena sangre, muchacha! —repetió; desearía convencerla. Las cejas le caían como enredaderas sobre una tapia—. ¡Buen médico perdido! —sonrió a Martín, quien fumaba con avidez—. Cheque y muchacho operado mandarlos al Hospital de Pueblo Aranda. Ya te pediré cuando necesite plata. Esta noche no comer en tu casa, tengo operación urgente. Iré sábado, ¡sin falta! —rechazaba, con ademanes cortos y repetidos, el cheque que Diana le tendía. Ya en el coche, le gritó sonriente:

—¡No perder tiempo! ¡Casarte y tener muchachos, muchos muchachos! —se alejó, tocando la bocina insistentemente para abrirse paso.

Diana se acercó a la rural transformada en ambulancia. Le asombraba haberse ruborizado al escuchar, en público, esas palabras ingenuas de los esencialmente buenos, que el médico repetía a todas las solteras; para él era como otra mujer cualquiera, equilibraba las cosas. Arrojó al herido; se prometió regalar una ambulancia al Hospital. Se dejaba arrastrar por la generosidad. Una mujer flaca, con vestido negro descolorido por el uso, intentó besarle las manos.

—¡No haga eso! —exclamó, retrocediendo. Sin embargo, se las hubiera dejado besar como una recuperación ceremonial. Cada uno en su sitio. Ya nadie sabía tender una mano para ser besada.

—Que la Virgen la proteja... por su bondad —tartamudeó la, mujer y subió al auto.

No supo qué contestar, por primera vez escuchaba un voto semejante. Martín estaba a su lado. Jacinto Vega se le acercó con su fría mirada:

—Si quiere saber qué hacía yo, sepa que estaba vigilando que no les echaran

tierra a los camiones en la viña, para aumentar el peso. No me gustan las cosas sucias. Ya lo sabe.

—Bien, Vega —luego, desafiando su mirada le dijo al Contador—: Mañana véame sin falta —montaría una sala de primeros auxilios en la Bodega, más todavía, un pequeño hospital.

La voz ansiosa de la mujer en la rural cubrió la respuesta:

—¡Mi paquete, por favor!

Una de las auxiliares del laboratorio se lo alcanzó, toscamente envuelto en diario. Cuando arrancó el auto, explicó:

—Es el brazo del hijo. Lo quiere enterrar para que no se lo coman los perros...

El centenar de obreros, familiares y vecinos, quedó indeciso. Las miradas convergían sobre Diana, con mezcla de cordialidad y asombro. El capataz de la tonelería saludó desplazándose. Los demás lo imitaron, con bisbiseo de prisa, temerosos de quedar aislados.

Un comedido trajo los caballos de Diana y Martín. Salieron llevándolos del freno. Junto al portón, un grupo les abrió paso y contestó el saludo en tono más alto y cálido.

Terminó la verja de finos y espaciados barrotes de hierro, que ella había comprado en una demolición; caminaban silenciosos entre el rumor de la doble hilera de álamos.

—Gente extraña... —murmuró Diana.

—¿Ellos o nosotros?

—Di mi sangre igual que si fuera una orden, me correspondía a mí en ambos casos.

La miró sin asombro; hubiera hecho otro tanto, pero sus motivos tendrían otro matiz más humano. Siguieron callados. La pregunta de él estaba contestada. Por largo trecho solo se escuchó el botar de los cascos y, de vez en cuando, ladridos o el ronronear de un motor. La luna tocaba la cresta pareja de los álamos.

Como durante el viaje en auto a San Rafael, Martín calló el deseo de contar su conversación con abuela sobre la fábrica de aceite. Tenía, sin embargo, la certeza de que esa noche no se alejarían sin mostrarse totalmente. La obligaría. Los negruzcos cuajarones de sangre, las astillas de los huesos rasgando la piel de Liborio, la mirada de Jacinto Vega, la madre reclamando el pedazo amputado a su hijo, el silencio de esas bocas inhábiles, los había desordenado emocionalmente. Para Diana, además, esa voz primitiva de Isidra alzándose en anatema bíblico. Por comparación, sus problemas resultaban preciosismos: espejos, cornucopias con antiguo terciopelo granate y marcos dorados a la hoja.

Siguieron caminando; si montaran, la masa animal y viviente de los caballos los separaría al disminuir la sensación gelatinosa y compartida del cansancio físico.

Pasó un camión cargado de cosechadores que cantaban; hombres, mujeres y niños. En algunos brazos dormían los de pecho.

—Son felices —dijo Diana y quedó cortada por la ingenua deducción.

—Son pobres y simples, no tienen tiempo para complicaciones cerebrales —la idea debía haberle quedado pendiente desde el encuentro en el chalet, cuando discutieron sobre libros, forma de discutir sobre la vida.

Diana comprendió hacia dónde intentaba llevar la conversación. El canto de la gente, una cueca vivaz, y el rugir del camión se perdían camino adelante; ni siquiera le molestó la tenue polvareda. Descubrió el andar aplomado de Martín; producía confianza en quien lo acompañaba. Complicaciones cerebrales. Su inteligencia podía ser un ingenioso andamiaje construido antes que los cimientos del edificio.

—Saben ser fieles a sus instintos —agregó Martín. Cedió a la necesidad de mirar al cielo; en la grisura lunar titilaban algunas estrellas, la comba lo anonadaba. Las palabras lo rebalsaron—: Creo que la inteligencia nos ha podrido los instintos, que nos ha dejado prevenidos contra el amor —se contuvo, la voz apasionada le sonó declamatoria, retórica. Las palabras tenían que brotar más aprisa que la marcha del cerebro, sin tiempo de ordenarlas, de las ingles y no de la cabeza. Se detuvieron entre las masas tibias de los caballos y las pujantes alamedas; encajados en la tierra pedregosa. Prosiguió violento—: ¿Por qué estamos representando esta sutil comedia puerca? ¿Por qué, vos y yo, estamos jugando estúpidamente a regateos y desquites? ¡Esto no es para nosotros! ¡Entendelo bien! Mirá esta tierra nueva, apasionada y bárbara, ¡igual somos nosotros! Vos y yo: recios, prodigiosamente animales. ¡Y si no lo somos, tenemos que ser así! ¿Me entendés? Tenés que entenderlo. ¿Sabés lo que es un prodigio? —calló un momento, necesitaba comprobar en qué forma palpable entraban sus palabras. No podían penetrar, no eran totalmente sinceras. Gritó—: ¡Te quiero y no he dejado de quererte ni un momento! ¡La única mujer que he querido en toda mi vida! —hundió las últimas sílabas en la boca de ella, la besó con ansiedad, recuperaba esos labios.

Diana apoyó una mano en el flanco palpitante de la yegua. Retemblaban los vidrios de La Escondida, los relámpagos la inmovilizaban en la espera del trueno que estallaba en la raicilla de sus nervios. La piel se estiraba, cubría los cerros y recogía el eco. Se dejó caer en la orilla del canal. El perfume de la yerbamota se mezclaba al de la Bodega. Se apoyó en los brazos tiesos, hundió las uñas en las champas arenosas todavía tibias por el sol. Volvía la noche de la galería en la casona, el catre de Ismael, saber cómo eran los hombres. El suelo tironeaba sus espaldas para dejarla bocarriba, perniabierta, laxa, como una chinita del campo, como lo que era; ¿y por qué no con Martín?, ¿por qué no con el hijo de Rafael, si era lo más lógico? La voz de Isidra. ¿Por qué no?

—¡No, Martín! ¡Basta, no es posible!

Abalanzándose, le obligó a mostrar la cara:

—¿Por qué?

No sabía cuál motivo elegir ante esa mirada exigente, ante su propio deseo. Borboteaba su cabeza. Podía usarlos todos, menos el verdadero.

—¡Rolón!

El tono desafiante lo golpeó. La boca temblorosa de Segundo Varela repetía la histeria.

—¿Y qué? —insistió, buscando asentarse.

—Yo tuve la culpa.

Martín comprobó extrañado que, salvo el choque de la confesión, sus sentimientos se afirmaban. Lo único que le importaba era conocer de sus labios la verdad, que, de nuevo, fuera leal.

Buscó los ojos de su primo. Por primera vez después del suceso, un hombre de la familia la rodeaba y protegía. La muerte del padre de Epifanio recuperaba su proporción; estaba asistida por la confianza de otro hombre. Quiso una vez más, quizá como instintivo y femenino agradecimiento por esta actitud, gritarle que nunca se había entregado totalmente, que le fascinaba enardecer esas naturalezas cerriles y contenerlas con riendas de seda; orillados los tremendos riesgos de su propia sangre como una seducción más, la atracción sexual se esfumaba. A veces, y sin utilizarlos, exigía la máxima potencia a los motores en la usina o la fábrica hasta que el rugir desesperado le erizaba la piel. Igual le pasaba con los hombres. La cara de Rolón torcida por la borrachera y el deseo. Segura de su dominio, le ordenó volver a su rancho. Trastrabillando, el peón gritó que habría de quererla o acabaría con todo. «No sos capaz de nada, como no sea de emborracharte». Desde el auto, lo vio perder el equilibrio y caer junto al primer estribo del puente. Al amanecer, lo encontraron ahorcado con la faja de lana que abrigaba sus riñones, las bombachas caídas, bandereando los faldones de la camisa blanca listada de azul, un pie sin alpargata contraído en garra. Aún olía a grapa.

Las imágenes se le apretujaban en la mente. La cara asustada de Segundo Varela: «sin querer y como al pasando» los había visto desavenidos, discutiendo junto al río. La del comisario: «Un criollo no se cuelga, como no venga el diablo y le ponga el nudo al cogote», había sonreído servicial pero contento de manosearlos. Por fin, la de Rafael protegiendo a su peón fiel. Cerró los ojos. No podía ver esa cara o toda la explicación sería distinta: «para salvar el honor de la familia...».

—¡Tu padre, Martín! ¡Tu padre!

—No me importa mi padre. Quiero que te cases conmigo.

De nuevo los labios de Martín. Luchó para seguir razonando. Su boca y la de Martín era lógico que se hablaran, se reencontraran, se besaran y hasta mordisquearan, eran iguales en clase, hasta en el olor del aliento. Cuando por rara concesión otros hombres la besaban, podía reconstruir las sensaciones; ella los besaba. Solo por Ismael y Rolón se había dejado besar en la boca. Ahora, se hundía en preciso deseo de anonadamiento. Sus espaldas contra la tierra; parte vibrante de ella. Necesitaba abrirse, grietas que dejaban los terremotos, recibir a Martín... o a Rafael a través de Martín, sí, a Rafael como solo a ellos podía recibir, en forma definitiva. Que la destrozaran. Se debatió con angustia. No podía entregarse de esta

manera, como una chinita, ni siquiera dar el espectáculo de la posibilidad.

—¡Te olvidás de Ismael! —jadeó.

La separación fue instantánea. En boca de ella, el tomero era el río, el silbido, las manos y el miedo, Ganímedes, alguien real y presente.

—¿Te importa tanto? —preguntó, con asombro y despecho.

—Ya ves, Martín, no es posible.

—No me has contestado lo que te pregunté.

Diana se puso en pie dificultosamente.

—Nunca podrás tener confianza en mí... y con razón.

—¿Confianza o qué? —Incorporándose de un estirón la tomó de un brazo.

—¡Martín, no me toques! —retirada la mano, prosiguió—: Puede ser confianza o lo que todos dicen. Ya no importa.

Martín cambió de tono, seguro de que la separación sería definitiva:

—Diana, quiero que hablemos tranquilos. Ya no somos chicos, ni yo voy a andar siempre atrás tuyo, como un perro. Tengo muchas cosas que hacer y resolver en la vida, pero esta es la fundamental. He creído en vos durante años; a veces, pienso que solo he nacido para creer en vos, para creer en lo que vos creas, para hacer solo aquello que podamos realizar juntos, juntos de cualquier manera.

El habla pausada, grave, atrapó su atención. Necesitaba ese tono, tenía que confesárselo. Volvió a sentarse, casi en el mismo lugar, e inclinó la cabeza hasta apoyarla en los antebrazos cruzados sobre las rodillas. La mano de Martín entró en su pelo con decisión y suavidad, la piel se le erizaba. Ternura, desconocida ternura. Quedó inmóvil, trataba de recordar desde cuándo no experimentaba esa temblorosa emoción. Nunca. Ajustó los brazos, la tensión muscular podría serenarla. La verdad de sus entregas a medias era todavía más ruin. Se escuchó decir:

—Es verdad que Ismael está enamorado... No, no es amor, es algo peor y lógico —elevó la cara al notar que Martín retiraba la mano—: Yo, también, Martín, quisiera ser yo misma esta noche. Decir la verdad, por lo menos una vez.

Estaba acorralada; quiso comenzar por el principio, una vez más, Rafael le cerró el paso. Se incorporó. Dudo en contar como, valiéndose de su preminencia, Rafael había retenido las cartas de ambos en la estafeta postal. Tendría que explicar el porqué de su silencio. A veces, cuando pasaba ante las casas de los Aranda, le producía placer musitar: «De mi silencio depende la unión de ustedes», y la sorprendía comprobar que en ese ustedes despectivo se hería a sí misma. Precisaba decir palabras, las más cercanas a la verdad.

—Sí, Martín, creí que lo nuestro era cosa de chicos. Y éramos chicos, somos chicos al lado de... ¡No pude esperar! Soy incapaz de esperar. La oposición de Rafael me sublevaba y... ¡tal vez, quise demostrarle que no me importaba lo que él me prohibía! Tal vez Rafael... ¡No Martín! ¡No te puedes imaginar cómo soy por dentro! No sé, deben ser mis nervios, mi sangre. No sé, no sirvo para quererte. ¡No sirvo para querer a nadie! ¡A nadie, Martín! ¡A nadie! —El cuerpo le temblaba. Martín estaba en

frente de ella. Podía abrazarlo, aun con su secreto auestas. Toda la gente debía tener secretos que no revelaba a nadie. El mundo de ellos podía ser un compartimiento estanco en el mundo de los demás. Martín no debía tener grandes secretos, pero los creería pavorosos; era un ingenuo. Nimia, nunca desde que recordaba, había sido pura. La pureza debía ser algo que pudiera reconstruirse en las manos de un hombre, como todas las cosas que pueden ganarse o perderse. Los brazos de Martín la rodeaban, se aferró a él con mezcla de vergüenza y gozo. Los brazos fuertes, dominantes, le producían infinita sensación de descanso. Se ajustaron más alrededor de su cuerpo. Esos brazos existían por causa de los brazos de Rafael.

Silbando, pasó Jacinto Vega en su bicicleta plateada.

XIV

Alcira dio el último sorbo a la bombilla y devolvió el mate a Chana; cuando esta se retiró, Rafael enfrentó a su hijo.

—Creo ya es hora de que nos expliques lo que pasó ayer en la Bodega, por qué abandonaste el control del pesaje y demás tareas.

Martín miró pausadamente a abuela, a Tiburcia y, por fin, a su padre.

—Esperaba que todos estuviéramos reunidos. He resuelto casarme con Diana.

—Mientras estés en esta casa, ¡no hay nada decidido sin que yo lo apruebe! —gritó Rafael.

—No lo consulto, le comunico simplemente lo que voy a hacer.

—¡Insolente! ¡Perro insolente! —barboteó, alzando la mano apupada.

Martín permaneció impasible; incitaba a descargar el golpe. Alcira interpuso el bastón.

—¡Rafael! ¿Cómo te atreves a semejante cosa en mi presencia?

Un sollozo de Tiburcia interrumpió el silencio. Rafael bajó el brazo.

—Estoy segura de que tu hijo no hará nada que sea indigno —terminó Alcira, volviendo a su sillón.

—¡Ni yo lo permitiré!

Fuera de sí, Rafael abandonó el vestíbulo. Tiburcia susurró implorante:

—¡Por Dios, Martín, no quiero que mi hija sea causa de un nuevo desgarrón en la familia! —Y corrió a encerrarse en el dormitorio.

—La familia... —dijo Alcira, abstraída y luego de un silencio.

Martín miró su perfil recortado por la luz de la media mañana, que llegaba a través de los visillos; temía adivinar sus pensamientos. Sentía, sin embargo, en una especie de comunicación física, que ella podría ser su único apoyo o, por lo menos, que intentaba comprenderlo. Su bastón hurgaba la roseta del jardín; escuchó de nuevo las palabras. Debía pensar en lo mismo. Conservaba la mano prieta en el puño de plata del bastón que había contenido a su padre. La hubiera abrazado, pero en la familia estaban mal vistas esas efusiones, siempre había que conservar la distancia física por temor a los contactos. Nervioso, prendió un cigarrillo; a la primera bocanada cayó en cuenta e hizo ademán de tirarlo en el hogar de la chimenea.

—Puedes fumar en mi presencia —lo contuvo con dos suaves palmadas en el brazo—. Mi marido también fumaba, y mi madre solía pitarse una chalita, costumbre traída de Catamarca —imposible desviar sus pensamientos con esta conversación. Volvió a sumirse en ellos. Los labios finos y descoloridos se le cerraban; una antigua cicatriz. La mano se distendió, abandonó el mango y se deslizó con algo de caricia sobre la madera. De nuevo, tenía sentado a su lado a Martín, su marido. Un solo nieto, un solo varón. Aquí terminarían o renacerían los Aranda.

—¿Te gusta este bastón?

—¡Sí, abuelita, es muy hermoso!

—Era de Martín, tu tatarabuelo. Algún día, te lo dejaré a vos, y vos se lo dejarás a tus hijos. Siempre estuvo en manos que hicieron lo posible, con la gracia de Dios, por ser limpias... Y esto no es tarea simple ni fácil, nada fácil, Martín...

No le gustaba que su abuela hablara así, con ese tono de «yo pecador» en el confesionario.

Diana echó una mirada al reloj. Su primer impulso había sido rechazar la entrevista que le exigía en el mensaje traído por Segundo Varela, pero necesitaba verlo, estar segura. Verlo por definitiva y última vez. Hundió la fusta en la caña de la bota, había copiado a su padre la costumbre de tenerla a mano; un sustituto del bastón de abuela. Solo parecía heredar pequeñeces. Se dejó caer bajo un coposo pino, las ramas casi tocaban el césped cubierto de hojillas secas y crujientes. El sol manchaba de amarillo una de sus pantorrillas; eran hermosas. Su cuerpo la emocionaba. Los labios y los brazos de su primo. Con ansiedad de trepar por un ventisquero que se deslizará bajo los pies, logró apartarse:

—¡No, Martín! Así no podemos arreglar las cosas, dejame pensar —no recordaba las otras palabras, Martín las cortó con:

—Puedes ordenar y arreglar lo que te parezca, yo haré lo mismo.

A la tarde siguiente, recibió un paquete con un par de guantes blancos y largos; le costó reconocer a los de Tiburcia que ella, por un capricho que se le antojó elegante, agregó a su modelo, con expresa autorización de Christian Dior. Martín se los había pedido como recuerdo del baile. Visto a la distancia de los años, el amor adolescente era irremediamente cursi. Sonrió, la ironía se le transformaba en ternura. Le costaba creer que ella había sido el cuerpo de esa muchachita de dieciséis años; estaba a su lado, a la vez cándida e impura. ¿*Habría* sonreído Martín al enviarle esos guantes? No, en lo esencial seguía siendo el mismo, le temblarían las manos. Tendría que invitar a Alberto Aldecua; comerían los tres un menú exquisito, beberían de lo mejor de su Bodega, también, el Borgoña de la reserva especial de Valentín Bianchi, y Burdeos franceses. A su derecha, sentaría a Alberto para que, cuando desviara la vista de ella o de Martín, pudiera contemplar la mampara-vitrina con su colección de tazas, o esa naturaleza muerta de Marquet, que había ocupado por fin el sitio del cuadro de Vlaminck, entre los de Victorica y Lacámara. Una sentimental silla vacía para la chica impura y cándida. No, Rafael no, quebraría el sentido y el tiempo.

Había subido al dormitorio. Se detuvo ante el gran espejo del cuarto de vestir, abarcaba todo su cuerpo. No podía dejarlo inmóvil. ¿Qué hacían esos guantes de cabritilla, que habían ceñido las manos de su madre, en sus manos de hoy? No componían con la ropa que ahora usaba, menos con su piel. Poco a poco, se fue quitando la ropa; los guantes servían de canon o medida. Con una cara taimada, como la de algunos retratos de Memlinc, Thierry Bouts o Josse van Cleve, Rafael la miraba desde un rincón, desde la sombra. Se quitó el soutien-gorge, los senos firmes

realizaron un leve movimiento de vaivén, quedaron levantados. Se pellizcó el pezón, necesitaba otras manos, como en el cuadro de Gabriela de Estrees, la querida de Enrique IV. Nada le parecía más absurdo, falso y prefabricado que el *strip-tease*; la atracción de lo desagradable y chocante. Eligió un disco, nada popular. Un *strip-tease* de París, muy intelectual. Vivaldi. Adoraba a Vivaldi Si recordara dónde estaba el disco de las fanfarrias reales... Nunca había probado la música con los peones. Debía perturbarlos; la música y la acción tendrían para ellos sabor de servicio militar. Correría desnuda para contemplarse en los espejos de la sala de gimnasia, ¿cómo no se le había ocurrido antes? Perdería el secreto, su goce era privado. Los helenos eran los únicos que comprendían la desnudez. Las cretenses con sus pechos desnudos como rito de fecundidad. Con lentitud volvió a calzarse los guantes, cuando le llegaron al codo tuvo la sensación de que la tomaban de los brazos, que la aferraban. ¿Cómo sería Martín desnudo? Nunca se lo había preguntado. Terminó de vestirse, inventaba un *strip-tease* a la inversa.

Buscó en vano el traje de Dior; Tiburcia lo tendría guardado en el baúl con su ropa infantil. Los Aranda eran incurablemente sentimentales. ¿Las palabras de Martín podrían haberle tocado ese flanco sentimental y sensual? Las analizaba fríamente; eran para esa muchachita que podía hacerle una burlona mueca de entendimiento. Sin embargo, como quien acepta las reglas de un juego, por un instante, un instante que aún duraba, era factible admitir que esas palabras la habían hecho sentir, sí sentir, íntegra; ceniza que el día del Juicio Final recupera carne, piel y hasta perfume; esto podría haberlo dicho su padre, como resabio bíblico. El dedo de Wilhem apoyado en su frente; sí, lo fundamental para él sería unir las dos fortunas, transformarlas en un imperio económico invencible como lo había soñado. Los *holdings*. La muchachita que tenía a su lado había dormido con la mano derecha apuñada y vuelta hacia arriba; entre los dedos el índice de la mano de la madre de Martín, quien le cantaba dulcemente. Tiburcia las contemplaba, muda y avergonzada de su áspera voz, querubín perdido en un ángulo de la estampa de primera comunión. Todo tenía el sabor irreal de una estampa antigua. Rafael sería la piedra de toque, señalaría la verdad, el único capaz de hacerlo. Pronto sabría sí todo este instante era imaginación o realidad.

Escuchó pisadas de caballo cerca del portón; estaba cerrado para marcarle que no lo recibía en la casa.

Rafael ató el animal a las rejas y entró por el portillo de los peatones. Permanecieron enfrentados.

—¿Qué quieres? —preguntó, hosca; necesitaba afirmar la voz.

—¡Ya lo sabes! —había esperado el tono que ella escogería.

—Es inútil que grites, no me asustas.

—Ya nada te asusta... Lo saben todos.

—Ni siquiera los hipócritas.

Rafael se estremeció.

—¡Nunca te casarás con Martín! ¡No dejaré que le hagas lo mismo que a Rolón!

—Basta de melodrama barato... Tu hijo no es un peón. ¡Además, no mezcles a Martín!

Rafael retrocedió un paso, como para desasirse de su presencia; la mente se le oscurecía, no pudo aguantar más.

—¡No quiero, ni dejare, que se case con la hija de un loco! ¡Sí, de un loco que se mató sin ningún motivo! Yo mismo lo vi, con mis propios ojos. Le dio por clavarle las espuelas en los hijares hasta que la mula se encabritó. Bien sabés que lo del accidente fue una mentira piadosa que arreglé con Osuna y los demás. ¡Lo sabés mejor que nadie! ¡Lo sentís en la sangre!

Quedó paralizada. La cornisa en la quebrada de los Chulencos. Bastaría un pechazo de la mula de Rafael para hacer rodar la de Wilhem. No, no era posible; había acciones que los de la familia podían cometer por una nadería. Alguien, borracho, había tirado de lejos, con el rémington, sobre los indios mansos usándolos como blancos movibles. Esto lo había oído en murmuraciones; pero existían cosas que psicológicamente ellos no podían hacer. Wilhem, en cambio, podría haber despeñado a Rafael; sus negocios financieros eran un continuo despeñar gente para ocupar el lugar. Un antiguo socio, a quien arruinó, se había pegado un tiro. «Era un mal hombre», fue su único comentario. Las rodillas se le aflojaron, necesitaba apoyo físico, aunque fuere de quien la había golpeado. Lo vio retraerse gozoso; de rebote, sus palabras le prendieron en picanazo.

—Hija de un loco para Martín, ¿y para vos, que? Me bastaría con decirle a él y a abuela.

—¡No, Diana! No serías capaz. ¡Es mi hijo! Pensá lo que sucedería.

La asombró el inesperado cambio.

—Me das asco y pena. ¡Ahora te escondes detrás de la familia, como antes detrás de la moral y el apellido!

—¡No, Diana, no!... Y si lo hice, ¡todo fue por tu culpa! Sí, por tu culpa. ¡Vos misma me diste pie! Vos.

—¡No lo digas! ¡Andate de aquí! —cortó, golpeándole a ciegas con la fusta.

Golpeaba como si se golpeara a sí misma, para evitar que le surgieran otras palabras. Pegó hasta que dos garfios la sujetaron de las muñecas; forcejeó, pero las manos de Rafael no cedían. De nuevo, era él. Se contuvo, el debatirse terminaría por echarla en sus brazos. Miró los ojos chispeantes, casi enrojecidos. Tenía que gritarle, dominador; gritarles a ella y a Martín, tenía que golpearla, domarla, poseerla. Romper las estanterías con sus tazas de porcelana, todo lo frágil. Se enderezó serenada, las muñecas libres y doloridas; sobarlas resultaba movimiento demasiado femenino para realizarlo delante de él. Personas y cosas volvían al antiguo quicio. Retrocedió hasta subir la montante del prado en el borde del camino; salvar diferencia de estaturas. La misma mirada de cuando ella, a los dieciocho años, se echó a reír nerviosamente ante la primera insinuación amorosa; sin embargo, ella la había esperado y alentado. La

misma con que recibió el rechazo después de la muerte de Rolón: «... nada más que para salvar el honor de la familia». Las tres miradas rencorosas se confundían a través de los años. Tenía que incitarlo a la violencia, sí, como a Rolón. Atenta a sus menores gestos, exclamó:

—Solo me casaré con Martín si él y yo nos necesitáramos por sobre todas las cosas. ¡Y esto soy yo quien va a decidirlo! ¡Yo y nadie más! ¡Nunca vos!

Rafael se agrandaba dominante. Cuando chica, lo había visto tomar esa apostura desdeñosa ante un grupo de regantes que amenazaba al tomero con palas y azadones. Una vez más, era el hombre que había dispuesto a su capricho de Martín y de ella misma. A la real gana. Intuyó que habría de herirla sin remisión, con el mismo rencor primitivo de Isidra; esa brutalidad que, en el fondo, esperaba como reflejo hasta de la tierra.

—¿Vos? ¿Decidirlo vos? —la pausa necesaria para cortar un intento de respuesta y sorprenderla—. ¡Vos no tenes derecho a ensuciar la vida de Martín! ¡A emporcarla, escuchá bien! ¿Te olvidaste de todas las porquerías que has hecho? ¿Te olvidás que todos te señalan con el dedo? ¿Qué hijos querés tener con Martín? ¿Hijos con rastros de otros, de peones? Si no fuiste capaz de esperar, ¿qué derecho tenés para hundirlo? ¿A esto le llamas querer a alguien? ¿Qué clase de mujer sos, si es que sos mujer?

No pudo escuchar más. La voz fría, machacona, marcando cada interrogante, la penetraba más y más. Cada pregunta era la que ella misma trataba de acallar. No era la voz de Rafael, sino la suya. Solo podría oír, cuando la pronunciara, esa corta palabra en la cual los hombres reúnen la masculina torpeza, el resentimiento ante los fracasos sexuales y la lascivia; cultivada desde la pubertad, le llegó como escupitajo.

—¡No sos nada más que una puta! ¡Una puta de la peor laya!

—¡Andáte, Rafael! ¡Andáte! ¡Maldito seas! ¡Maldito! ¡Maldito! —gritó para borrar el corto sonido, o para no exclamar—: ¡Si, lo soy, por tu causa!

—¡Oílo bien, no te casarás! No sé lo que haré, pero ¡no te casarás mientras yo viva!

Silabeaba rencor. Diana le dio las espaldas, las facciones se le endurecían. Hubiera pagado para que Rafael repitiera esas palabras. La arboleda y los conos de pizarra gris de las torres de la casa se esfumaban en el contraluz del sol. Wilhem había puesto un tanque de agua en cada torre para los surtidores del parque. Las palabras de Rafael la tomaban de los hombros y la retenían, le costaba avanzar. Solo Rafael quedaba erecto. El ripio cesó de crujir, las botas se deslizaron sobre el césped, resultaba mucho más fácil. Se aferraba a sus botas, a su caballo, a todo lo que entraba al pasado.

—¿Necesitaba algo, niña?

La voz de Clodomiro sonó remota, el rebote de una piedra en el fondo del desfiladero. Clodomiro siempre estaba alerta, igual que Káiser; había hecho mal en ordenarle que atara el perro, no tenía suficiente fuerzas para luchar con Rafael, para luchar consigo misma. Hubiera sido capaz de abrazarse al perro para que no lo

mordiera. Desde que se supo mujer, estaba marcada por Rafael, marcada para toda la vida. Luego de marcada con el hierro, la yegua se levantaba libre de ataduras, los remos temblorosos, llena de asombro porque no le sucediera algo más, desilusionada cómo hembra. Debía haberle ocurrido cuando Rafael la vio volver de la cama de Ismael, a los catorce años. Le flaquearon de nuevo las piernas al escuchar el galope que se alejaba. La presencia de Clodomiro la ayudaba a erguirse, correspondía así.

—Niña, fui a la posesión. Epifanio está enfermo, por eso no vino.

El modo calmo y reconfortante de la voz le llegaba como intento de sostenerla en lugar del indebido contacto de las manos; ese afecto callado y sumiso la molestaba. Aceleró el paso. Un surtidor giratorio la siseó. No volvió la cara, Clodomiro no se atrevería a seguirla, tenía noción y tino de las distancias. Quedó oculta entre los arbustos de un macizo. Todo eso era suyo, le pertenecía, nadie se lo podía discutir ni quitar, aunque ella fuera lo dicho por Rafael, una rara especie de puta. La seguridad de la tierra que se pisa. Martín era un iluso quería que cada hombre tuviera esa seguridad. La vieja idea liberal y tras ella el fantasma del minicultivo. ¿Martín o Alberto? La raza de los idealistas era idiota, solo servía para instrumento de los materialistas. Las palabras de Martín se tornaban confusas, quería asirlas y se le resbalaban huidizas, juegos de niños; las de Rafael las cubrían y dominaban. Con furor empuñó la fusta, añagaza de gata montés herida le crispó los nervios. Se le anudaron las miradas ansiosas o despechadas de Rafael cuando, ya muerto Wilhem, vivían en la finca vieja y ella regresaba tarde de una fiesta. La había empujado hacia Rolón haciéndola acompañar por él, so pretexto de que con las elecciones la chusma peronista andaba alzada y se desmandaba. Alberto le había enseñado a Martín a no usar la palabra chusma, a odiarla, porque él se estaba enchusmando.

—¡Martín! —gritó y quedó estática. Una tras otra fue mirando las plantas que la rodeaban. Tiesos, los árboles la cercaban; ni una rama, ni tan siquiera una hoja, se balanceaba en acompasados adioses o invitaciones. Nada la llamaba ni la detenía. Los músculos se le agarrotaron hasta que, como si despampanara la viña, le brotaron palabras y golpes de fusta:

—¡No es cierto, Martín! ¡No he dicho la verdad! ¡No tengo ninguna otra verdad posible, salvo...!

Repetía las palabras; saltaban en todas direcciones las hojas, se quebraban las ramitas y verdeaba el cuero de la fusta trenzada por Juan Lucero, con cincuenta tientos y nudos de espuela. Podía maldecir, golpear, herir, mientras Rafael no la tomara de las muñecas.

XV

Tanteando con los dedos raizosos, hundió el cuchillo y revolvió impasible; al retirarlo, un borbotón de sangre salpicó el enlozado de la sopera.

—¡Bestia del mandinga, muere! ¡Morite y llevate mis pecados! ¡Amen! —repitió hasta que concluyeron balidos y estertores.

Ña Cloris colgó al chivo en un gancho carnicero que pendía del algarrobo y lo cubrió con un trapo negro. Espolvoreó de sal el contenido de la sopera, mientras batía con una ramita de jarilla. Con ella trazo una circunferencia de sangre en derredor del rancho, mientras murmuraba palabras ininteligibles.

Cargó una olla mediada de ceniza de olivo bendito del domingo de ramos, quemado en la primera luna llena después del carnaval. De trecho en trecho y sobre el rastro de sangre, trazo cruces de ceniza para terminar con una capaz de su cuerpo en la cual se tendió siete veces seguidas. A la última, se precipitó al rancho y comenzó a sacar enseres y petates para amontonarlos bajo el algarrobo. Solo quedó, iluminada por un cirio, una rinconera con los estantes llenos de imágenes religiosas entremezcladas con potes y frascos de ungüentos. A ambos lados, ristras de sapos resecos y unidos por tientos de macho cabrio colgaban del techo de jarilla y barro hasta el piso enladrillado. Apagó la luz.

—Te dejo a oscuras pa' que te defendás mejor —y, aventando las faldas con olor a roña y orín, volvió al patio. Envuelta en una multicolor frazada tejida, se encucilló en el catre de hierro. El perro se echo a los pies.

De vez en cuando, miraba el bulto negro del chivo o la cumblera del rancho y volvía a la inmovilidad, los ojos, semillas de sandía, clavados en la Cordillera donde se astillaba el sol del atardecer.

—¡Azufre! ¡Tizón del infierno! ¡Alejate de Ña Cloris! —masculló repetidas veces.

Al entrar en la alameda de la finca, Rafael sofrenó el caballo. Debía repasar lo sucedido con Diana, era difícil prever una reacción suya. Apoyándose en los estribos se solivió incómodo. Le obsesionaba haber engendrado a su rival, no le importó confesarse el deseo de que su hijo no hubiera nacido. Al saber que iba a ser padre, pensó que nunca olvidaría ese año de viaje por Europa. Perdido el segundo hijo, a raíz de la operación, su mujer quedó imposibilitada de tener otros y, desde entonces, vivió pendiente de Martín. Este hijo había nacido para despojarlo de sus mujeres. Apretó los carrillos. Le resultaba insoportable la serenidad con que aguantaba su oposición; volantín que se levanta contra el viento. Igual a su abuelo, lleno de proyectos y novedades, de una fuerza creadora que jamás había sentido. Por comparación, su propia vida era chata e inútil. Nada quedaba tras de sí, como no fueran proyectos surgidos en las mesas del Club y abandonados ante el primer

escollo. «Negocios y pichuleos son para otra clase de gente». Volvió a experimentar esa envidia impotente con que había asistido, exteriormente impávido, a la elevación y enriquecimiento de Wilhem. Confesarse esto, que jamás diría, le produjo alivio.

Se apoyo en los estribos deseoso de alcanzar mayor estatura, al dejarse caer se apretó los testículos, con rabia hundió las espuelas. Para dominar los corcovos, torció la cabeza del caballo hasta casi hacerle rozar su rodilla izquierda, salpicada con la espuma verdosa que escapaba del freno. Le ardía la palma de la mano. Los labios se le abrieron ansiosos; el contacto de las muñecas de Diana y el olor fresco de su cuerpo le atenaceaba la garganta. Ya no recordaba sus palabras ni las de ella, ni siquiera había sentido los fustazos. Venía a sus brazos como la primera vez, cuando la recibió al saltar una acequia demasiado ancha. Desde la noche que la vio junto a la cama de Ismael, había luchado consigo hasta abominarse, pero en vano.

Mucho antes que ellos, descubrió lo que comenzaba entre su hijo y sobrina. Creyó proteger a Martín, luego obró engeguedo y apenas atado por el temor a la familia. Ya no sabía, ni le importaba, hasta dónde podría llegar. Así y todo, estaba seguro de que si hacía algo definitivo Diana vendría a sus brazos para siempre. Juntos arrasaría con la familia. Del secreto y la suciedad surgía la fuerza de ese lazo. Tendría que haberle dicho todo lo innoble y hasta criminal que había cometido por su causa. Vendría a él como hacia una tromba. Por culpa de ella, y como un dios griego apasionado y sensual de esos que mencionaba Wilhem, había trastornado el mundo simple y pacífico de su gente.

Dudaba si la mula de Wilhem se habría espantado o si él no le cedió el espacio necesario para afirmarse. Arrastrado por las palabras, inventó lo de las espuelas; además, Wilhem era tan distinto que todos lo consideraban un loco lindo o un loco, simplemente. Lo único seguro eran los insultos de su cuñado por haberle dicho sonriente y deseoso de recoger el fruto de la correspondencia interceptada: Si Martín es desmemoriado, siempre queda un Aranda, viudo honorable, a las órdenes de tu hija. Algo más se dijeron al comprender que había cometido un error estúpido y sin remedio; pero estaban solos y esto ni Segundo Varela lo sabía. ¡Qué importaba ya confesarse que, por instinto de conservación, había cerrado el paso a la otra mula, y que encogió el brazo ante el intento desesperado de agarrarse que hizo Wilhem! Los ojos azules, desorbitados casi, más rabia que angustia. No soltó ni palabra, ni un reclamo de auxilio; puesto en su lugar, lo habría maldecido.

Sí, él mismo había empujado a Diana a los brazos de Rolón, quedaría más a su alcance y fuera del de Martín. ¿Empujado? Lo difícil hubiera sido alejarla de los hombres. Rolón merecía morir; él no lo había tocado, tenía las manos limpias de sangre. Dios lo sabía. Si era necesario, Dios quedaría fuera de sus posibilidades; le había llegado como parte de la herencia familiar, si lograba quitárselo de su costumbre sentimental Dios no existiría. Rolón tenía que ser una carga de conciencia para Diana.

De nada valía recordar, necesitaba la mente clara; lo único importante era impedir

ese casamiento. No podría soportarlos juntos en una pieza de la casa. Saber e imaginar cómo estaba ella con alguien que era su propia sangre. Prefería que fuese de otro antes que de su hijo o alguien conocido. Si no, se vería obligado a ocultarse para escuchar tras la puerta de Diana y Martín, y permanecer hasta que un quejido bestial le rajara el pecho. Tuvo ganas de golpearse la frente hasta partirla en el pomo de plata del cabezal de la montura chilena. No poseía suficiente inteligencia para obrar. No podía, no habría podido nunca escapar con ella, no tenía ya ni un centavo propio. ¿Por qué no se atrevía a romper con todas esas viejas normas y costumbres, a alzarse como lo hacía esa juventud *beatnik*, melnuda y sucia que tanto odiaba? Sí, la odiaba, la odiaba con sus pelos largos semejantes a mujeres, ¿por qué le repugnaba tanto que pudieran confundir un hombre con una mujer? Sí, los odiaba en la medida que se atrevían a hacer lo que jamás haría él con su burgués orgullo sin rebelión posible. Galopó, sus pensamientos debían quedar rezagados en la quietud del paisaje. Al embocar el callejón, se encontró con Martín que salía. No se hablaban desde la tarde anterior.

La cara descompuesta de su padre lo asombró. Se dirigió hacia el chalet; después de un día de trabajo en la Bodega era probable que Diana estuviese allí. Necesitaba precaverla.

Encontró cerrado el edificio, le alegró que ella no hubiera vuelto, que no estuviese en contacto con ese dormitorio. Recordó que era sábado y el doctor Shescow había prometido ir a comer a la otra casa. Tenía tiempo de sobra. Cedió al deseo de tenderse en el sillón extensible de la galería; nada había cambiado en ella, ni el juego de sillones de caña de la India, ni los dos grabados con marcos de bronce. Diana quería conservar la apariencia exterior o demostrar que todos sus cambios eran interiores. Acciono el mecanismo y el sillón se convirtió en reposera. Wilhem leía así los diarios europeos que le llegaban por avión hasta San Rafael. Al despedirse de él en la Bodega, con suaves y cariñosos golpecitos de puño en la barbilla, le dijo. Por ahí murmuran que soy un gringo loco, pero tu padre es más loco por alejarte. Cuando cumplas veintidós años, te llevaré a Diana a Suiza, y luego los casaré en Nykvarn. Te lo prometo a cambio de tu promesa de recibirte de ingeniero agrónomo. Si te sientes muy solo, le pagaré un viaje a tu amigo Aldecua. Ese también es un loco, pero un loco inútil: un idealista. Lo estrechó en un fuerte abrazo y su voz se volvió opaca al agregar: Hijo mío. Le escribió dos cartas y Wilhem nunca le contestó; solo contestaría cartas comerciales o querría probarlo. No le pidió que enviara a Alberto, este ofrecimiento debía ser, también, una prueba. A nadie había contado esta despedida; formaba parte de sus diálogos interrumpidos y por ello secretos. Algún día, tendría que ir a San Rafael y continuar el diálogo con Alberto. Llevaría a Diana; sería un picnic en el higueral del Fortín Thevenet. Había cumplido su promesa a Wilhem. Su hermoso diploma en alemán y latín con grandes mayúsculas góticas. Estaba cumpliendo lo demás. Se casarían en la capilla de Nykvarn. Abuela tendría que comprenderlo, era capaz de ello; como era naturalmente honesta, comprendería

ambos mundos de María Magdalena. Se quitó la omisa. Estaba cansado después de un día tras los compradores de nueces; se negaban a pagar el precio ofertado. Cruzó las manos bajo la nuca. Sonrió, el jefe de la estación le había asegurado que antes de quince días tendría sus máquinas en el pueblo. Wilhem había comenzado con menos, apoyado en el crédito de Tiburcia. Abuela le acababa de ceder uno de los galpones; los albañiles comenzarían la refección. Modernizaría todo, como modernizó su abuelo.

El resplandor del sol, hundido tras la Cordillera, daba relieve a una grieta revocada y sinuosa como río montañés.

Diana se volvió con presteza al sentir el aliento de Káiser junto a su mano; lo acarició mecánicamente. Poco más de media hora desde el encuentro con Rafael, creía haber pasado horas sin saber dónde. La vista de las plantas mutiladas la enfureció consigo misma. Se dirigió a sus habitaciones, tenía prisa de poner en práctica lo resuelto. Tocó el timbre y, con movimientos atropellados, se acercó al escritorio. No quería pensar más hasta que fuera irremediable.

—Cueste lo que cueste, consígueme un asiento en el avión de mañana. Avísales al Contador, al Administrador y a Flores que a las 10 los necesito aquí —soltó, como si temiera volver atrás, en cuanto Clodomiro apareció en la puerta—. ¡Nada más!

Martín se solivió en el sillón y se puso la camisa. Ismael se detuvo en seco en el primer escalón de las gradas.

—Como vi de lejos un caballo...

—Has hecho bien en venir. Tenía que decirte que nunca más pisarás este chalet, ni la otra casa de Diana. ¿Entendiste? —saltó en pie.

—Eso está por verse... ¿Desde cuándo mandas en esta finca? —contestó decidido a jugarse. Tenía que suceder tarde o temprano.

Furioso por el desplante, Martín le saltó al cuello; rodaron en el patio de tierra apisonada. Respirando con dificultad, Ismael logró interponer una rodilla y dar un golpe. Girando sobre sí, las manos en el bajo vientre, Martín se enderezó trabajosamente. Pegó con ambos puños, mientras con facilidad esquivaba los otros. Ismael cayó alcanzado en el mentón. Como si zambullera, se tiró sobre el caído; la respiración ansiosa del tomero le rozó la mejilla. Cuando chicos, las peleas en juego continuaban hasta que el cansancio los rendía. El sentimiento que los separaba debía tener el mismo origen, la misma esencia, del que los había unido. Dominando a Ismael con el mayor peso, trataba de encontrar ese punto del mentón donde bastaría un puñetazo para dejarlo tendido. Nada más que tenderlo a sus pies; Ismael reconocería su superioridad física, lo miraría hacia arriba, la cara contra el suelo. Pese a la posición, retorciéndose, Ismael logró darle dos golpes. Lo había sacudido. Volvió a pegar hasta que su puño resbaló pringoso. La nariz del tomero sangraba. La vista de la sangre lo había detenido siempre, como límite o anuncio; esta vez, el gusto

acidulado y tibio le llenó la boca incitándolo. Habría rozado a Ismael o este le habría partido el labio. Hasta entonces, sabía cómo y dónde colocaba sus puños; perdió el control, ansia brutal de aniquilar. Lucharon en la semioscuridad aumentada por el follaje de los árboles; los pájaros aleteaban alborotados. Ismael sintió que las sombras se le descolgaban, como arañas sobre los ojos. Martín ya no era su amigo. En pie, jadeantes, quedaron mirándose, visteándose. No, Martín ya no gritaría como antes, «¡Basta, matrero!, ¿no ves que ya no damos más?». Ahora era más fuerte y Diana se les había entreverado. «¿Te importa más Martín que yo?», le había dicho ella cuando él no aceptaba por respeto al amigo. Tenía que asustarlo o Martín lo haría picadillo. Avergonzado de lo que iba a hacer, miró en derredor y, con rápido ademán, llevó la derecha a la espalda. Atravesado en el cinto brillaba su cuchillo.

De entre los siempreverdes, que separaban el patio del huerto, saltó una sombra. Se le abrazó implorante.

—¡No, Ismael, no! ¡Si eran como hermanos! —sollozando, Chana se deslizó hasta ceñirle las piernas.

Aunque hubiera luchado a mano limpia por la posesión del cuchillo, lo contuvo, también, el ruego acongojado. Las mujeres se metían siempre cuando los hombres necesitaban probar que lo eran. Con rabia, cerrajeado el aliento, Martín gritó:

—¡Como volvás por aquí, no te van a salvar unas polleras!

Calmo y firme se dirigió al caballo. No escapaba, ofrecía el blanco de sus espaldas. Ismael tiraba y clavaba el cuchillo con precisión de milímetros, el mango quedaba vibrando. Lo acompañaban los sollozos de Chana. Los pájaros se habían quietado. No, Ismael nunca haría tal cosa; podía confiar en un hombre criado en su ley.

—¡Pero, niña, si está nuevecito! —exclamó la sirvienta, los ojos brillantes, al tiempo que apretaba el traje contra su cuerpo.

—Por eso te lo regalo —contestó, caminando hacia el balcón saledizo del cuarto de vestir. Entre el perfume de la rosaeda, las araucarias y eucaliptos que festoneaban el prado comenzaban a borronearse en la oscuridad. Giró una llave y las luces del parque se iluminaron, con esa llave podía apagarlas cuando se acostaba; Tiburcia creía que eran solo para espantar ladrones. Clausuraría el edificio principal. No, Martín no la seguiría. Cualquier lugar de Europa. Cuando el sol del verano cesaba de cuartear la tierra, su casa podía estar en cualquier lugar. ¿Una carta? No, ya estaba dicho todo. La casa de abuela, en cambio, rezumaba criollez. Martín no tenía dinero y le sobraba orgullo: «ni yo voy a andar siempre atrás tuyo, como un perro». Bastaría con un año o dos. ¡La India! «Kama Kala. Interpretación filosófica de las esculturas eróticas hindúes». Los templos de Khajuraho, Konarak, Puri y Bhuvaneshvar. Sí, fue el olvidado y ya fósil Mantegazza quien escribió: «Nuestra civilización occidental considera a la mujer como un animal en celo, sin ver claro, ni poco ni mucho, en la

anatomía y sutilezas humanas». Se volvió de prisa, tomó de una silla el paquete de la juguetería. Su cuerpo transformado en piedra y en las más extrañas posturas como las figuras exteriores del templo. Una catarata de erotismo. La más pura religión de lo erótico.

—Voy a ver a Epifanio. A las 9 en punto volveré para recibir a Shescow. Comeremos rápido como a él le gusta.

Clodomiro la miró bajar la escalera. Cayó en cuenta de que no le había ordenado preparar su equipaje, como en otros viajes largos. ¿Sola? Tendría que irse a París para regalar ese vestido de *pailletes* a una sirvienta. No había aprendido a regalar, le sobraba dinero. ¡Un modelo de Balenciaga! Tomó el teléfono particular que el señor Wilhem, en persona, había instalado entre las dependencias principales de la finca, poco antes de la desgracia, cuando la niña cumplió diecinueve años. Una fiesta tan deslucida, le molestó lo que pudieran pensar de la casa los sirvientes nuevos.

—Habla Clodomiro —trató de recuperar el tono debido a su privanza, tampoco esta había sido mucha. Nunca entendió lo sucedido en la casa y ni siquiera se permitió deducciones de lo escuchado involuntariamente. No le había gustado en lo más mínimo el tono autoritario con que el señor Rafael convenció a su señora Tiburcia de que debía irse con la niña Diana a la finca vieja, «para sacarle de la cabeza las ideas de ese gringo loco» y evitar que la niña, como era muy dueña, anduviera como alma en pena. Menos le gustó la manera que el señor Rafael tenía de mirar a la niña; además, era excesivamente grosero con los servidores, los «empleados», para cumplir con su papel de señor. En cambio, dijeran lo que les diera en gana, el señor Wilhem sabía serlo en la justa medida. Un día le había preguntado, en tono de confianza debido a sus años de irreprochables servicios: «Clodomiro, ¿te gustaría ver en este sitio al niño Martín?», mientras señalaba el escritorio. «Si el señor me lo permite, preferiría verlo en una silla a su lado», contestó muy sincero y con leve inclinación de cabeza. Leve inclinación, no hay que confundir servicio con servilismo, como le sucede a muchos que se tienen por señores. Todo es confusión en estos tiempos, ¿cómo no habrían de desmandarse si ya no se sabía mandar?

—De orden de la señorita Diana, que esta noche espera al señor Contador a las diez en punto —dijo y colgó el auricular.

Bajando por la escalera del *hall*, la mucama soltó una chusca risita.

—¡Le tengo dicho que baje por la escalera de servicio! ¡Y no quiero verlas como estúpidas pegadas al televisor!

Quisieran o no, estaba a cargo de las funciones de mayordomo de la casa, pese a que no le hubieran otorgado el título, vaya a saber por qué mal entendida sencillez. Debía confesarlo, en Suiza y en Londres las cosas estaban perfectamente reglamentadas. Era lamentable que la niña no le hubiera permitido seguir ese cursillo de hotelería en Ginebra, ni menos visitar al niño Martín. Salvo los tres meses en París y Londres, el resto había sido un viaje de locos: continuo hacer y deshacer valijas y baúles. Pero no podía permitirse juzgar la conducta de ella. El mundo estaba revuelto

porque todos se metían en el oficio del vecino y ninguno cumplía con el propio.

XVI

Martín vació los bolsillos y se quitó los breeches sucios de tierra y sangre; no recordaba cuántos había roto desde la infancia, le emocionaba ver aparecer su piel tostada y temblorosa entre roturas y desgarrones. Nadie lo había visto entrar. Tenía el tiempo justo para ducharse, llegar a casa de Diana antes que Shescow y regresar para comer. De a caballo, acortaría camino por los viejos callejones; además, precisaba seguir montada, gastar fuerzas y apaciguar los nervios.

La puerta se abría sigilosamente, Tiburcia escondió el bulto que preparaba. La cocinera anunció que había sacado los bizcochos del horno, tratando de ver en el dormitorio cuyo par de altas ventanas filtraba una penumbra morada a través de los árboles del jardín. Tiburcia apoyó el bulto contra el pecho, como si aupara un chico.

—¿Has visto a Rafael? —interrogó indecisa.

—¿No ve, acaso, luz en su escritorio? —Le molestaba tanto misterio.

Para apaciguarla, Tiburcia dijo en tono de confidencia:

—¡Anoche tuve un sueño de feo! Afuera te lo he de contar.

Seguida por Juana atravesó el vestíbulo y el zaguán que comunicaba con la galería del sur y el patio de servicio. Llegó hasta el displayado de los hornos que, rodeado de parrales, continuaba en la lavandería y gallineros. Más lejos, hacia la Cordillera, el galpón de la «aceitería» de Martín. Los patios estaban desiertos, todos se andarían endomingando para largarse a los bailes del Pueblo. Ellas, las señoras, quedaban como abandonadas, como si los chinos se les sublevaran.

—No se mueve ni una hoja... Y este calor como de enero. No me gusta nada. Mi'han dicho que Ña Cloris...

—¡Ya estás con tus cosas! Siempre bicho de mal agüero, ¡quitá la tapa del horno y echale más sarmientos! —Quería borrar las palabras de la curandera, ¡había profetizado tantas desgracias que sucedieron, esa bruja!

Dos horquilladas crujieron y chisporrotearon. Tiburcia miró a la redonda. Más allá del corral, el humo del asado de los peones trepaba perezoso entre las ramas; Segundo lo aventaba con el chambergo. Nadie más. Temblorosa quitó el chal que envolvía el paquete y apareció un grueso volumen: «La mitología en el Arte». Lo tenía escondido en su baúl desde que lo sacó de la biblioteca de su marido. Lo contempló con temor, debía desprenderse de ese objeto impuro. Cerró los ojos y lo tiró dentro del horno. Se repasó las manos en la falda. Wilhem, sí era él, la tironeaba del chal; se volvió aterrada y respiró, se le había enredado en un tronco recién hachado.

Las tapas rojas, con guardas y titulares dorados, se hincharon y retorcieron; lamido por el fuego el libro se abrió. Voltearon las hojas, se retorcían con algo de cuerpos humanos o lombrices; entre el humo, le pareció divisar la ilustración de «Diana Cazadora». Una bocanada roja del infierno. Retrocedió vacilante y se persigno. Juana la imitó, exclamando:

—¡Mire qui' un libro con tapas y figuras tan lindas!

Se contemplaron silenciosas.

—Anoche soñé que m'hijita me miraba, como promesante de Nuestra Señora del Carmen, y me dijo, con esa vocesita que tenía de chica: «Mamita, hace años que la miro de lejos y no la puedo besar. La culpa es de ese libro de tapas rojas. Mi papá decía que yo era hija de esa mujer desnuda».

—¡Sus, María, qué ocurrencias! —Juana volvió a persignarse.

—Entonces, me desperté asustada, porque ¡yo nunca he andado en cueros! — Esperó el asentimiento—. Dios me perdone si he pecado, pero yo sé que esta noche mi hijita dormirá más feliz.

Meneando la cabeza, Juana tapó el horno y se dirigió hacia la cocina. Los nervios hechos tiras, Tiburcia se dejó caer sentada en un tronco de eucalipto, de los que hachaban para las chimeneas, la vista fija en el horno de adobes. De la puerta escapaba una aureola dorada, igual a la de los santos. Su chal negro blanqueaba con astillas y aserrín. Inmóvil, temerosa de que cualquier movimiento pudiera convertirse en acusación. Rafael. Había cometido algo incomprensible; si era una fea acción, quizá un pecado, ajar o romper un cuaderno en el colegio, cuánto más sería un libro tan hermoso. Quizá Martín o Alberto se lo pudieran explicar; no entendería muy claro el significado de las palabras pero sí el tono de la voz. Le bastaría que le hablaran con dulzura, hasta podría regodearse en el sillón escuchándolos; pero nadie hablaba para ella.

En la oscuridad de la galería, Juana estuvo a punto de chocar con su hija.

—Chana, ¿por dónde has andado? —Desde el callejón se escuchó el galopar de un caballo; la cocinera entornó los ojos para oír mejor y comentó sorprendida—: Parece ser el alazán del joven Martín. ¿Adónde irá a estas horas y de a caballo?

Chana entró al comedor para poner la mesa. Era difícil que volvieran a encontrarse; Ismael le había jurado no pisar más el chalé. Aunque no estaba muy segura de que le cumpliera ¡se le había puesto tan mañoso y díscolo!

—¡No le basta con todo lo que tiene, esa! —masculló, tendiendo el mantel.

Diana detuvo el auto ante el rancho de Epifanio. La oscuridad volvía más arrogante y compacta la alameda; marco de un retrato querido que estuviera acostumbrada a mirar sin casi ver. La inmovilidad de los árboles le causaba angustia. Se deslizó una sombra y encendió el reverbero de querosén en el corredor. Rolón, todos murmurarían ese apellido injertado no en el suyo, cosa imposible, sino en sus acciones; era lo único que de ella podían tener memoria, salvo las dádivas por el placer de desconcertar a Jacinto Vega. Le divertía hacerlo. Acaso lo aristocrático fuera hacer diversión de la necesidad; pero no de la necesidad ajena, que sería lo burgués, sino de la propia. Las manos se le aferraron al volante. Algún día se le alzaría ese pueblo, tendría que suceder así. No entendía la mezquina ceguera de su

propia gente, quizá porque era su propia ceguera. Cuando llegara la rebelión, se mantendría firme, enhiesta, para que ellos, y por su propio bien, supieran la categoría de lo que destrozaban. Soportaría hasta que la bañaran en sangre. «La gran escena romántica». Martín, como buen idealista, de alguna manera estaría con ellos; «para equivocarse, prefería hacerlo con el pueblo», debían ser palabras de Alberto. Se estremeció; Martín junto a Alberto, volverían a encontrarse, ya hombres, por cosas esenciales. La semilla de las ideas tenía que ser más duradera. También, las ideas de «su propia gente» tenían que evolucionar; para esto necesitaría a su lado a Martín, quizá a Alberto. Había cortado los puentes. La misma historia desde Caín. Habría que comenzar con palabras nuevas y las correspondientes acciones.

Bruscamente, tomó el paquete y comenzó a desenvolverlo. Epifanio ya habría sufrido muchas ansiedades como para agregar la de un paquete por abrir. Terminado el ruido meloso del papel, le quedó en las manos un auto de juguete, casi un modelo del suyo. Era grotesco regalarlo a un chico que vivía en ese rancho. Al comprarlo, solo había satisfecho su propio gusto. Los seres y las cosas siempre al servicio de su gusto. El chirrido de una lechuza le raspó los nervios bajo el entrecejo. Un miedo extraño, sin raíz racional. La enhiesta alameda la cercaba, negro telón de foro teatral; tendría que alzarse o rasgarse como el velo del Templo. Y, sin embargo, ella sabía cómo se reflejaba el sol, la luz, en cada hoja de álamo, según mostrara el anverso o reverso. Su propia vida.

XVII

Rafael tomó el paquete de cuentas y, lentamente, como temeroso de que las manos le quedaran sin quehacer, lo dejó sobre el escritorio. La luz le cayó sobre las palmas, le extrañó lo blanda y pulposas que eran. Sin el cuerpo de Diana esas manos eran inútiles. Repasó las formas femeninas que habían tocado, no más de diez mujeres, incluida la suya. A los dieciocho años se había jurado ser hombre con las mujeres, capaz de dominarse, de dominarlas. Una noche en la Cordillera, usó nieve para calmar su desesperante ardor. El casamiento le dio trece años de continuo y torpe desahogo. Rozó de nuevo el paquete de facturas, los dedos se le cerraron como patas de araña pollito; cuando chico, atravesaba las arañas con un pincho de sombrero. Las patas peludas se agarraban al metal retorciéndose; las patas del demonio o las de una bruja. Las hermosas piernas de Diana se entremezclaban con las suyas. Las hojas de papel crujieron en sus manos. Todo había ocurrido según sus planes, salvo el resultado. No eran planes: tras un nudo venía, sencillamente, otro nudo. Estaba seguro de hasta dónde llegaría ella con Rolón; él mismo, o por intermedio de Segundo, los había seguido día a día. Aún no sabía cómo se contuvo la noche del puente. Su verdadero error fue lanzarse sobre la presa demasiado pronto, luego del interrogatorio en la Comisaría. Sin una palabra, debía haber escapado con ella, imponerle esa fuga con hechos. La educación, las maneras, eran nefastas en el amor. Este error lo enfurecía, quería borrar sus palabras tontas como ordenaba borrar una acequia mal trazada. Las mujeres que había deseado en vano, le quedaban como un collar de obsesiones, de garrapatas en el pescuezo de un perro. Pero lo único importante era ese cuerpo menudo, elástico y sabroso de Diana; el único que existía. Sentía rabia contra algunas mujeres que se le ofrecían, eran la caricatura del gesto, del ademán que esperaba de Diana. Pasaba meses sin tocar una, odiándolas a todas, sintiéndolas monstruosas y repugnantes; dulzuras que solo eran disfraces de la debilidad.

Se revolvió en la silla. La había rondado angustiosamente: poste alrededor del cual gira una yegua arisca y, en cada vuelta, al enrollar el lazo, acorta la distancia. Pese a los fustazos e insultos, en la medida de ellos, Diana se sentía atada a él. Con estremecimiento de caricia, comprendió que sí le hubiera contestado los golpes, bastaría un chirlo, ella habría soltado un quejido de gata en celo. Lejos de su cuerpo todo lo veía claro.

—¡Maldito sea!

Su hijo había vuelto cuando solo faltaban pocos meses para recoger el fruto. Ismael no podía ser otra cosa que una forma escogida por Diana para arrimársele, un mensaje impúdico. ¿No existían otros hombres, otros peones que quienes estaban en contacto con él? ¿Martín sería su último desafío? Miró con interrogante desesperación los rincones más oscuros de la pieza, de ella tendría que venirle la respuesta. Tendría que haberla apretado y violado en un rincón, sin una palabra. No

tenían para qué ni por qué hablar, no sabía hablar, su hijo no podía casarse con Diana. Se le cerró la garganta; de nuevo, el cuerpo de Diana entrelazado con el de Martín. Conteniendo la respiración tendría que levantar la sábana y ver, y aspirar ese aire tibio. ¡Ver, aunque más no fuera ver!

—¡Nunca, nunca!

Cedió un instante a la contemplación de esos dos cuerpos que tan armoniosamente se complementaban. Un instante. Necesitaba que esos dos cuerpos ya no se juntaran, que no se unieran, que no se rozaran. Necesitaba que el cuerpo de Martín no pudiera. Los hermanos de Eloísa habían castrado a Abelardo, pero después, como venganza. No, tenía que ser antes. Que el cuerpo de Martín no estuviera, que el cuerpo no...

La vista le quedó clavada en el rincón que lindaba con el cuarto de su madre. Un brillo metálico, dos largos reflejos paralelos, mas abajo, un semicírculo con un interrogante. Empuñó con fuerza el paquete de facturas, tenía entre las manos los brillantes caños de su escopeta belga de caza.

Un lamentable accidente de caza. Segundo Varela sería el testigo. El Comisario ascendería a jefe político. Dios solo era una costumbre heredada. Abraham estaba dispuesto a inmolar a su único hijo Isaac, en holocausto a Jehová. El patriarca Abraham.

Al franquear la tranquera, Diana divisó el resplandor del fogón en la cocina, el olorillo meloso del arrope hirviendo le cosquilleó la nariz. Durante la cosecha muchos ranchos olían a arrope. Antes que a entregar el juguete venía para escuchar a Isidra, el último golpe para afirmarse en la decisión. El perro la encaró.

—¡«Cuál», callate! —gritó Isidra. Avanzaba chancleteando, la mano derecha en visera para que no la deslumbrara el farol. Se detuvo hosca.

—Vengo a despedirme.

—¿A despedirse?... —Entre asombrada y temerosa, Isidra repasó cuanto le había dicho en el encuentro anterior. Despedirse podía ser que ella los echara del rancho y el pañuelo de tierra que lo rodeaba, para algo era la dueña. Nunca entendió muy claro la explicación del notario don Flores. A poco de colgarse su marido, le comunicó, mostrándole unos papelotes, que tendrían el uso de la «posesión» mientras viviera ella o «durara la minoría de edad de sus hijos». La asustaban esos hombres, sentados tras de un escritorio; puso la mancha del dedo en el sitio marcado y salió, pensando en la ropa que había dejado en lejía.

—Sí, me voy. ¿Y Epifanio? —La vio encocorarse.

—Los pobres nos levantamos y nos acostamos con el sol.

—Les mandaré el médico, Clodomiro.

—Ya lo vio Ña Cloris —la cortó y callaron.

—Le traía este juguete, ¿puedo verlo? —Su calma la irritaría más.

En el potrero vecino escuchó el olfatear de un caballo, los belfos estremecidos, el golpeteo nervioso de los cascos en el pasto ralo; un relincho precedió a la escapada. Algo tendría que haberlo espantado. Isidra enjaretó los labios y, alzándose, estalló:

—¿No le basta con lo que me quitó? ¡El Epifanio no hace más que ponderarla! ¡Me lo ha engualichado, también! —La hija salió de la cocina y corrió a colgarse de las faldas negras y rotosas—. ¡Es mi hijo! ¡Mío y muy mío! ¡Vaya a tener hijos suyos y no ande robando los ajenos! ¡Usted no sirve para nada bueno! ¡Solo para revolcarse con los hombres y nada más! ¡Cochina! ¡Eso es, una cochina!

Sus palabras entraban aun más hondo que las de Rafael. Arrebato de animal que defiende lo suyo sin artimañas. Sí, solo había servido para revolcarse con los hombres. Mujerzuela de camas calientes, de esas que ofrecían con el precio de la pieza en los fondines del norte; más ruin todavía puesto que ni para eso había servido. Echó a caminar en dirección al auto.

Gimiendo, y agachado hasta casi rozar el suelo con la panza, el perro atravesó el patio. Los álamos tiesos poblaban de dedos admonitorios la pasmosa quietud de la noche. El juguete se le deslizó y cayó entre los yuyos que bordeaban el patio. La tierra parecía detenida para contemplar su caimiento definitivo, la tierra de su pacto.

Brotado de las entrañas de ella escuchó un sordo, retumbante y fragoso golpear; multiplicaba y magnificaba al infinito el repiqueteo de los cascos en la espantada del caballo. Los tantaneos de los truenos en el valle de La Escondida. Una estiba de bordelesas vacías que se derribara con interminable estrépito. Las piernas le flaquearon.

—¡Tiembla, Ave María Purísima! —gritó Isidra, aterrorizada.

El suelo se estremecía en movimiento áspero y continuado; otras, se encrespaba en un mar de olas oscuras.

—¡Epifanio! ¡Hijo! —Con un alarido angustioso quiso correr hacia el rancho; su hijita se le abrazó a las piernas y la hizo caer.

Diana detuvo su instintiva huida. La cara sonriente de Epifanio en la piscina. Las paredes comenzaban a resquebrajarse; el reverbero saltó como arrojado por mano oculta. Los ojos de Isidra se desorbitaban, en vano intentaba levantarse. Trastabillando, Diana corrió hacia el rancho; del techo recién embarrado se desprendían gruesos cascotes. Empujó con fuerza la puerta, al deformarse el marco la había atascado. El crujido de las maderas que se astillaban se unía al tronar sordo e incesante. Los álamos chicoteaban convertidos en flexibles varillas de mimbre. Gritos horrorizados atravesaban la zarabanda monstruosa. Cedió, por fin, la hoja de la puerta, y la fuerza del envión la arrojó al centro de la pieza; el polvo le dificultaba la respiración y enceguecía.

Al descubrir el claro dejado por el vano de la puerta, Epifanio atinó a escapar gateando. Diana buscó a tientas en la oscuridad. Tenía que obrar con rapidez, el rancho solo podría resistir unos segundos. Tanteó las cobijas revueltas; con un respiro comprendió que Epifanio había escapado. Retrocedió tambaleante hacia el rectángulo

del hueco de la puerta; una nube de polvo todavía más espesa lo oscureció. Cedieron los pilares, el techo del corredor se abatió contra el lienzo de pared como la tapa de un libro que se cierra. Palpó con desesperación las cañas del techo, estaba atrapada. Los pesados adobes no tardarían en derrumbarse cuando se agrandaran las grietas, que se abrían y cerraban dejando vislumbrar lechosos resplandores de luz. Las imágenes cobraban ritmo de segundero. Una mano se le hundió en un resquicio abierto entre las cañas. Un golpe menudo en el hombro izquierdo. Ningún dolor, como si alguien la hubiese tocado para llamar su atención. Piazza San Marco, Venecia, un extraño, 3 de la mañana, huyó seguida por sus pasos, el portero del Alberto Excelsior Danieli lo contuvo. La *familiar* crecida al grosor de una serpiente se le enroscaba, el brazo de Epifanio Rolón. Martín, muy lejos, el Valle de los Chulencos, la llamaba. Morir en un rancho, Alberto lo consideraría simbólico y sonreiría. Lluvia gris de ceniza volcánica. La cara de Rafael. Nada más que su cara y su VOZ.

La cumbrera del rancho se hundió con estrépito al derrumbarse la pared del frente. Frigor más intenso brotó de la tierra. Los adobes brincaban como apilados en una pelcha. Epifanio jugando a la payana; arrojaba las piedritas con igual facilidad y las recogía en el dorso de la mano. Con zamarreo final de toro agonizante, el suelo cesó de temblar. Densas nubes de polvo se elevaban lentamente. La luna nacía circundada de halo turbio y rojizo que terminó por eclipsarla. Durante un instante reinó silencio. Las cosas recuperaban la solidez de sus formas.

Isidra permanecía apretujada a sus hijos, los ojos endurecidos por el espanto. Gimiendo lastimeramente, Cuál vino a echarse junto a ellos y escondió la cabeza en el amasijo de polleras y piernas. Se contentaban con un alentar entrecortado y alerta. Vendría otro remezón. Las paredes de quincha de la cocinita comenzaron a humear. Surgió una llamarada y las sombras se alargaron pegadas a la tierra. Balidos y relinchos asaetearon la noche. Isidra suspiró aliviada, la primera señal conocida de que no todo estaba muerto. Se santiguó con ademán mecánico. Bajo el montón de adobes quedaba todo lo suyo, menos los hijos y el perro. Sus cujas de hierro: una, la que había sido de su marido, para ella y la Ciprianita; la otra, casi un catre, para Epifanio. También, las dos mesas, el armario grande, las cinco sillas con el asiento de totora, y el baule viejón, y los tiestos de la cocina con la paila recién estañada en el Pueblo. La *familiar* vaya a saber dónde habría ido a parar; importaba poco, por las pruebas no era víbora de suerte.

—¡La señorita!

Atarantada, miró en todas direcciones. Las llamas lamían la cumbrera del rancho; le había dicho a su marido que ese varejón era demasiado peso para las paredes, pero, como se lo habían dado en el chalé fue cuestión de colocarlo nomás. Entre el cañizo roto creyó divisar una mano; apretó la cabeza de Epifanio contra el regazo. La voz de su comadre Florentina llamando al marido la hizo tiritar; su rancho estaba a dos cuadras largas, justo donde comenzaba el inmenso paño de viña. Volvió a mirar los

escombros, la mano le apareció más clara. Quiso levantarse, pero no pudo; a lo peor, tenía el hueso de la cadera roto, como le sucedió a su mamá en el temblor grande de la Costa de Araujo, pero nada le dolía. Palpó a los hijos, que ahora lloriqueaban, tampoco tenían nada. Una mancha pegajosa le brilló al resplandor del fuego; se tocó el hombro y respiró. No era sangre, había traído de la Bodega un tiesto con mosto para hacer arrope y vender. Las piernas se le habían acalambrado por el miedo o el cansancio, no era la primera vez. Aunque ya nadie comía arrope; estos cambios de la gente la desorientaban y producían miedo.

Escuchó el galope de un caballo desbocado, habría tirado al jinete al encabritarse; una grieta en el camino se lo habría tragado entre los vapores del infierno hedientos de azufre. No lo aseguraba, pero tenía oído que solía suceder. La cocinita ardía como las fogatas en el día de San Juan. El campo se convertía en un cementerio llenecito de velas encendidas. La mano salía de entre la capa de barro y paja como si alguien la hubiera metido por pura ocurrencia, solo que no se movía esta mano. A veces, quedaban entre las ruinas un pie, una mano o una canilla y el resto del cuerpo por otro lado.

El caballo rayó junto a la tranquera. Como una visión, el joven Martín le cortó los pensamientos; Le gritaba, zamarreándola:

—¿Dónde está Diana? ¡Isidra! ¿Dónde está Diana?

La asombró que los de las casas pudieran sentir igual; tenía por seguro que había cosas para que sintieran los ricos y otras para los pobres. Señaló la mano. No era eso lo que quería pensar, la mente se le confundía.

Martín tuvo necesidad de tocar esa mano tibia. Si perdía tiempo, un instante nada más, un nuevo temblor podía hundir el techo al desmoronar la pared que lo sostenía. El cañizo ardería como paja. Le bastó una mirada para decidirse; prietas las mandíbulas, para no dejar escapar ni un grito que le robara el aliento, comenzó la tarea. Tanteó unos tirantes, no estaban quebrados, podían resistir su peso. Cerca de la mano de Diana, la cumbrera había abierto un boquete; trepó hasta él y tironeó, las cañas cedieron. El ruido de unos adobes que se desmoronaban lo paralizó. Ya no podía detenerse, forcejeó hasta que las botas se le hundieron y cayó bajo el techo. Palpó con ansiedad, la cumbrera y un montón de escombros lo separaban del lugar en el cual debía estar el cuerpo de ella; por allí no podría llegar antes que el fuego. Se maldijo al pensar que recién se le ocurría; era más peligroso, pero no quedaba otra posibilidad. Volvió al patio para soliviar el tirante más cercano. La mano de Diana desapareció. Mantuvo en vilo el varejón; ya no podía soltarlo, corría el riesgo de herir mas ese cuerpo que habría cambiado de posición.

—¡Aguante, joven! —Isidra corrió hacia el mortero de maíz y lo arrastró hasta colocarlo como apoyo del varejón. El trabajo de Martín era, por fin, algo comprensible.

Martín se arrastro bajo la parte del techo que acababa de levantar. El humo espeso y caliente dificultaba la respiración. De nuevo, cañas y maderas astilladas impedían

su deslizamiento. Se conmovió, alcanzaba a tocar el cuerpo de Diana. Incorporándose a medias sobre las rodillas, principió a retirar los escombros que la cubrían. Estaba tranquilo a su lado, no saldría sin ella. Al resplandor del fuego, descubrió que la cumblera le apretaba un hombro y parte del pecho. No quiso pensar, curvó la espalda y empujó con fuerza; precisaba, ahora, de toda esa fuerza de animal joven que había desperdiciado en su lucha con Ismael. Creyó que los huesos le crujían a la par del maderamen. Una oleada de aire le refrescó la cara. Tosiendo, se enderezó para respirar unos segundos. Volvió a inclinarse; con suavidad forcejeó hasta remover la viga, listo para cubrir el cuerpo de Diana con el suyo si el resto de pared se derrumbaba. Logró zafarla y, con extremo cuidado, la tendió sobre el techo. Apoyándola en su cuerpo como viviente camilla, se deslizaron hasta el patio.

Al cargarla en brazos, le extrañó lo menuda que continuaba siendo. Isidra, con algo de temor reverente, apoyó la cabeza ensangrentada de Diana contra el pecho de Martín. La recostó en el auto, recién se atrevió a auscultarla. Imposible saber si el corazón latía.

—¡Salven lo que puedan! ¡Avisen a los demás y vayan todos a casa de Diana! — gritó, poniendo en marcha el coche de su prima. Estaba seguro de que esa jaula de acero y cemento permanecería indemne.

El auto se alejaba perforando con los faros las espesas nubes de polvo; el Suelo se estremeció nuevamente. Abrazada a sus hijos, Isidra se achico al ver caer la pared que daba a la calle. Terminado el coletazo, se incorporó fascinada por el fuego que iluminaba el interior de la pieza sin techo. Corrió para descolgar un cuadro que, asombrosamente, había quedado en el resto de pared. Tomados de la mano, ella y Rolón el día del casamiento. No habían podido sonreír por más que el fotógrafo se los pidió. Trepado en los escombros, Epifanio arrastró la petaca de cuero donde guardaba la ropa y los lujos del apero de su padre; la Isidra solos había prometido para después de la conscripción.

Arropó a su hijo, con la mejilla le palpó la frente. Respiró aliviada, ya se había ido la calentura; Ña Cloris tenía buena mano. Le resonaron las palabras de Martín, ahora con acento de orden; ella tenía por costumbre cumplir los mandados. ¿Se podía hacer otra cosa? Miró al gallinero, el techo hundido habría espantado a los pollos, solo volverían con la luz del día cuando les tirara el primer maíz. No podía irse sin encerrarlos. Los ojos se le volvieron a la hoguera. Se le quemaban los recuerdos del Rolón, sus borracheras malas, su grito «¡echate!» cuando se acordaba de sus obligaciones de marido.

Atraída por el brillo, corrió hasta el otro extremo del patio; entre los sarmientos de las parras que comenzaban a achicharrarse, levantó el autito de juguete. Dominó la intención de tirarlo al fuego. Chancleteando, volvió al lado de su hijo.

—Tomá, te lo trajo... ella.

XVIII

—Va a seguir temblando toda la noche, tendremos que pasarla al descampado —dijo Alcira, con firmeza.

Isauro se arrimó balanceando el reverbero.

—No se puede, señora. Mañana con la luz...

Desde el parque, el cuerpo principal de la casa aparecía como sentado; al ceder los cimientos habían arrastrado la sala, el escritorio y los dormitorios de ellas. Escuchó un largo quejido, luego, la voz grave de la cocinera.

—¡Señora, la Felisa se nos va!

Se reunió el grupo cuando cesaba el estertor de la agonizante. Juana cubrió el cuerpo con una manta.

—Juana, ¿nadie más?

—Quitando... —Miró hacia las ruinas—, nadie más —se esforzó en imitar la calma de la señora.

Era difícil saber cuántas personas vivían en las casas en un momento dado. Juana recibía y, a menudo, hacía quedar a parientes y allegados. Alcira sintió que las piernas se le aflojaban, tomó asiento en el banco que le servía de apoyo. Tiburcia se le abrazó con movimiento infantil, sollozaba quedamente.

—En cuanto aclare un poco, te irás a caballo a la casa de... —dudó— a la otra finca, a ver qué le ha ocurrido al joven Martín —los brazos de Tiburcia la apretaron— y a la señorita Diana y los demás.

Tuvo deseos de reprochar a Tiburcia su flaqueza, pero ella no estaba obligada a mostrarse fuerte. Mientras Chana, solícita, le arrebozaba el chal, miró hacia el montículo del escritorio. Desde la muerte de su marido, había olvidado su condición de mujer para defender la casa y la finca; ahora debía olvidar que bajo esas vigas y ladrillos estaba su hijo mayor. Muchos dolores le había costado de parto, de chicón y, más todavía, de hombre. Doblegó las ganas de llorar; si desesperaba, otro tanto sucedería a quienes la rodeaban como pendientes de que una palabra suya volviera las cosas a su estado anterior. La única que no podía llorar. Tampoco era el primer sacudón que sufría. En el terremoto de la Costa de Araujo, en la finca de su padre, lloró a Nicolás, el segundo de sus hijos; pero su madre había permanecido serena. Cuándo el Señor dispusiera probarlos de nuevo, quizá Tiburcia ya no pudiera llorar. El Señor tenía que llamarla pronto, ya era triste rogar todas las noches, antes de dormirse, por el alma de tantos parientes y amigos muertos. Acarició la cabeza encanecida de Tiburcia. Solo Martín y Diana faltaban a su lado. Por alguna razón que se le antojaba vecina de la brujería, estaba segura de que el cupo de sangre correspondiente a la familia se cubría con la de Rafael. Los Aranda no podían acabarse como así. A veces, los ríos parecían cortarse sorbidos por un cerro, pero, de nuevo, a floraban más abajo.

No quería profanar al muerto con sus pensamientos, pero necesitaba desahogarse.

Creyó que el tiempo alcanzaría para solucionar lo que había comprendido algo tarde, arreglarlo dentro de las paredes de la vieja casa. «La ropa sucia hay que lavarla en casa». La cuestión era seguir con la cabeza alta, porque todas las casas tienen algo que ocultar o callar. Sucedió que cierta generación de una familia como la suya salía alborotada, rebelde, hasta con monstruos y criminales, como un reventón de escándalo en compensación por todo lo pacífica que fue la anterior o que será la posterior. En los breaks manejados en su mocedad, importaba que el varero no se encabritara, así se podían contener las espantadas de un ladero demasiado brioso. Por sobre corcovos y cabriolas había mantenido en la huella al coche de los Aranda. Los pecados ocultos, lo sabía de antaño, Dios los cobraba por mano del tiempo o de la tierra, y las gentes y los lugares quedaban señalados con aureola de misterio. Así había sido con la Laguna de la Niña Encantada o con el Pozo de las Ánimas. Las casas de la finca tenían, ahora, la marca de Dios; antes de «irse», volvería a reconstruirlas en el mismo lugar. En su decisión no cabía adarme de desafío, antes bien, era muestra de confianza en Él. La distrajo un susurro cercano, la cocinera rezaba el rosario junto a la muerta.

—Juana, yo haré cabeza —dijo, arrodillándose apoyada en el bastón, de cara a las ruinas como si fueran un altar. Las voces femeninas se unieron a la suya. Lentamente crecía el diapasón, en tono doliente pero sin llegar al quejumbroso. Podía ser agradecimiento o constancia de que existían.

Segundo Varela y otro de los peones se arrimaron al ruedo, quedaron en pie, el sombrero en las manos. Eran los sin familia cerca, los otros se habían desperdigado al primer remezón. Chana hizo una seña a Segundo y, en tanto contestaban las salves, prendieron una fogata con los sarmientos para el horno. Sin interrumpirse, Alcira aprobó con un movimiento de cabeza. El fuego los acompañaba, volvía más graves y seguras las voces.

Chana permaneció junto a las llamas, sin poder ocultar su ansiedad. De pronto, corrió a los brazos de Ismael que llegaba encandilado; al tocarlo estalló en sollozos convulsivos. Alcira contuvo el rezo.

—¡En la única que pensé fue en vos! ¡Vi todo clarito, como agua enturbiada y revuelta que después se asienta!

Permanecieron unidos hasta que las voces en coro los apartaron. Fueron a reunirse con los demás, tomados de la mano.

Al concluir el rosario, la luna principiaba a brillar mortecina tras las nubes de polvo. Un nuevo temblor, menos intenso, tumbó los restos de la pared de la sala y agrietó el pabellón del personal, que había permanecido indemne hasta entonces. Se miraron apenas inquietos; agotada la capacidad de emoción el temblorcito era un alarde inútil. El personal ya había retirado sus baúles; las señoras tenían todo, hasta su muerto, bajo los escombros.

A poco, Isauro salió al galope por el callejón.

Mirando a la muerta, Juana pensó que era inútil esperar ayuda. En el pueblo, la

mortandad sería mayor, a no ser que las dos leguas hubieran sido suficiente distancia, no era la primera vez que el terremoto se cortaba dejando salvas casas muy vecinas. En una misma calle había visto las de una vereda caídas y, las de enfrente, con solo las cornisas volteadas y el revoque agrietado. Si el pueblo estuviera en ruinas tendría que ir pensando en darle sepultura a la Felisa. Lo de don Rafael no era cosa suya. En la despensa había tablones de madera blanda muy aparente para cajones. Tendrían que enterrarla en el olivar, antes de que aparecieran los moscardones verdes. Cuando la gente se calmara, ya vendría la ocasión de llevarla al camposanto y ponerle ana cruz de fierro y una corona de abalorios.

Se alegró de que las casas no estuvieran sobre el carril, así no caerían tantos de esos curiosos de automóvil, haciendo como que ayudaban y repartiendo prendas o frioleras, de pretexto para acercarse a mirarlos como bichos raros o, de no, hacerles preguntas inacabables y sin fundamento. Así había sucedido cuando el terremoto del Atuel. Claro que no faltaban los muy emperifollados trajinando hasta desfallecer, especialmente las enfermeras y los doctores; estos estaban bien porque hacían lo que ellos no podían, pero no aguantaba que vinieran a meterse en lo que eran capaces. Por culpa de los meteretes, la gente se consentía y se dejaba estar, esperando que las cosas le cayeran del cielo. Esto no le gustaba ni un comino. En cuanto amaneciera, si la señora no lo mandaba, ella misma sacaría del atontamiento al chinerío y los pondría de una hebra a salvar cuanto pudieran. Pero la señora no se dejaría estar, bien la conocía, ni menos los abandonaría, para algo era como la yegua madrina. Pondrían todas las cosas en su sitio y ¡san se acabó!

De repente, se acordó que si bien don Rafael no era cuestión suya, tampoco dejaba de serlo del todo. Cuando los dos eran unos perjeños, tuvo cosas con el joven Rafael. ¡Se lo había olvidado como de una pieza! Claro que esto no era de tener en cuenta, los patrones solían prendérseles como garrapatas, la cuestión era arrancárselas sin que dolieran o dejaran rastros. Desde que le vino la Chana, como resulta de esos dos años que se fue con el Güenceslao Donaire, puestero en el Negro Quemado, juró sentar cabeza. Volvió a la cocina de la señora y le hizo la cruz a los hombres.

La luna encopetada sobre los árboles marcaba huecos y salientes de los escombros, bajo la luz lechosa parecían más desgarrados. Tanteando y afirmándose, con husmear de perro que busca al amo, Segundo trepó en las ruinas del escritorio. Alcira calló la orden de que bajara. Pasado el primer remezón, habían hecho lo posible sin descubrir la menor señal de vida. No podía mandarlos, pero tampoco prohibirles la peligrosa tarea. Ismael y el otro peón lo imitaron.

Desde el banco, Tiburcia los contemplaba remover vigas y bloques de ladrillos a golpes de azadón o barreta, entrecortados por algún grito de alerta seguido por un desmoronamiento. Bajo ese montón de escombros estaba su hermano. Asustada, como si de nuevo escuchara sus recriminaciones, esperó en vano la voz dominante. Muy bajito se repitió que no la oiría más. Una tortuga despojada del caparazón que protege y constriñe. Respiró hondo, el pecho se le ensanchaba más de lo

acostumbrado. Se palpó los ojos, ya no tenía lágrimas. Se resistía a la verdad que le brincaba en la mente; era horrible, pero recién ahora se daba cuenta. No sería la primera vez que alguien quedara horas y días bajo las ruinas. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Rafael no debía volver a hablar. Nunca. ¡Jamás de los jamases! La mirada fija en los peones, pestañeaba en cada hachazo contra una viga o tirante, sin animarse a rogar que su hermano estuviese muerto, ni correr a gritarles que dejaran la tarea o la hicieran más modosa. No sería de cristiana. Sin embargo, era tan simple correr hasta la fogata, traer un tizón y prender fuego a esa parva de escombros. Ya no quedaría temor de escuchar la voz. Se escondería tras la glorieta hasta que desde el montón se elevaran voces aterradoras, ladridos de perros que se tarasconeaban. No saldría hasta ver que todo se convertía en una bocanada de humo negro. Sintió el mate en el hueco de la mano, su calor la hizo recuperar un instante. Sorbió hasta el rezongo final. Chana le retiró el cuenco con suavidad, tal si temiera despertarla.

—¡Cuidado, despacio!

Los gritos de Segundo la despabilaron. Por el naciente ya clareaba; la parva de escombros del escritorio había desaparecido. El pico mantenido en alto y mojado por un líquido viscoso y oscuro. Corrió seguida por su madre.

Bajo los cascotes, se delineaba confuso el bulto de un cuerpo.

Los peones siguieron la tarea pero sin herramientas. Ismael se enderezó quitándose el chambergo, mientras con la manga de la camisa se enjugaba la transpiración.

Tiburcia se tapó la boca para contener el grito. Las botas de su hermano. Una viga le había aplastado la cabeza, entre los restos de la silla giratoria y la mesa de escribir. No se había movido de su sitio. Como siempre, habría dicho: «¡Eso de disparar por cada temblorcito está bien para las mujeres!».

Segundo soltó un sollozo gutural, mezcla de hipo de borracho y croar de escuerzo, y se arrojó sobre el muerto. En el bolsillo de siempre, sobresalía la libreta negra; se apoderó de ella mientras simulaba abrazarlo. La guardó entre la camisa y el pecho, tambaleante se alejó hasta perderse entre los árboles.

Retirada la viga, Tiburcia se arrió al cuerpo. Necesitaba comprobar que estaba helado y rígido; adelantó una mano temblorosa. Tuvo la intuición de que alguien muy cercano y de su sangre había realizado un ademán parecido, no sabía cuándo ni por qué, adivinaba, pero no era cosa limpia. Alcira la apartó tomándola de los brazos.

Juana y su hija trajeron un catre de hierro y dos mantas colocaron el cuerpo. Mientras los peones lo llevaban junto al de Felisa, Alcira forcejeó con el puño colgante y agarrotado hasta quitarle el paquete de facturas que rodó por el ripio; luego, colocó la mano velluda bajo la manta. Junto a la cabecera, la boca se le abrió para murmurar:

—«Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo su único hijo» —cesó la voz, los labios continuaron moviéndose.

Isauro entró a galope tendido.

—¡Señora! ¡El Pueblo está volteado! ¡El joven Martín está en la otra finca y la señorita Diana está lastimada!

Tiburcia recorrió con mirada ausente la manta que cubría el cuerpo, quieto como los panes recién amasados que ponían a orear en ese catre antes de meterlos al horno. Le costaba convencerse de que Rafael ya no alzaría su mano amenazante, que desde chica la hacía pestañear asustada; ni para ella, ni para Diana. Aguardó el menor movimiento. Una mancha viscosa comenzó a mojar la parte que tapaba la cabeza; a la par de ella le crecía un sentimiento desconocido. Los labios se le plegaron en un respingo, luego en mueca presta al llanto. Retrocedió, intentó santiguarse pero detuvo el ademán a la altura de los ojos. Desde el pecho le trepaba una voz erizándola: no quería a ese hombre muerto; peor todavía, lo odiaba. Para ella sola se repitió el mensaje de Isauro.

—¡M'hijita! —gritó opacamente.

Tenía una casa y aquí ningún quehacer. Miró ansiosa el caballo del peón; luego, a su madre. Sin decir palabra, montó con recuperada agilidad.

XIX

A la tenue luz del velador, Martín contempló las facciones agudizadas; la gracia y el brillo de los ojos, ahora cerrados, disimulaba el tamaño de la nariz. Esas menudas pestañas, que casi no tenían longitud para curvarse, lo enternecían. La amaba en sus imperfecciones.

—Tengo esperanzas —dijo el doctor Shescow incorporándose cansado—. Ahora vos.

Se sometió a la cura. Cedía algo su preocupación más angustiosa; Diana siempre había estado unida a él en esa forma: ligamento en carne viva que la incertidumbre no dejaba cicatrizar. El ardor del yodo en tajos y lastimaduras de las manos y espaldas le sacudía el cansancio.

—Doctor, han traído otros heridos —susurró Clodomiro, entrando de puntillas, a mirada fija en Diana. Salió seguido por el medico, que se apretaba los ojos con el pulgar y el índice en vano intento de reposo.

Martín hizo una seña a la mucama: vino a ocupar la silla junto a la cabecera. Káiser levantó la cabeza, miró a su dueña, luego a Chino y volvió a apoyarla en las patas delanteras, las orejas enhiestas. Encendiendo un cigarrillo, Martín salió al balcón; aspiró hondo. El primer cigarrillo de la noche. El alba comenzaba a mostrar las grietas del revoque en el frente del edificio, uno que otro descascaramiento, molduras caídas sobre el techo de pizarra de las galerías. Wilhem se habría enorgullecido de su jaula antisísmica. La cabeza de Chino le rozó la mano, buscaba una caricia. Jadeante, había aparecido a su lado cuando detuvo el auto para quitar un árbol tumbado sobre el camino; los acompañó deteniéndose a ladrar ante cada obstáculo. No podía entender cómo Chino lo había encontrado en medio del terror y la zarabanda; salvo que con esa extrema sensibilidad o presentimiento con el que los animales casi anunciaban los temblores fuertes, lo hubiera seguido a escondidas. Volvió a su memoria el mensaje de Isauro. Imposible dejar a Diana hasta que Shescow la declarase fuera de peligro; necesitaba esa frase del ritual médico para intentar ocuparse de otra cosa.

Una mujer bajó un baulito destartado del auto de Diana y este partió de nuevo. Poco a poco, la quejosa marea iba invadiendo las dependencias de la casa. En el parque, varios eucaliptos y araucarias caídos mostraban las raíces blancas y enchampadas. No lograba ordenar las cosas dentro del paisaje y menos de sí mismo. Con el cigarrillo tozó el labio lastimado. La pelea con Ismael tenía que haber sucedido tiempo atrás, cuando eran muchachos; ahora, no tenía sentido. Volvió la cara hacia Diana. Creyéndolo al tanto, Clodomiro le comentó sobre el viaje. Debía agradecer ese temblor que se la retenía; le avergonzó la idea ante la cantidad de gente muerta o herida, vergüenza muy superficial. Su padre bajo los escombros no lograba apenarlo; por una especie de temor primitivo, de tabú, la mayoría siempre estaba dispuesta a perdonar a los muertos, a simular que olvidaba. Ningún recuerdo que

podiera unirlo a su padre, hasta esa búsqueda de motivos le pareció falsa, como enternecerse ante un espejo para observar los gestos. Eso estaría bien para Alberto. Le importaba más saber de él que de su padre. ¿Le habría sucedido algo? Nada; había gente para vivir o morir de determinada manera. Alberto moriría de una manera sutil o inesperada, del corazón. El perro insistió en la caricia. ¿Por qué habría dejado de escribirle Alberto? ¿A quién tendría a su lado para enseñarle a descubrir el matiz de las cosas y las personas?

Se apoyó en el balcón húmedo por el rocío. Igual amanecer al de unas cortas vacaciones en Venecia. Apoyado en la baranda del Puente de la Academia, había contemplado largo tiempo las aguas azulgrisáceas que reflejaban los palacios de mármol y ladrillo del Gran Canal; agobiado por esa antigua belleza que lo hacía sentir, en contraposición, más puro, más bárbaro, más vital. Le faltaba Alberto a su costado, la voz tierna que lentamente se tornaba grave. Las góndolas negras con sus hipocampos de bronce se balanceaban al paso de las lanchas a motor y de los vaporetos. Alberto lo escuchaba, sabía escucharlo; él le hablaba de sus incertidumbres, de todo lo que le temblaba en sus encrucijadas. Miró hacia la isla de la Guidecca, donde estaba su Albergue de la Juventud, cruzó los brazos, estiró las manos. Las manos se alejaban una de la otra, reptando en la madera del parapeto húmedo por el rocío. Se estrechaba y abrazaba a sí mismo. Ansió encontrar al extremo de ellas, la mano de Diana en una, la de Alberto en la otra, y que ellos no se miraran entre sí. Lentamente apoyó la frente entre los brazos, el agua cloqueaba entre las góndolas amarradas a un palacio recién restaurado. Todas las obras de los hombres podían restaurarse, hasta las del cuerpo. Lejos, desde su hornacina en el frente de una casa gótica, en la Fondamenta del Angelo, el policromo ángel de piedra tendría, era necesario, qué haber sonreído con sabiduría misteriosa. Ese día cumplió veinte años, Venecia fue su regalo de cumpleaños; Tiburcia le había enviado el dinero.

El tiempo se ordenaba, todo había ocurrido a otro ser. Desde el embarcadero del *palazzo*, se miró en el muchacho acodado en el puente de la Academia. Era otra persona. Le dolió comprobar en qué forma podía estar solo un muchacho de veinte años. La soledad pavorosa de los veinte años, la única. Lo escudriñó; la raza del Ángel de la hornacina. Miró la cara del Ángel, descubrió las inescrutables facciones de Alberto. El Ángel estaba solo entre las góticas nervaduras de piedra. Solo desde siglos. Solo para la eternidad.

Se volvió con angustia, le urgía mirar la cara de Diana. Estaba seguro de las facciones de ella; pudor instintivo le había impedido confundirlas con las del Ángel. Estaba seguro, también, que ahora permanecía junto al ser que más le importaba.

Ya podía mirar ese paisaje desdibujado por la capa de polvo denso y plomizo que flotaba en el aire, comenzaban a surgirle estrías rojas hacia el naciente. La tierra habría decidido preguntarse: «Veamos qué hay de cierto en estos seres humanos». Cernía monstruosamente el cedazo; cada cual se aferraba a lo suyo, a lo verdadero.

Desaparecían las ataduras formales y cada ser quedaba en carne viva, abismado por ese destino que había señalado para morir a quien estaba junto a él.

Se echó sobre los hombros la cazadora desgarrada. En el portón del parque, divisó a una mujer con tres chicos rotos y un hombre que empujaba una angarilla cargada de trastos. Al llegar a la gradería se detuvieron cohibidos por esos peldaños de mármol resquebrajados; se consultaron con monosílabos y siguieron hacia los galpones del fondo. Tuvo ganas de gritarles que podían entrar, pero no sabía si era el edificio suntuoso o la tierra embravecida quien los atemorizaba. Tuvo, en cambio, la certeza de ser responsable de cuantos vivían en las fincas. Estaba seguro, también, de que nadie se iría de la región: ni «los de arriba», ni «los de abajo», ni ricos, ni pobres. Cada cual enterraría a sus muertos y, a la corta o a la larga, levantaría su casa o su rancho en el mismo sitio. Quizá, para ellos, para los de arriba, era más lógico, menos generoso.

Un breve temblor zarandeó el edificio. El revestimiento de palo de rosa del dormitorio crujió y se rajó en los rincones; en las vitrinas empotradas cayeron los restos de las estanterías de cristal. Entre los gritos despavoridos de la mucama y los que llegaban desde la planta baja, escuchó a Diana balbucear el nombre de Rafael.

Bajó en busca del médico, los movimientos de Diana podrían haber desarreglado el complicado vendaje. Los más reacios volvían a entrar mirando con desconfianza las paredes, donde los cuadros pendían torcidos, o el techo, que cubría ambas plantas del vestíbulo, con los vitrales rotos o trizados. Los muebles amontonados en un extremo del salón dejaban espacio para camas y colchones. La mesa de mármol del vestíbulo, trasladada a la sala de música, servía para las operaciones. Con su maletín y los botiquines de primeros auxilios de la Bodega, la casa y la fábrica de conservas, ingeniándose para suplir lo faltante, Shescow había instalado su hospital de emergencia.

—Falta anestesia —gruñó, indicando a Martín que ayudara a sujetar a un hombre al cual acababa de amputar una pierna—. ¿Y la muchacha? —preguntó sin abandonar la tarea de sutura. El operado se mordía los pelos ralos del bigote.

—Temo por el vendaje.

—¡Bien! —cortó—. Ahora te necesitaré. —Ubicaron al herido en una cama; las manos en alto para que Clodomiro le secara la frente, prosiguió—. Vas al Pueblo y traes —señaló el bolsillo de su guardapolvo manchado de sangre—. Ya deben haber llegado auxilios sanitarios. ¡Pedir o robar si no te dan!

—Antes debo ir a casa.

—¡Los muertos, muertos están! ¡Necesario pensar en los heridos! —interrumpió—. Rafael no era útil, no importaba mucho... Nosotros cuidaremos Diana.

Desde la sala llegaron voces quejosas.

—En el garaje queda el camión grande —agregó Clodomiro, plegado a quien mandaba.

Martín detuvo el camión junto al pórtico. Le costó creer que esa mujer con el pelo

flotante a las espaldas, la cara desencajada y los ojos hinchados por el llanto, era Tiburcia. Pasó sin verlo. Ya podía alejarse tranquilo.

Tiburcia sofrenó el caballo ante la galería y se deslizó a tierra. Las piernas le flaquearon; miró al animal, creyó verlo por primera vez. Corriendo franqueó las puertas, no veía a nadie, nadie más existía. Se detuvo jadeante a la entrada de la salita, la divisaba, le bastó para recuperar el aliento. Avanzó de puntillas, la criada tartamudeó un saludo asombrado y le cedió la silla. La ocupó, como si acabara de abandonarla por unos minutos, y adelantó las manos para tocar la que descansaba sobre la sábana; no se atrevió, le bastaba contemplarla. Quedó inmóvil largo rato, presta a socorrerla en el menor movimiento y ansiosa de que la necesitara, de justificar en un momento la ausencia de años. La voz del médico la sobresaltó.

—Ya pasó gran peligro.

Trató de escarbar esos ojos claros casi perdidos entre arrugas, desde muchacha acostumbraba confiar en ellos.

—Ahora tenemos que cuidarlo a usted —los ojos se le humedecían; hubiera corrido hasta la casa de él y se la rodearía de cirios como altar de santo milagrero. Las manos del médico ajustaban los vendajes; se ruborizó al divisar, como durazno maduro entre las tablas reparadas de un cajón frutero, el seno derecho de su hija. Llevó las manos a los suyos y, sin saber por qué, se arrodilló; recién entonces se dio cuenta de que deseaba ofrecerse a Dios para compartir tantas heridas y magulladuras.

Terminada la tarea, Tiburcia cerró las persianas y volvió a su silla. La cabeza le pesaba somnolienta, se pellizcó manos y mejillas; inútil, en la penumbra la cara de Diana se borroneaba. Cuando nació, había sufrido horrores; no había sido guapa como las antiguas mujeres de la familia, que parían hijos donde a Dios le daba la gana: en la ciudad, en un campamento, en una posta o un fortín. Después del nacimiento de Diana, Wilhem no se había acordado más de que tenía mujer. Remeció la cabeza, no eran pensamientos para una esposa cristiana.

Diana abrió los ojos. Imposible que su madre estuviera acariciándole la mano. La había soñado desnuda y llevando en brazos un paquete, acaso un niño; despertó espantada por la fealdad de ese cuerpo. Intentó moverse; dolor agudo se le ramificó en los pechos.

—No se mueva, hijita... Ya vuelve Martín.

No era Martín quien debía volver. Se le estranguló un grito, el techo del rancho se hundía. El portero del Excelsior Danieli la miraba con asombro. Las palabras de Tiburcia comenzaban a deshilarse y la trama se desintegraba brumosa. Deslizándose caía en alta catarata de algodón y lana. La muerte. Las caricias de su madre le llevaban muy lejos la piel de las manos; se dejó ir tras de ella, las manos de su madre se transformaron en las de Rafael.

La miró dormirse, caer en sopor. A poco de nacer, la nodriza se la había traído. Wilhem exclamó extasiado: «¡Es de mármol la pequeña! ¡Una diosa!». Tuvo miedo, como entonces. Quiso ponerle María de los Ángeles, pero Wilhem la anotó con el

nombre de la mujer desnuda. Cuando la tuvo en brazos, ya no se atrevió a tutearse con la madre de Dios, como deseaba.

XX

La aglomeración de vehículos volvía dificultoso el tránsito. Martín conectó la radio; a esa hora, solo funcionaba una estación, emitía continuos pedidos de auxilio. Un corto noticioso anunció que el terremoto abarcaba Pueblo Aranda y sus alrededores. El cálculo de los muertos lo hizo estremecer: Las dos terceras partes de sus habitantes habían quedado bajo los escombros. Su responsabilidad se transformaba en obligación. Las ruinas comenzaron a menudear. Ninguna oportunidad más tremenda. Allí estaba su prueba, como él deseaba todas las de América: los elementos y el hombre como principio y fin.

Costaba reconocer las calles; los escombros dejaban una franja serpenteante y los coches avanzaban dando tumbos. La gente vagaba con idiotizado estupor. Lloriqueando, un chiquillo rubio tironeaba de una viga; una muchacha lo miraba con mansedumbre, un costrón de sangre coagulada le cubría la nuca. Siguió, decidido a no escuchar ayes lastimeros, entremezclados con sirenas de las ambulancias de las ciudades y pueblos vecinos. En las puertas y portones que se mantenían en pie, leía mensajes escritos con yeso o ladrillo: «Estamos en la plaza», «Nos fuimos a Villa Atuel». Rasgos nerviosos, casi indescifrables, escritos en la oscuridad y la desesperación.

Bajo los árboles de la plaza San Martín, se iban reuniendo los sobrevivientes; con la carpa de un circo se había improvisado un hospital de sangre. Hombres, mujeres, niños. Las facciones desencajadas, emblanquecidas por el polvo, permanecían tirados en los canteros, temerosos de separarse o asombrados de estar juntos. Los conscriptos habían comenzado a remover los escombros de las manzanas vecinas y las enfermeras y ayudantas a poner inyecciones. Un alarido sobrepasó el ruido de las herramientas y las órdenes impartidas a gritos, una mujer se arrojó sobre un cuerpo recién rescatado.

Pudo abrirse camino hasta la carpa del hospital, cercada por ambulancias y mesas operatorias; le costó hacerse escuchar, el afán desordenaba, confundía. El recetario del doctor Shescow pasó de mano en mano, era imposible disponer de esos elementos sin autorización del jefe. Protestó en vano, faltaba la firma y sobre todo, el salvoconducto que le permitiría atravesar el cordón sanitario que rodeaba al Pueblo. Los minutos perdidos podían representar la muerte de alguien en la finca; la argumentación le pareció absurda, estaba rodeado de centenares de muertos. Ante un cadáver la gente se descubría, ante miles estos se transformaban en problemas técnicos.

Siguió al enfermero; papel en mano, voceaba el nombre del médico jefe. Estaría entre las ruinas del cine que habían principiado a remover. Un pelotón de zapadores los separó. Un grito pidiendo paso le hizo trepar en un montón de adobes. Junto a su mano, rozándole los breeches, pasó una camilla transportada por dos soldados. Un hombre tambaleante seguía a los camilleros; otro, que hurgaba ansioso, levantó la

sábana:

—Perdonen... Busco a mi mujer —balbuceó, dirigiéndose al hombre que volvía a cubrirla. Una mueca le quebró el polvo convertido en barro gredoso por el sudor.

No podía soportar más el papel de espectador; intentó ayudar al hombre. Una bota se le hundió entre los cascotes hasta apoyarse en algo blando y resbaladizo, tal si se enfangara. Al retirar el pie, lo envolvió un ronroneo de moscardones. No quiso mirar la bota, anduvo unos pasos sacudiéndola, tenía que haberla hundido en las partes blandas de un cadáver como decían los diarios. Los camiones y carretelas de los carniceros al salir del Matadero rojeaban bajo el entoldado, cuando se detenían igual surgían las moscas. El ronroneo de las cámaras cinematográficas para la televisión. Quiso indicar a un soldado dónde estaba ese cuerpo destrozado; era inútil, lo primero que le preguntarían, lo escuchaba a diestro y siniestro, en tono seco, apremiante: «¿Está con vida?». Necesitaban ocuparse de los soterrados, se rescataban muertos solo por error, ya les llegaría el turno.

Divisó el letrero del cine, retorcido y caído en arco sobre la calle; quedaba en pie parte del frente, el techo de cinc de la sala coronaba los escombros de las paredes derrumbadas sobre la platea. De los pasillos sacaban cuerpos mutilados y quejosos; un cordón de soldados contenía a curiosos o familiares. Le resultó imposible encontrar al enfermero. Una ambulancia hizo viborear a la gente y, con los empujones, fue a dar cerca de las cocinas de campaña de Un regimiento. Instintivamente, tendió la mano y recibió un jarro con leche y mate cocido; la boca se le llenó de saliva, no había comido nada desde el almuerzo del día anterior. Bebió de prisa. Por debajo del jarro pasó una camilla con un hombre, el pecho destrozado brillaba a la luz del sol. El contador de la Bodega le había pedido que enviara un telegrama a su familia. Las radioemisoras se ofrecían para transmitir mensajes gratuitamente. Podría haber esperado noticias de Diana con igual ansiedad. Abriéndose paso, preguntando con tono capaz de sacar del marasmo, llegó hasta el camión del equipo transmisor y lo entregó. Las cámaras, la insaciable curiosidad de la gente por lo trágico.

Una voz amable pero exigente le llamó la atención. Dándole las espaldas, a corta distancia, Alberto, las manos barrosas de sangre y tierra, el pelo alborotado, la ropa en desorden, como si hubiera hurgado sucios recovecos, interrogaba a un muchacho:

—¿Pero qué sentiste en ese momento?

Otra vez tenía quince años y la pregunta le estaba dirigida. Tuvo deseos de abrazarlo o de pegarle. Un monstruo, una gárgola de catedral gótica. Bastaría con burlarse soezmente de él, su inteligencia se paralizaría como una máquina demasiado fina usada en una tarea burda. Con tender las manos podría tomarlo de las espaldas, abalanzarse sobre él. Ismael le arrojaba el cuchillo a la espalda, después de la pelea en el chalet.

Cesó de zamarrearlo y de interrogarlo; el brillo de los ojos del chico se apagó. Con agilidad de yagüareté, Alberto saltó sobre un hombre que, oculto entre los

escombros y los restos de una pared, se apretaba contra el cadáver de una mujer. ¿Estaba muerta o se gozaban mutuamente, con esa pavorosa excitación provocada por el espectáculo de la muerte en los demás? ¿Se gozaban como constancia de la propia vida, como deseo angustioso de utilizar en el sexo, en su origen más lleno de placer, esta vida recuperada? No serían los primeros ni los últimos.

¿Pero que hacia Alberto, arrojado, tendido violentamente sobre el otro hombre? Lo descubrió forcejear, tironeaba con el antebrazo hacia atrás en un golpe de furca; las manos se aferraban sin poder levantar la cabeza del hombre incrustado en la mujer. Miraba la escena tal si sucediera en otro tiempo o en un plano diverso; le temblaban las rodillas, como la noche en que había visto pasar a Diana montada en su yegua a la carrera, rumbo al viejo chalet.

Alberto alcanzó, por fin, a desprender esa cabeza y torcerla; lo obligó a mostrar la cara morena. De la boca ensangrentada pendía un cartílago y un pedazo de piel que todavía conservaba la forma de la oreja. Entre el brillo de los dientes y el jugoso y nacarado de la sangre, alcanzó a distinguir un aro de oro y brillantes. Mientras simulaba llorar, había destrozado con los dientes el lóbulo de la oreja para robar la joya.

No había imaginado nunca —existían acciones que destruían o ampliaban las imágenes preestablecidas—, ver cruzar el puño de Alberto en un golpe feroz a la boca del ladrón, mientras gritaba:

—¡Bestia inmundada! —con furor que debía ocultar algo de insulto a si mismo, a su propia imaginación.

Arrastrándolo, pasó a su lado sin verlo, hasta lo empujó para abrirse camino. Tironeaba del cuello del saco barroso y ensangrentado, tironeaba con furor animal. Con movimientos en los cuales se mezclaban el rencor y el asco, lo arrojó a los pies de una patrulla de soldados; en palabras claras, pero con tono nervioso de repugnancia, contó al oficial lo sucedido.

Martín quedó inmóvil; necesitaba que alguien gritara su nombre para volverlo al plano de la realidad. La descarga de los fusiles sobre el ladrón fue la señal que lo puso en marcha. Imposible creer que Alberto había llevado a alguien a la muerte. Imposible, salvo el furor. Inclinando la cabeza, arremetió en dirección a la plaza. La tierra, la cal, el polvo de ladrillo y sudor: el Ángel volvía a su hornacina en la Fundamenta del Angelo. Venecia.

Por un altoparlante escuchó su nombre unido al de Shescow. Estaban terminando la carga del camión: el doctor Quesada echó un vistazo y prometió enviar un médico y enfermeras.

Guardó el salvoconducto y saltó al volante. Contuvo el movimiento en la palanca de cambios para dar paso: Alberto llevaba a una chica en brazos, la cabeza rubia y ensangrentada apoyada contra el pecho; avanzaba seguro de sí, los ojos enrojecidos, quizá hubiera llorado. La boca de Alberto desdibujada por la sangre; tuvo la sensación, la certeza total, de que él como un raro homenaje a la vida, la habría

besado brutalmente al rescatarla entre los escombros. Tendría que haber viajado en el primer vehículo de auxilio que llegó de San Rafael, para ver la gente en su propia salsa, en su propia sangre. Accionó la palanca. Tenía que hablar con Alberto, soltar esa última ancla de su adolescencia, dejarla enclavada en barro o en champas prietas de raíces. En otra forma, el agradecimiento podía ser una forma bastarda del rencor, de la humillación. El libro de La Bruyère, sobre la tapa de su banco de colegio: «Solo hay un exceso recomendable, la gratitud». Lo guardaba en su biblioteca regalado por Alberto: «Este libro no es mío, que te acompañe hasta el dichoso momento en que pueda dedicarte uno escrito por mí, en nombre de la amistad». Al dejar la estilográfica, con voz opaca, densa de emoción, había dicho: «Sabés, Tin, para bien o para mal, nuestro país es la tierra de la amistad y no del amor». El apodo Tin se lo había puesto él.

Dio paso a un camión en el cruce de la calle del cementerio; lo supuso lleno de bolsas de harina hasta que, por debajo de la carpa, divisó una pierna que, pendiente de la bombacha, se balanceaba como un péndulo. Ya ni siquiera le resultaba extraña esa estiba de cadáveres; se endurecía en la medida necesaria para obrar en el caos.

El calor desusado aplastaba la mañana otoñal. Aceleró sorteando coches y camiones cargados de ropas y comestibles, que avanzaban en sentido contrario. Precisaba saber de Diana y, después, volver a la finca para enterrar a su padre. Cesó de resistirse, la muerte de su padre solucionaría todo. Diana, sin embargo, era uno de esos seres capaces de escabullirse por entre los dedos de una mano cerrada amorosamente, y a quienes es necesario apretar fuerte aun a riesgo de lastimarlos. La tierra le daba ejemplo. Imposible creer, no obstante, que Dios o la naturaleza prepararan tales sucesos, que debían estar previstos desde el comienzo de la mecánica del tiempo, para servirlo. Entre los miles de hombres y millones de acciones a suceder en este tiempo del terremoto, les había tocado a las suyas coordinarse en trágica armonía. Solo Juan Lucero podría darle respuesta adecuada, siempre lindaba con el misterio. No pensó en otra cosa hasta que detuvo el camión ante la gradería. Pidió al contador de la Bodega que lo hiciera descargar. Entró seguido por Isidra y sus hijos, quienes habían permanecido largo rato ante la cancela sin atreverse a franquearla.

—Está mejor, duerme —susurró Tiburcia, adelantándose a su encuentro. Se miraron. A ella le costó callar la pregunta: ¿Qué te sucede?, ¿estás tan distinto!, en cambio, agregó—: Tenes que volver a tu casa, mamá está sola —quiso agregar algo sobre Rafael, pero no pudo.

Epifanio, con el auto de juguete en la mano a manera de explicación, se dejó caer sentado junto a la cama. La alfombra era más suave y mullida que el pasto del jardín.

Antes de que el camión se detuviera bajo el sol que caía a pique, Chino saltó a tierra. Martín quedó sorprendido al encontrar casi intacta la parte más antigua de la

casa, la construida con grandes adobes.

—Están allí, joven —señaló Chana en dirección del comedor.

En el centro de la pieza, y sobre caballetes de monturas, reposaban los dos cajones. En el más grande, el de las herramientas usuales, debía estar su padre. Se volvió al escuchar los pasos de abuela. Las ojeras, hundidas a tajo al igual que las arrugas que partiendo de la base de la nariz se apoyaban en arco sobre los labios, la envejecían más. Al abrazarla, sintió que se desmoronaba esa templada masa de nervios, pero la voz apenas tembló al murmurar: ¡M'hijito! Perturbada a su pesar, se dirigió hacia una de las cuatro palmatorias que escoltaban a los cajones y desprendió el cuajaron de estearina. Sus actitudes tenían un dejo de pausada teatralidad, debía ser la costumbre y el ritmo del desaparecido estrado, la exposición permanente de una conducta.

—Ya está todo dispuesto, Martín. Esta tarde tendrás que llevarlos.

Se acercó al cajón de las herramientas; abuela contestó con un movimiento afirmativo. Tuvo deseos o curiosidad, no supo distinguir, de mirar a su padre por última vez; saber lo que podía llevarse de sí mismo. Tanteó la gruesa tapa, estaba clavada. Retiró la mano con rastros de cal. La última vez que había tocado a su padre fue en la estación, un abrazo a medias para no marcar diferencias.

Quedaron en silencio, sentados junto al ventanal con sus vidrios rotos, hasta que Chana vino a cuchichear al oído de la señora.

Pellizcaron apenas el almuerzo en el antecomedor. El tazón de café ahuyentó la modorra de Martín; creyó haber velado innumerables muertos. Las paredes descascaradas mostraban grietas oscuras en los adobes. La mansedumbre de esas llagas apaciguaba, en comparación con las violentas de la carne humana.

—Abuelita, sería más seguro que usted se fuera a casa de —dudó un instante y continuó con firmeza— de Diana. Yo me encargaré de todo aquí.

Al escucharlo, cesó el cabeceo.

—No, Martín. Aquí está mi lugar. En esta casa me dejó mi marido, y aquí han de volver todos los que Dios quiera. No es la primera, ni ha de ser la última vez que volvamos a levantarla... —hizo una pausa y añadió con lentitud—: Yo noto que todo está cambiando, Martín. Mi quehacer está terminando, lo hice de la mejor manera que pude. Esta casa y todo lo que la rodea no lo hemos hecho con nuestras propias manos, pero sí con la mente y el corazón. Lo verdaderamente importante, Martín, es que conserves el amor de la gente humilde. El día que pierdas ese amor, siéntate a meditar. Ellos no saben pensar, pero tienen algo muy precioso: el sentimiento. Ellos pueden equivocarse en años, nunca a través de los siglos... Yo sé que sos un revolucionario, un progresista o como quietan llamarlos. En mi tiempo, les llamaban ácratas, anarquistas, socialistas y eran horribles palabras; pero las palabras, como los cuchillos, se gastan; se mellan y ya no significan lo mismo. Solo «ellos» quedan. Está bien que vayas adelante; siempre es bueno tener una potente locomotora, también con buenos frenos para la pendiente que siempre sigue a todas las cumbres. Pensarás que

soy una vieja que chochea, pueda que lo sea... Lo triste es que cuando aprendemos cosas a fuerza de experiencia, ya no nos queda aliento para aplicarlas.

Como si algo inexpresable físicamente los uniera y separara al mismo tiempo, las palabras transformaban la casa, la finca y su gente en un ser que terciaba con su presencia.

Isauro entró y quedó a la espera, intimidado por el silencio.

—Podés retirarte a descansar. Después de la siesta, el joven Martín decidirá.

Martín dio un cabezazo y se enderezó en el sofá Juana y su hija rezaban arrodilladas. El reloj, desnivelado por el terremoto, se había parado a las 9 y 10 inquieto miró el suyo: las 5 y 15 de la tarde. Se puso en pie. Abuela comenzó a leer en el devocionario con tapas de carey una oración para los difuntos. La terminó con un Ave María coreado por todos; la de Segundo Varela sonó a voz de borracho.

Las manos de Martín se afirmaron en la madera sin cepillar de las tablas del fondo. El cajón de su padre era más pesado de lo que presumía, trastabilló en la escalinata. Era como tomar parte desusada en una mudanza, o llevar las herramientas para que el herrero las encabara o afilara. Un nuevo rastro de cal en las manos.

Ismael trepó a la parte posterior del camión y quedó en pie junto al cajón de Felisa. Segundo lo imitó y, tambaleante, fue a acurrucarse cerca del de su patrón. Isauro y Benigno se ubicaron en la cabina al lado de Martín. Desde el callejón, divisó a abuela inmóvil entre los restos de la balaustrada; las demás mujeres la rodeaban guardando distancia, distancia de personas.

El olor de la carne quemada todavía le amagaba náuseas. Por mucho tiempo no volvería a comer asado sin recordar esa parva de muertos, a la cual vio rociar con nafta y prender fuego. No podía concentrarse en la tarea de enterrar sus cajones en el cantero de césped que rodeaba la bóveda familiar. Lo asediaban los gritos de ese chico que imploraba lo dejaran buscar en la pila el cuerpo de su padre. Rogó hasta que, escurriéndose entre el cerco de soldados, con zarpazo de bestecilla, se prendió a un cadáver; le ayudaron a retirarlo, se abrazó a él llorando acongojado. De su padre solo pudo recordar las palabras dichas junto al cajón de su madre: «¿Hasta cuándo vas a llorar como una mujercita?». Se estremeció, ¿qué palabras dejaría él grabadas a sus hijos? Los padres de ahora jamás debían pensar en esto, creían no tener tiempo; los de antes meditaban las que dirían en el instante final. No era estúpido hacerlo, menos teatral; sí medir la importancia del trance.

Urgido por el deseo de estar con Diana, dejó a los peones en la puerta del callejón de la finca. Mientras los otros se alejaban, Ismael quedó en silencio, mirándolo a los ojos; cuando intentaba hablar, Martín le tendió la mano. Se las estrecharon sin decir palabra.

Las ruinas, desperdigadas entre el verdor, opaco por el polvo, de árboles y viñas, componían un paisaje absurdo, lunar. Conservó la mayor velocidad permitida por la trizaduras y fallas del camino.

La caída del sol y su frescor hundían la tasa en letargo de agotamiento. La tierra misma estaba exhausta los temblores se espaciaban cada vez más y disminuían en intensidad. Dos enfermeras y tres hombres de guardapolvos blancos recorrían las piezas; los heridos dormitaban en camas de la más variada procedencia, y hasta en colchones en el suelo. Subió la escalera contagiado por el sueño, los tobillos se le aflojaban. Desde la salita divisó a Diana respirar acompasadamente. Tiburcia roncaba en la reposera y Epifanio dormía ovillado en un butacón. La miró hasta que los párpados le ardieron; no podía mantenerse parado, se dejó caer en un sillón.

—¡Todito el vino de los toneles de la Bodega si'había derramado! ¡Corría por las cequias que daba gusto! —Segundo acarició la damajuana, quiso reír, pero los ojos se le quedaron duros y vidriosos, como untados con baba de caracol.

—¡Apagá el fuego antes de dormirte! —gritó Ismael, terminando de tender la cama en el corredorcito, para estar listo si se repetían los remezones. A la distancia, en la galería del sur y a la luz de un reverbero, divisaba el blanco tendal de las mujeres, Chana entre ellas. Tendría que casarse y ocupar con ella la casita del tomero del canal. Se lo diría a Martín. Era como si nunca se hubiese acostado con Diana, un mal sueño. Dejó de quitarse las botas domingueras puestas para ir al cementerio y gritó:

—¿Di'adónde te la chapaste? —De un manotón, arrebató la libreta de tapas negras que sobresalía en un bolsillo de Segundo.

—¡Ahora es mía! ¡Mía! —chilló el peón, intentando recuperarla—. ¡Tiene mi señal! ¡Yo mismo la puse!

Ismael lo volteó de un empujón.

—Si es mía, Ismael... ¡Démela, pues! —rogó.

—Don Martín ha de ser quien decida. ¡Y dormite, borracho de porquería!

La guardó en el bolsillo de la bombacha, antes de envolverse con la manta y el poncho. Ya estaba llegando el viento del sur.

¿Don Martín? Segundo repasaba el nuevo tratamiento, Quedó un rato mirando como se metían las llamas en el tronco transformado en rojo espinazo de brazas, luego, se puso en pie. Tartamudeó tambaleante:

—Sí, pues, Don Martín... Mi patrón no quería que naidas le ojeara la libreta. Yo no quise recibir la plata, ¡se lo juro Don Martín! ¡Para eso está mi señal! Esos servicios no se hacen por plata... No, pues, Don Martín. Y uno está para la voluntad del patrón... Así es, no más —terminó, curvándose en una risita aguda.

XXI

Tiburcia removió los leños de la chimenea y colgó el atizador con suma precaución. Wilhem le había dicho: «Cuida mucho esta chimenea, perteneció al castillo de Nebrezé». Recuperaba y cumplía los encargos de su marido para no sentirse desorientada; había borrado los de Rafael.

—Yo no puedo dejar sola a tu abuelita —hondo suspiro la conmovió—. ¿Entonces, no me necesitas más?

—No es eso, pero te necesito menos que... tu madre, con sus años —contestó Diana.

Tiburcia recorrió con la mirada los muebles del dormitorio, la cama de bronce con el encopetado dosel, los cuadros; todo eso que su marido había elegido casi sin consultarla: «¿Verdad que te gustan?». Siempre estuvo más cómoda en su pieza de soltera, con los viejos muebles de caoba, simples y oscuros, ubicados en el mismo sitio desde que recordaba. El reloj de porcelana y bronce, con sus figuras casi desnudas —a la mayor le había puesto una guirnalda de florecillas artificiales para cubrirle los pechos—, dio cuatro toques atiplados.

—¡M'hijita, la está esperando el arquitecto Luvié, y ya sabe que es de pocas pulgas! —Se miraron indecisas un instante—. Ya hablaremos esta noche más largo. ¡Váyase y acuérdesse que tiene que ir a buscar a Martín! —se había prometido no llorar con tanta facilidad; nerviosa le arregló los pliegues del pañolón que le servía de cabestrillo—. ¡Cuídese y no haga tantas sandeces para ayudar a esos flojos, que vaya a saber con qué indiada le van a pagar! —Trató de sonreír; Diana le rozó la mejilla con un beso—. ¡No se olvide de las recomendaciones del doctor Shescow! ¡Abríguese y no se ande trepando en los andamios como gato de albañal! —alcanzó a gritarle, usando ese tratamiento de usted que le sonaba mimoso.

La vio alejarse en su auto acompañada por el arquitecto. La Casa estaba llena de planos. Tozuda como Wilhem. El escribano Flores se quejaba por los «despilfarros» de esta reconstrucción, por esos préstamos a quince años: «¡Te crees que sos el Banco Hipotecario Nacional!». Alzó los hombros. Mientras no la viera vender un palmo de tierra, todo andaría bien. Su noción del dinero se había reducido, desde el desgraciado accidente de su marido por causa de esa mula resbaladora, a firmar cheques. ¿De adonde que su marido era medio loco? Si todos los raros fueran locos el mundo sería un manicomio. Wilhem le había regalado su primera libreta de cheques; cuando le dijo la suma hasta la cual podía llegar en esos papelitos, casi le dio un soponcio. Nunca los había utilizado mientras él vivió. Luego, salvo los préstamos a Rafael, siempre hay un buey corneta en las familias, el regalo del automóvil a Martín, y la construcción de la capilla del Pueblo, no recordaba haber firmado otros cheques grandes. ¡El espanto de olvidar cómo había firmado en la «muestra» y el rubor de que le devolvieran un cheque! Averiguar el saldo de su cuenta corriente podía parecer desconfianza para con Flores o para con el gerente del Banco de la Nación, que era

tan atento con ella. Sonrió. Flores alzaba las manos al cielo: «¡Tu hija me vuelve tarumba! ¡Ya tengo la cabeza más revuelta que maleta de loco!», «¡Y qué querés, no va a dejar a esos pobrecitos al descampado!».

Sacó del bolso un tejido; ya llevaba hechas como catorce tricotas, entre grandes y chiconas, para los «damnificados». Ahora todos se ocupaban de ellos, hacían colectas, bailes y kermeses de beneficio, pero antes del terremoto les daba lo mismo que anduvieran andrajosos y al relente. La gente era mucho más rara que su marido. Tejer era lo único que le permitían en esta casa; cualquier otro quehacer se lo quitaban de las manos como si fuera una baldada. De poco y nada servía su presencia. Diana se levantó apenas convaleciente y desoyendo los consejos y las órdenes del doctor Shescow, que si no fuera un santo sería, también, bastante raro. Se le escaparon otros puntos, pero logró callar la palabrota que en esos casos soltaba la Juana. Aunque el cura también las largaba. Lo que no podía creer era lo que decía esa presidenta de la Acción Católica, de ¡que el Papa Juan XXIII había sido comunista! El mundo sería más que un manicomio. Le preguntaría a ese pariente lejano que era general; ellos sabían quién era comunista o no. Mordiéndose la lengua recogió los puntos. Diana la dejaba sola todo el día y regresaba morada de frío y sucia de mezcla o polvo de ladrillo armado. Inútil argumentar, su hija, igual que Martín, daba tantas vueltas a las palabras que solo le quedaba por reconocer que ellos tenían razón. Luego de persignarse, le pediría a Martín que le explicara, muy en secreto por supuesto, qué era eso de comunismo. Un día, en la Bodega, había mirado muy atentamente al Vega de la bicicleta plateada y no le había notado el menor olor a azufre del demonio; tampoco al doctor Marietti, que tenía un auto muy lindo y mas viñas que todos los Aranda juntos. Además, no podía entender por qué Diana se negaba a casarse con Martín, como le parecía muy claro que sucediera y estaba arreglado así desde que eran unos pergenios. No todos los hijos de primos salían tontos, ahí estaban los Espíndolas de ejemplo. Si la gente meditara menos, las cosas andarían mejor. Antes, las cosas se hacían a ponchazo limpio, bueno... tampoco andaban muy bien. Diana le había dicho a ese vanidoso de Alberto Aldecua: «Lo tremendo de tu tiempo es que los palacios subsisten, aquí, en Leningrado, en Roma o Pekín, y ya no viven en ellos señores. Los nuevos se marean de vanidad. Es muy difícil saber vivir en palacios; se hereda, es cuestión de temperamento. O es necesario destruir los palacios, por hermosos que sean». «Nadie se atreve a crear un mundo en verdad nuevo», le contestó él. No los había entendido, pero tuvo el mismo espanto de cuando esa bomba atómica cayó sobre una ciudad japonesa. Cuando la gente hablaba así, le temblaban las manos, como si se le hubiera caído su hija cuando era un rorro. La gente era muy rara.

Comenzaba a oscurecer. A la ligera, como si Diana tuviera prisa por terminar, habían recorrido las obras. No pudo negarse a la propuesta de llevar al arquitecto a su casa; Martín, que los había asesorado en la reconstrucción de una cremería, ocupó el volante. Por primera vez, estaban solos en los dos meses pasados después del

terremoto. La cabina del automóvil era un lugar neutro, las voces se volvían apagadas y cálidas por la obligada cercanía de los cuerpos. Martín tendría que hacerle la incómoda pregunta.

—No, todavía hay luz —contuvo la mano de su primo que se dirigía hacia el botón—, me gusta ver cómo llega la noche. El paisaje parece una de esas orugas negras que se enrollan para dormir —la voz se le ahogó insegura, Martín la miraba.

Volvieron al silencio. Pese a las tareas de la finca y las engorrosas y absorbentes de secretario de la Comisión Provincial de Reconstrucción, no había dejado un día sin visitarla durante el mes que pasó en cama. Al reparar en la corbata de luto lo había interrogado con la mirada, segura de la respuesta. «Mi padre». Le rogó que la dejara sola. Ya lo sabía, lo había presentido. La piel se le abría, quedaban al aire músculos y nervios, sin dolor, anestesiados. Sin apoyo; la mano que golpea es símbolo de que existe erecto el golpeado. Rafael nunca la había tocado con su puño. Su puño reposaría verdoso o morado, podrido a medias en el cajón; no quería saber cómo era él cajón. Si Rafael la hubiese golpeado, si ese puño no se hubiera contentado con sujetar su mano y la fusta, quizás no estaría pudriéndose en el cajón. Habrían huido juntos. Nada más que un golpe; los hombres no sabían que hay un momento en el cual solo existe un argumento valedero, un golpe. Golpear era la primera y última razón del hombre con la mujer. No hubieran huido, Rafael no sabría ser nada lejos de su tierra, hasta en lo negativo era parte física de ella. Respiró un aire distinto. Ni apoyo ni angustia de encierro. Buscó en derredor, necesitaba reponer la sensación de atadura, de ligamento. Ningún deseo ni necesidad de llorar, ni desesperación. ¿Qué era, entonces, lo que la unía a Rafael? Tenía que existir, existía, algo más fuerte y tremendo que el simple y manso amor de Martín. Rafael era parte de su propio cuerpo que se desgaja. No se podía llorar por una parte de su propio cuerpo que se desgajaba; no se puede llorar por una parte del propio cuerpo, no tiene entidad. Cuando más, anonadarse de haberla perdido. Liborio, el peón de la Bodega, ante su brazo perdido.

Nadie había vuelto a mencionar a Rafael. Flores quiso contarle lo sucedido y ella lo cortó con un «Ya lo sé todo», que por el tono probaba lo contrario. Se entregó a la tarea de reconstruir como si precisara que esta le impidiese pensar, o para demostrar que era capaz de hacer tanto como los otros, o más, si le daba la real gana. La real gana era una expresión que habían conservado los Aranda, su canon. Alberto le había preguntado con ironía: «¿Supongo que ahora te irás a Europa, a reponerte, mientras te arreglan tus vitrinas y tus artesonados? Hasta podrías quedarte entre tu gente nórdica; allá no tendrás terremotos de países subdesarrollados». Aún le sonaba el retintín con que había pronunciado los posesivos; debía estar envenenado por la necesidad de ganarse la vida en un empleúcho, de aguantar a mediocres como jefes. Y sobre todo, de haber renunciado a entrar en el primer escalón de la carrera diplomática, por no firmar su adhesión al peronismo; sus amigos que lo aconsejaron: uno, el nacionalista, ya era ejecutivo de una compañía yanqui, y al que aceptó firmar, la revolución

libertadora lo ascendió a consejero de embajada. Puesta en su lugar, a ella le sucedería otro tanto; sin embargo, lo miró despectivamente y tuvo necesidad de decirle: «*Tu gente...* Ustedes, los que están aprendiendo a pensar, se pasan angustiados preguntándose *qué son*. ¡A mí no me importa! Yo puedo pensar en castellano, sueco, inglés o francés, pero, quizá lamentablemente, sí, quizá, yo sé que no soy europea total. Es irremediable. Todo mi cuerpo está impregnado por el olor de esto, de esta tierra y, quizá, me guste. Yo soy, también, esta tierra híbrida. ¿Cuándo lo vas a entender?». ».

Maquinalmente contestaron el saludo de un peón de la finca; regresaba seguido en fila india por la mujer y tres hijos: una chorrera de aceite de máquina sobre el cemento del camino. Diana contuvo el intento de llevarlos, aunque la presencia de ellos evitaría cualquier conversación íntima, por temor de que ensuciaran el auto retapizado. Era ridículo y mezquino el fin que la guiaba en esa reconstrucción. Soslayo a su primo; a él debía resultarle simple y armoniosa la agotadora tarea, quería románticamente a esa gente. A ella, «el amor al pueblo» siempre sé le había antojado una frase interesada o temerosa. «¡Vos y tus progresistas, los rencorosos y los resentidos!», le había gritado a Alberto. No le contestó palabra, la miró con una especie de pena infinita, como un inmenso amor que no fuera correspondido.

Los ojos fijos en el camino, Martín sintió la mirada; se había acostumbrado a percibir que la mirada y la voz de ella lo tocaban físicamente, con algo de mano infantil. Contempló la alta y pareja alameda, la tierra aguardaba inmóvil. Encendió los haces de luz.

—Abuela quiere hablarte —dijo con serenidad; continuaba sus pensamientos.

Diana achacó el tiritón a los inesperados chorros de luz. Empleó un tono parejo:

—La veré muy pronto, cuando termine con las obras.

—Estás equivocada respecto de ella.

—Puede que las dos hayamos vivido equivocadas, eso es muy común entre las mujeres....

—Del mismo temple —terminó Martín, marcando la palabra final que le sonó desusada.

Sostuvo la mirada de Martín, alerta para descubrir el menor indicio de ironía; tenía en los ojos esa honradez que la desazonaba. Siguió en silencio artificioso. En el pórtico del parque, Martín no pudo contenerse:

—¿No te parece que me debes una explicación?

—Sí, Martín. Cuando terminemos la tarea, ya tendremos tiempo para hablar, vos, yo y la abuela —no le costó la respuesta, la tenía estudiada si no en las palabras por lo menos en la sensación que experimentaría. Deseó agradecerle por haberla salvado. Nunca habían hablado de esto, las palabras resultarían huecas en relación con el hecho. Martín era incapaz de reclamar algo o alguien por causa de agradecimiento; ni ella concederlo. Sería un acto fuera de su clase, aunque comprendía que a menudo otorgaba, por orgullo, virtudes que su clase no poseía.

Martín no podía dormir, aunque estaba en pie desde el amanecer. Debía enfrentar los tejemanejes de la politiquería y de quienes buscaban sacar partido en la Comisión de Reconstrucción; lo enardecían. La política y la politiquería. Revoluciones, golpes, cuartelazos: el mal latinoamericano y africano. «Nosotros somos los culpables, había dicho Alberto; solo enseñamos una historia de hechos militares, la historia de la fuerza. Hemos terminado por transformar en santos a los generales, y el pueblo se vuelve hacia ellos, en los momentos de desesperanza, implorando ¡un milagro! Santos tutores o curadores de países subdesarrollados. Menos mal que todavía no matamos presidentes, como en los Estados Unidos...». Le asombró, ya no le molestaba repetir ideas o palabras de otros, acaso, porque había realizado cosas y estaba más seguro de sí.

Se levantó y buscó en el cajón del escritorio los planos de su fábrica de aceite; no los había tocado desde el terremoto, pese a que el jefe de la estación le había anunciado la llegada de la maquinaria. Le quedó en las manos la libreta de su padre, que le había entregado Ismael. Le asombró haberla olvidado por completo, casi como a su dueño. La hojeó con la simple curiosidad de entrar en el cuarto de un desconocido. Le llamó la atención el nombre de Tiburcia; leyó una fecha y, a continuación: «Préstamo de Tiburcia: \$ 1 125 000», más abajo: «Pagado a A. A. B. en el Club: 1 096 000. Mala suerte». Las anotaciones se repetían en diversas páginas, solo variaba el monto o las iniciales de las personas, en las cuales descubrió, por fin, las de casi todos los amigos de su padre. Le pasmó comprobar la cantidad que en los últimos cinco años había perdido, en préstamos de Tiburcia. Revisó otra vez las hojas, ninguna tenía más de dos o tres anotaciones referentes a negocios o tareas de la finca; salvo algún corto comentario, nada íntimo o personal, como si únicamente hubiera vivido para el juego y la administración. Ningún nombre de mujer.

En una de las primeras hojas le extrañó leer: «Gratificación a S. Varela: \$ 100 000. Recibí conforme», y una cruz toscamente trazada en lugar de firma; más abajo: «No quiso guardar la plata, devuelta en la fecha. Fiel como un perro». Cerraba la página la firma de su padre, que se repetía a menudo con amplia y pomposa rúbrica. ¡Por algo Segundo Varela reclamaba esa libreta! ¿Sería posible que su padre hubiera intentado ser generoso con alguien? Le devolvería la página y le daría el dinero al peón.

Cerró la libreta y volvió a la cama. A Suiza le había girado sumas irrisorias para el bolsillo. De no ser por Tiburcia, que se ingeniaba en hacerle llegar dinero para el cumpleaños, el santo, Navidad, Año Nuevo y hasta las fiestas patrias, apenas le hubiera alcanzado para el franqueo de la correspondencia. Se tiró de espaldas y apretó los puños. Era absurdo maldecir a los muertos. Algún día devolvería ese dinero a Tiburcia, peso a peso ganado por sí mismo, página a página de la libreta.

La casa, a medias reparada, dormía. A través de las gruesas paredes creyó escuchar el aliento acompasado de abuela o, quizá, el crujir de las raíces de los

árboles bajo la tierra helada de principios del invierno. Todo podía suceder en el silencio de la finca. Entre Tiburcia y él quedarían esas páginas de la libreta del muerto, que algún día llegaría a ser, en la solemnidad de su retrato, el abuelo o el bisabuelo muerto en el terremoto. Lo demás era cuestión de Dios. Ser hombre debía reducirse a tomar a su cargo las tareas de los débiles. Diana volvió a ocupar sus pensamientos, lo único que en verdad le importaba.

El obispo Fontana, en su visita anual de las confirmaciones, ocupó la otra cabecera de la mesa; lejos de él y de ella misma, Alcira ubicó a la secretaria de monseñor y al familiar. No tenía derecho a pensar mal. Marta y María con Jesús; pero todas las innovaciones en religión la tornaban inquieta, nerviosa. No admitía variaciones en lo que debía ser permanente. Además, estaba probado que con el obispo no podía entenderse bien. No era una sotanera, y él se hubiera sentido más feliz, más apostólico, comiendo en la casa de un contratista de la viña o de un peón, en lugar de este mundo en el cual había nacido; porque mal que le pesara no era un obispo del pueblo. Tenía las manos muy blancas, muy finas: manos de cura ciudadano acostumbradas a casullas y ornatos de seda y oro. Jugaba distraídamente con los pesados cubiertos de plata que lucían sus iniciales de soltera.

—Pienso en la gente que no tiene qué comer y se me cierra el estómago —dijo, con tono apagado.

—Desde hace mucho tiempo debe sucederle esto, monseñor —contestó Alcira casi en el mismo tono, tal si se tratara de un paso de comedia.

—Sí, señora, desde el comienzo de la humanidad y de mi humanidad, pero esto no quita que me resulte imposible acostumbrarme.

—Sí, desde luego, monseñor, ¿pero nuestra obligación no es conservar lo que el Señor nos da?

Martín los contempló; sus piernas realizaron un involuntario movimiento de expansión, de comodidad. Sí, a veces, podía permanecer cómodo, hasta ceder al entusiasmo, entre sus amigos —mejor dicho conocidos, esto había aprendido a distinguirlo en Europa— pequeñoburgueses, como los de la Junta de Reconstrucción o sus antiguos condiscípulos que jugaban a políticos marxistas; y hasta le complacía mezclarse con ese pueblo que Alberto Aldecua le había enseñado a querer, acaso como una faceta nueva, al menos en apariencia, del paternalismo, de la antigua protección patriarcal; pero, de pronto, descubría, con fastidio y mezcla de repugnancia, que poco y nada tenía de común con esos burguesitos que aparentaban lo que no eran, que siempre deseaban aparentar, aun cuando se codeaban con el pueblo. En el fondo se sentían ufanos de que él les concediera su amistad o relación. Todo el país de clases inseguras aparentaba lo que no era. Sentía, entonces, deseo de quedarse entre los viejos y sólidos muebles de su abuela; escuchar esas viejas palabras que para él eran verdad archisabida, la verdad de su gente. Sentía deseos de

sumergirse en eso que la gente llamaba tener clase, sin entenderlo ni apreciarlo realmente. Al fin su gente sabía desde siglos lo que era y deseaba ser, aunque esto fuere injusto. Ni él pertenecía a ese mundo de mediocres semintelectualizados, con ideas sorbidas en revistas de aprendices de sociólogos; expresiones y prejuicios de estrechos comerciantes yanquis que se imaginaban progresistas. No entendía por qué le brotaban, de improviso, estas reacciones.

Monseñor Fontana paseó la mirada en una larga pausa.

—Sí, señora, pero ya está escrito en la Encíclica: «No hay razón para reservar en uso exclusivo lo que supera la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario».

Martín miró a «la Marta del obispo»; no había prestado atención al nombre en la presentación. Ella no había soltado palabra, como no fueran las de estricta cortesía; debía reservarse para contestar los insidiosos ataques femeninos. No corría peligro, Tiburcia solo se atrevía a mirarla de reojo. Le hubiera gustado asistir a esa comida del obispo, su secretaria y el familiar en casa de Diana; para Fontana debía ser una especie de visita a la Magdalena y, como era bastante ingenuo en las relaciones sociales, debía pensar que con la ayuda de Dios podría volver al redil a su anfitriona. Diana le había regalado ya el dinero para un taller obrero y para una capilla en Negro Quemado, todo con una sonrisa. Lo más probable sería que en esta visita, luego de apadrinar a cuantos chicos se le ocurriera al obispo, hablarían de porcelanas y cuadros, de lo que ambos raramente podían hablar. Miró esa cara maciza, tosca, nariz muy fuerte tanto como las mandíbulas, una cara pintada por Masaccio; la gente del siglo pasado diría que sus facciones revelaban energía y carácter. Al escuchar esas palabras, su padre habría saltado en defensa del «privilegio», del derecho al uso y abuso de la propiedad; por suerte, se repitió, había muerto. Hubiera terminado por odiarlo o despreciarlo. Sorprendió una mirada de «Marta»; como si destripara un muñeco, descubrió que no había nada íntimo entre ella y el obispo; podría ser, además de la devoción de un ser humano por otro más fuerte e inteligente, una especie de desafío a la maledicencia. Salvo que ella fuera lo suficientemente astuta como para fabricarle una mirada destinada a ser sorprendida por él.

—Quizá, usted, señora Alcira, se escandalizara si le comparo la misa con las huelgas; sin embargo, ambas expresan un sacrificio: el de Dios en la misa y el de los obreros en las huelgas.

—En mi época, solo nos enseñaban el catecismo.

—Su casa, su mundo, su catecismo, me parece un bello pero muy antiguo cuadro, muy antiguo...

—¿Anacrónico, monseñor? —el tono puede que fuere involuntariamente seco. Ella no podía admitir que le impusieran la generosidad, menos la justicia.

—En el Concilio se ha dicho: «Dios ha destinado la tierra, y todo lo que en ella se contiene, para uso de todos los hombres y de todos los pueblos. De modo que todos los bienes creados deben llegar a todos en forma justa, según la regla de la justicia

inseparable de la caridad».

—Sí, un mundo injusto pero hermoso... —Ante el obispo se dejaba arrastrar por el deseo de oponerse a quien como su pastor tenía mando sobre su conciencia.

—El gran pecado de nuestra clase, mejor dicho de la clase a que pertenecí, es el orgullo, un orgullo capaz de matar la justicia. Del, Galileo hemos hecho un Dios «a medida», como uno de nuestros trajes de gala —con un gesto indicó que el diálogo estaba terminado.

Esto era lo que ella no admitía en los curas. Comprendió, sin embargo, que por una cuestión de forma había renegado de lo que pensaba en esencia: otra medida del orgullo.

Al terminar la frase, luego de solicitar la aquiescencia de Alcira, se incorporó con un susurrado *Deo gratias*.

Cuando monseñor Fontana se fuera de la finca, jamás se volvería a hablar de lo expuesto por él. Debía parecerles desmesura, escozor de conciencia. Tampoco se diría palabra de Marta, salvo cuando llegaran visitas de mujeres. Alcira miró con fruición los hermosos objetos que la rodeaban, la sólida casa. La caridad, con su viejo sabor de virtud teologal, bien podría atemperar la justicia.

XXII

El aire diáfano, helado, marcaba netamente seres y cosas.

—No he de saber nunca cómo pagarle —dijo Isidra, la voz opaca y mirando extasiada la casita que ocupaba el lugar del rancho. Incontables veces había recorrido las tres piezas, tocando, abriendo y cerrando los muebles.

—Nada tienes que agradecerme —cortó Diana.

—Yo, señorita —dudó bamboleando la cabeza gacha—, tengo que demandarle disculpas por lo que aquí mismo le he dicho.

—Hiciste bien —insistió firme, molesta por la presencia de Martín.

—¡No, no señorita! —tal si no encontrara otra forma de expresar sus sentimientos, señaló las cepas atadas a los pilares—. El Epifanio y yo hemos puesto estas cepas de uva moscatel, las otras estaban quemadas...

—Está bien —cortó. Le resultaba imposible soportar ese agradecimiento. «¡Es igual que sus parras! ¡Solo sirve para revolcarse!», esas eran las palabras que necesitaba de ella. Y los inferiores debían existir para procurar lo que continuamente precisan los superiores, otra conducta los tornaba inútiles. Escapó a la mirada interrogante de Martín. Las ideas se le confundían, prefirió creer que estaba exhausta por esos meses de curación y trabajo agotador—. Vamos, Martín, se nos hace tarde.

—Para el verano que viene le hemos de llevar los primeros racimos —agregó Isidra, en la puertecita del cerco.

—Para entonces, ya no estaré aquí.

—¿Es dende veras, pues?

Asintió con seco monosílabo y se dirigió hacia el auto.

Isidra los miró alejarse. Quizá si hubiera estado Epifanio otra cosa habría sido. Era verdad que esa mujer le había causado mucho daño, pero, también, le debía mucho de bueno. A Rolón le gustaba empinar el codo y andarse por los ranchos con mujeres en las oscuranas, esto era bien sabido de todos. La cara ajada se le iluminó; echó a correr. Respiró aliviada al recordar que todavía no había sonado la sirena de la Bodega; Don Conti, el contador, la ayudaría.

Arrebujándose con el tapado de piel, Diana miró el reloj del auto.

—Tenemos tiempo, todavía. ¿Podríamos ir al río? Quiero hacerte una consulta.

Martín aceptó con seco movimiento de cabeza. Diana calló para evitar el estallido forzoso; su resolución de alejarse se había afirmado a la par que la tarea concluía. Las manos de Martín se crispaban al volante. Por el arquitecto Luvíé, Diana sabía todo lo que Martín había hecho en el pueblo y en su fábrica. Extraería aceite no solo de las aceitunas sino de las semillas de uva, el sobrante serviría de combustible y las cenizas volverían al campo como abono. «Tu primo vale; tonta si lo dejas escapar», le dijo su padre golpeándole la frente con el índice. Otra vez, mientras se paseaban tomados del brazo en el parque, se detuvo mirándola a los ojos como si adivinara sus pensamientos: «Tú vas a necesitar un hombre, ¡un hombre de verdad!»; pronunció tan

fuerte la palabra que a ella se le representó la imagen de Rafael.

—Te hará bien aprovechar el ratito de sol que nos queda —dijo Martín, al detener el coche cerca del puente. Miró esas ojeras palpitantes en su transparencia de tela de cebolla, lo enternecía comprobar cuánto se había afeado desde el terremoto.

Caminaron hasta quedar entre el palerío desnudo de los árboles, el entrecejo apenas fruncido por el sol invernal que, al hundirse tras la Cordillera nevada, daba tonos azules al paisaje.

—Haré plantar un cuartel de uva francesa, ¿te parece bien? —contemplaba la tierra arada que antes ocupaba el chalet y los viejos frutales. Aunque le hubiera costado poco arreglarlo, había demolido el edificio; regaló todo, salvo libros y discos.

—Sí, es tierra de vocación vitícola. También puedes aprovechar las lomadas ripiosas; en Lugano vi —se cortó al no divisar el palomar—. ¿Cómo, la torre, también?

—No, el pacto lo rompió el terremoto. Yo solo hice quitar los escombros. Quedan muy lindas esas viejas torres entre las viñas, como en la Loire, en Francia —cesó de hablar sin saber por qué. Estaban unidos y separados por lo mejor de ellos mismos, dos engranajes aparentemente disímiles que solo encastran en el instante de repelerse—. Vamos, abuela ya nos estará esperando —agregó nerviosa, tratando de esquivar la mirada de él.

Quedaron enfrentados en el estrecho sendero, Martín no cedió paso; los músculos se le agarrotaban, el mínimo fruto posible de esa lucha entre su voluntad y su instinto. Si permanecía firme, enhiesto, Diana vendría forzosamente a sus brazos.

En la poco usual postura de Martín, comenzó a traslucirse otro cuerpo, las imágenes se superponían hasta que, corrección del enfoque de un lente, privó la de Rafael.

—¡No, Martín! —gritó, apartándose.

La vio erguirse, actitud de defensa y agresión, rictus de miedo y placer. Intuyó, su padre se interponía una vez más. Enfrentándola, gritó:

—¿Qué te dijo?

Sin un instante de duda, contestó en tono semejante:

—¿Te crees que él podría separarnos? ¡Soy yo, yo misma! ¿Quieres tener una mujer que todos señalen con el dedo?

—¿Quién se animaría? ¡Lo haría pedazos! ¿Me entendés?

El furor de Martín se transformaba en espectáculo, la serenaba, la atraía.

—¿Harías pedazos a una pobre mujer que me comparó con una cepa machorra? ¿Que me echó en cara que solo sirvo para revolearme con los hombres? —marcó los vocablos chocantes.

Martín dedujo fácilmente el origen de esas palabras:

—¡La Isidra sabe que todas las mujeres han nacido para eso! —se le quedó en la boca: para revolcarse con su hombre.

Lo dicho por Martín no alcanzaba a las mujeres de la familia. Muchas veces había

escuchado con fastidio: «Para los gringos, ¡caballo manco y mujer usada!». Alrededor de ese dicho se había construido un pueblo, acaso una raza.

—¿Por qué cambiaste lo resuelto?

Martín no debía seguir con ese tono calmo, lo encaró:

—¡No quiero que vuelvas a hablarme de esto! ¡Soy dueña de hacer lo que me dé la gana! ¡No soporto a los hombres que se humillan mendigando cariño! —se repitió mentalmente la frase para convencerse de que había dicho algo tan vulgar. Al sentirse alcanzado, Martín no se daría cuenta: el orgullo esencial de los hombres sobrepasaba la forma en palabras y cosas; en esto se diferenciaba del orgullo femenino.

—No vas a tener necesidad de repetirlo, pero quiero que sepas: mi amor por vos no me humilla. Tengo sangre, tengo fuerza y coraje para levantarte por sobre todas las mujeres. ¡Nadie, ni nada puede humillarme!

Echaron a andar en silencio. El palerío de los árboles bordeando la tierra arada, y las raíces negruzcas que surgían de vez en cuando, imponían su desolación. Balidos lejanos, estirados. Las piedras emergían pulidas entre los raizones de las orillas del río; bajo el agua clara del invierno, esos raizones se convertían en cabelleras. Los muertos tendrían que estar acostados en el lecho de los ríos, los ojos abiertos, piedrecitas de colores. Wilhem lo habría comprendido perfectamente, hasta le encontraría atadero con algún versículo de la Biblia.

—¿Dónde te llevo?

—A casa de abuela, como prometí. —Se levantó el cuello del tapado, recobraba su intimidad.

Desde el vano del primer estribo del puente, Segundo los miró alejarse; dudó entre encender la vela de la hornacina de Rolón o correr a contar lo que había visto. Ya no tenía a quién. Los mandados duraban más que quienes los daban. Pero no era lo de ahora que tenía ansias de contar, sino lo de antes, lo de Rolón; contarlo para que Martín le diera la hoja de la libreta. Tembloroso raspó el fósforo contra las piedras unidas con cemento.

Diana había creído más fácil volver a esa casa; sin embargo, al subir los peldaños rotos, las piernas se le aflojaron. Martín la sostuvo. Se vieron distintos, viejas fotografías que pudieran palpitar: él la ayudaba con chacotonas reverencias que terminaban en amago de zancadilla.

—Van despacio —dijo, mirando los andamios y para cortar el silencio que duraba desde el río.

—Había cosas de mayor urgencia —con el tono amable pero impersonal quiso marcarle que, en esta casa, la conversación anterior desaparecía.

Quedó indecisa, luego se dirigió hacia el comedor. Salvo algún cristal trizado en los aparadores, todo estaba como antes, hasta los reflejos del fuego en la platería martillada. La sensación de eternidad debía brotar de la reiteración de lo pasajero. Al dejarlo caer, el tapado le rozó los brazos. Una caricia furtiva. El tronco de eucalipto chisporroteó en la chimenea. La voz de Rafael, pastosa por el deseo: «Si el Rolón era

bueno para acariciarte...». Lo miró con asombro angustioso: «¿Creíste que te bastaba con rebajarme?», la voz se le estranguló, esperó en vano que él desmintiera esas palabras. En ese instante, escuchó unos pasos y Rafael alcanzó a murmurar: «Diana, yo...». La cara se le endureció en mueca de atención; los pasos se acercaban, sabían que eran los de Alcira. Atropellando los muebles, Rafael salió a la galería. Un chiflón de aire frío. Abuela quedó a pie firme, juez que espera le demanden justicia. Al regreso de la Comisaría, le había dicho a Diana: «Te has portado de una manera indigna, nos has rebajado,» Ambas miraron hacia la puerta, escucharon los pasos de Rafael que se alejaban. Lo decidió en ese instante: «Soy mayor de edad, vuelvo a la casa que me dejó mi padre, sola». Tiburcia lloraba en su habitación. Abuela cerró la puerta: «Tú sabes lo que debes hacer, Diana. No hay llave que pueda guardar contra su voluntad a una mujer».

Alcira entró seguida de Tiburcia. Martín dio un involuntario paso atrás. Diana y abuela quedaron en el centro, bajo la luz de la araña.

—Te he llamado, Diana, porque si Dios ha dispuesto que seamos tan pocos de familia, no hallo motivo para estar divididos.

—Para mí existen los mismos de antes —la mirada de Alcira le hizo agregar, casi en acatamiento—, abuela.

—No te pregunto cosa de lo ocurrido, te hablo de lo que sucederá.

Diana calló. Pese al empeño en negarse cuánto estimaba el afecto de su familia, no podía ocultar el origen de esa imprecisa angustia que no la abandonaba aun en los momentos más dichosos. La cara de Rafael volvió a rondarla. Allí estaban los más cercanos de su sangre, podía quererlos, la llamaban para decírselo porque él ya no podía hablar. Las manos tibias de Tiburcia en las suyas heladas. La voz de Martín llegaba de lejos:

—¡Diana, te habla tu madre!

¿Por qué hablaba Martín en ese tono? Quiso escucharlo objetivamente, como apreciaba el grado de afinamiento de su piano. Solo oyó la voz mansa de Tiburcia, siempre la dominación de los mansos.

—Y, m'hijita, ¿qué resuelves?

—Ya te lo dije, mamá. No quiero perdón de nadie. Los que perdonan terminan por sentirse dueños del perdonado —frases, palabras, las necesitaba como biombos.

—¡No debes decir esas cosas! Todos te alaban y nadie te mira en menos. Debías estar orgullosa de lo que has hecho en tu finca.

—¿Orgullosa? —ironía mecánica en tono y tiempo—. Cuando se tiene plata es muy fácil hacer lo que hice yo. ¡En todo caso, una redención muy cómoda y espectacular!

—¡Diana! —reprendió Alcira—. Vos sabes cómo y por qué lo has hecho. Eso es cosa de tu conciencia. Solo me queda por decirte que puedes venir a esta casa cuando quieras. No te juzgo; ya estoy muy cerca de Quien puede ver en los corazones para tomarme sus quehaceres —tras una pausa la miró hondo—. Yo he aprendido, con los

años, que quien manda debe saber callar a tiempo, si una palabra basta para ser la chispa de un incendio, y aunque callando parezca injusto. Muchas veces, el señorío no es otra cosa que un silencio caritativo.

—Gracias, abuela —se volvió con rapidez, el picaporte tardó una eternidad en ceder.

Era casi noche. Se detuvo indecisa en el mismo lugar que a la llegada. Una mano firme le impedía el paso en la ancha galería, mano surgida de sí misma. Los andamios se hundían en la oscuridad del escritorio de Rafael. La manera imperiosa, masculina, posesiva de asentar las botas.

Wilhem en la cornisa de la Cordillera. Fue como una revelación; la zarza ardiente. El cuerpo se le estremeció. Un hombre podría suicidarse ante la persona que amaba, o encerrado y solitario en una pieza, o tirarse de una cornisa ante una multitud espantada, pero nunca jamás se mataría ante una persona que despreciaba u odiaba o, simplemente, desdeñaba. ¿Cómo era posible que no lo hubiese pensado antes? Wilhem no se había suicidado. Horrorizada cerró los ojos, hundió la cara entre las pieles, apretó los labios, contuvo el grito. Ahora sí, Rafael estaba muerto, muerto se repitió con serena extrañeza, miró hacia la puerta de su dormitorio, aparecía más alta, más oscura, vacía. De nuevo estaba en su noche de catorce años, con la mano en el cuerpo de Ismael, pero la imagen de su tío había desaparecido. Estaba perdida en una ciudad desconocida, repetía con empecinamiento una dilección inexistente. Tuvo que volverse para la última mirada a Alcira. Los contemplaba desde la puerta del comedor, entrecruzó las manos como si las anudara, nada más podían hacer. Martín la sostuvo por un brazo al bajar la escalinata; no era la mano de Martín.

—Cuídese m'hijita, hace mucho frío... —Tiburcia la besó en ambas mejillas.

Recorrió la distancia hasta el auto, los árboles tendían las ramas desnudas para atraparla con humana codicia, una dulce codicia. Los árboles de la casa de su gente.

Desapareció la luz de los faros en el callejón. Tiburcia regresó al comedor, rodeó la mesa y fue a sentarse en uno de los sillones ubicados bis a bis en frente de la chimenea. Alzó la vista hacia su madre que ocupaba el otro, abstraída comenzó a acariciar los brazos del mueble.

XXIII

Volvieron a experimentar la calma intimidada de esa cabina. El coche suplía el movimiento de los cuerpos humanos inmóviles. El ronroneo sordo y potente parecía ordenar el pulso de las arterias. Diana hundió la cara entre las pieles; le subía un sollozo. Desde los seis años no había llorado. Cuando dejaron a su padre en la bóveda, quedó un día íntegro en el escritorio, muda, desesperada, sin poder llorar. Disimuló el tiritón. Su padre no habría muerto si Rafael y ella, si ella y Rafael... El llanto le convulsionaba el pecho, mezcla de horror y vergüenza. No, ni siquiera ese llanto. En el llanto había empezado su atadura con Rafael. En una tarde de visita a abuela las platabandas del jardín la fascinaron; caminaba sobre ellas; a cada paso, las suelas de sus sandalias florecían de violetas, los dedos de sus pies les añadían flores rosadas. El renovado y rítmico milagro la extasiaba. La voz de su tío la aterrorizó: «¡Es una maligna esta muchachita! ¡Una malvada!».

Lloró acariciando las suelas. Cuando Tiburcia apoyó a Rafael, se empecinó en permanecer en el rincón de la penitencia durante el resto de la visita, pese a que abuela la hizo perdonar. Rafael se opuso al perdón. El primer desafío mutuo. Por primera vez, también, se sintió sola: Wilhem estaba en Buenos Aires, por negocios, y Martín en la finca de los Aldecua.

Soslayó a su primo. Muchas manos podrían tocar ese volante reluciente y fino, no obstante, habría de reconocer las de su dueño. Era necesario que cada ser o cosa del universo tuvieran dueño: amigo o enemigo. Shescow vendría a quitarle los últimos puntos de sutura, no le quedarían cicatrices muy marcadas. No habría muerto si ella y Rafael. Ya no podía pensar en esto, en alguna medida el espanto tendría que sobrepasar la capacidad de raciocinio. La cara de Wilhem, cortajada y magullada, solo un instante mientras lo colocaban en el cajón. Los ojos abiertos y fríos, congelados, ojos de vidrio de un muñeco, piedritas en el fondo del río. Los ojos de Rafael se le unían, ahora, entre los raizones. El horror tenía, ciertamente, un límite. «¿Por qué obró así?» —la voz nasal de *la Miss* le repetía la pregunta. El tono la sublevaba, en su mundo todo era cuestión de tono. El auto dobló por la calle de su casa. Martín la dejaría para siempre. Podía contenerse la angustia desmontando pieza a pieza su mecanismo. Las máquinas limpiadoras de nieve avanzaban arrojando el penacho blanco, las detenía una avalancha o una capa demasiado profunda. Wilhem no se había suicidado. Un asesinato entre ella y Rafael.

Con ademán silencioso, Martín ofreció un cigarrillo. No se perdonaba el haber hablado demás. Al pasarle el encendedor, lo conmovió el roce de la mano. Fijó la vista más allá de los faros y los esqueletos blancos de los álamos. Quedaría solo para cumplir sus planes; cuando no pudiera más, tomaría una mujer cualquiera. Diana le había hecho vivir una adolescencia demasiado pura, esta era su deuda. Aferró el volante. A ella o a Tiburcia tendría que pagar, también, la deuda de su padre. Los hombres de la familia parecían nacidos para deber a las mujeres.

En un costado de la calle divisó un auto detenido. Los faros iluminaron a un hombre que se adelantaba haciendo señas. Las facciones se fueron delineando. No era la cara de un desconocido. El asombro clavó el freno. Estaba solo, Diana se esfumaba. Arrojó el cigarrillo y bajó del coche. Avanzó unos pasos, se detuvo. Tenía que reconocer su imagen aun a contraluz. Desaparecía su sensación de seguridad.

—¿Sería tan amable de prestarnos una llave inglesa o una pinza?

Sin contestar palabra, no encontraba las que tantas veces había pensado, se desplazó hasta que los faros le iluminaron la cara. La otra figura avanzó en contraluz. Juego de imágenes en el espacio, la una ocupaba el vacío dejado por la otra. Escuchó la exclamación esperada desde su regresó.

—¡Tin querido, cuántos años!

Poco o nada de la antigua y turbadora emoción de abrazarse a sí mismo. Terminado el cambio de la rueda, el viejo auto se alejó.

—¡Qué distinto está! —exclamó Martín, volviendo a su asiento.

—Yo lo encuentro igual —murmuró Diana.

Martín accionó los cambios; antes de asentar los dedos en el volante, se le enarcaron, descansaban de una posición forzada. En tanto su primo Luis ajustaba las tuercas, Alberto le había dicho: «Ya no sos el mismo y no es solo la edad, pueda que hayas construido demasiado como para mirar adolescentemente». Lo dijo en tono entre admirado y triste, tal si comprobara la muerte o el fin de un ser que hubiera vivido nutriéndose de los cuerpos de ambos, acaso, el término de una tarea singularmente querida. Redescubierta la palabra, no la podía callar:

—No sabes, Diana, cuánto le debo. Fue mi primer amigo —las emociones ocupaban ordenadamente el puesto que la anterior dejaba libre. Le había tendido la mano: «Adiós, Martín, espero que algún día volvamos a encontrarnos».

—«Tu amor me fue más maravilloso que el amor de las mujeres», clama David a la muerte de Jonatán —musitó Diana, fríamente. Calló desconcertada, esas palabras le habrían brotado de un rincón de la memoria de su padre. Él leía la Biblia para saber exactamente en lo que no creía.

—Tengo que leerlo, apenas si recuerdo ese pasaje.

—Es muy hermoso; pero resulta amargo comprobar de qué manera los hombres más satisfechos menosprecian nuestro amor.

—No lo sé. Nunca he sido un satisfecho. —Era justo, de la más humana justicia, ese encuentro. También, debía estar previsto entre los millones de acciones de los hombres en ese instante. Volvió a mirarla, estaba realmente solo con ella, solos en el universo. Seguía siendo su piedra de toque, la comprobación de la calidad de sus pensamientos y acciones de su cuerpo.

Diana se irguió. Los faroles del pórtico estaban encendidos. Martín volvería a encontrarse con Alberto, todo recomenzaría. La reja del arado entra en la tierra y la vuelca en champas que aplastan los yuyos, les cortan las raíces con quejido seco de cuerda de guitarra. Ella era un yuyo para arrancar de raíz. Página por página

deshojaría la Biblia; las echaría al canal. Alberto escribiría, sonriente, una parábola para edificación de los estúpidos. Todo recomenzaría. Alberto sería hasta el padrino del casamiento de Martín; abuela elegiría la novia más de acuerdo con la familia, Todo recomenzaría con los hijos. Derrotada definitivamente. Alberto jamás diría una palabra en contra de ella, era demasiado astuto, la borraría lentamente; uno tras otro apagaría los reflectores, quedaría olvidada, formando parte de los lugares sin luz. Los colores, los seres no existían, no eran otra cosa que luz reflejada. ¿Qué le habría dicho mientras miraba cambiar la cubierta?; él siempre miraba las acciones de los demás, sin mezclarse. Lo odiaba. Se quedaría sola. Tendría toda la vida para pensar, a lo Bergman, si Rafael, por culpa suya, había asesinado... ¡no, esa palabra no!, si Rafael había sido el «accidente» de Wilhem. La culpa, el costado nórdico de su sangre.

La casa estaba totalmente iluminada, tendría que agradecer a Clodomiro, necesitaba a sus espaldas ese decorado final de gran ópera, de melodrama. Quedaría en lo alto de la escalinata y Martín se alejaría; le impresionaba la carrocería de los autos devorada por la bóveda de la noche. Espectáculo hasta el instante preciso, después, daría lo mismo cualquier cosa. Su padre vendría desde el despeñadero a aplaudirla o llevarla de la mano, de la otra mano Rafael. Cesaría toda prisa.

El ripio arañó los neumáticos hasta que se detuvo el coche. Martín bajó para ayudarla a descender; necesitó de todas sus fuerzas, las articulaciones entumecidas se negaban a flexionar. No había supuesto que Martín la acompañaría hasta la puerta, como a una mujer recién conocida. Grababa los actos en la memoria para, luego, poderlos repasar; la gente solitaria vivía así, poblada de movimientos grabados en el espacio.

Clodomiro, entre confuso y feliz, se adelantó para recibirla; con un ademán lo hizo callar. Por la cancela abierta llegaba un cuchicheo denso, al trasponerla se detuvo en seco. Grupos de personas ocupaban los espacios libres entre los muebles. Cesó el rumoreo. Recorrió las caras: arrendatarios, contratistas, medieros y peones con sus familias, algunos de los que vivían o dependían de sus fincas y fábricas. Hombres, mujeres y niños le abrían camino y volvían a cerrarse tras ella. Reconoció a quienes habían curado en esos salones, a quienes colocó ladrillos en las paredes de sus casas para darles ánimo. En el centro, junto a la mesa que había servido para las operaciones, Isidra y sus hijos.

Inquietos, intimidados, miraban a Isidra; ella, como iniciadora, tendría que apechugar. Enrojeció, las palabras le endurecían la lengua.

—Señorita Diana, como se nos va... antes queremos darle las gracias... por todo, antes... —Miró angustiada, nadie le prestaba ayuda—: ¡Bueno, que todos queremos que se quede, que no se nos vaya!

Un cuchicheo afirmativo coreó sus palabras.

Tomada de improviso, la emoción volvía a crecerle; se irguió dominándose. Si no había cedido ante su abuela, ante su madre, ante Martín y Alberto, menos cedería ante ellos. Se repitió ansiosa: Nada tengo en común con esta chusma emotiva que se deja

llevar de un extremo al otro, péndulo de reloj. ¡Latinos malditos! Bruscamente retiró el brazo del contacto con su primo. Se apoyó en el respaldo de una poltrona, necesitaba obrar, las manos se le hundieron como garras en el terciopelo morado. Se juntaban para jaquearla. Demasiado teatral y melodramático; nada de ese teatro sutil y frío, primorosas estalactitas pendientes de árboles sin savia, que ella prefería. En las vitrinas, recién restauradas como las tazas, la tenue iluminación daba encanto enfermizo a las porcelanas. Insoportable resultaba ese estallido popular, estridente, primitivo, demasiado directo para rozar su sensibilidad. Miró en derredor, ajena, lejana, contrapunto imposible por paralelo. Ni Martín podría penetrarla con su sangriento sector de círculo. Pronunció pausadamente, marcando las sílabas:

—Nada tienen que agradecerme. Solo hice lo que yo creí mi obligación. Si a ustedes se les rompe una máquina, se les manca o lastima un animal, la arreglan o lo curan para que vuelvan al trabajo lo más pronto posible. Eso mismo hice yo —se estremeció, en segundos había ido más lejos de cuanto Rafael hubiera llegado nunca. Imposible retroceder, se lanzó, sobrepasaría límites humanos—: Además, no sé qué hacen aquí; ahora, nadie los ha invitado a mi casa —su voz rebotó en paredes y caras. Dio las espaldas, subió la escalera con estudiada lentitud. No les huía, quedaba al alcance de cualquier reacción, segura de que no se produciría. El cuerpo se le endurecía, lamentó que el alfombrado mullera sus pasos. En el rellano, se resistió a volver la cara hacia el *hall*; sería vulgar mirarlos desde arriba. La insolencia requería plano de igualdad. Clavó los ojos en la vitrina empotrada y su colección de abanicos de los siglos XVIII y XIX, le alegró pensar que podían apolillarse durante su viaje. Nada existía más allá de su presencia. Accionó el picaporte y entró en su dormitorio. Las plaquetas de topacio de los candelabros de plata dorada, comprados por su padre en el palacio Gatschina, tintinearón agudamente. Delicia de la música electrónica. El terremoto había respetado gran parte de sus preciosos caprichos y había hundido los ranchos de adobe. Vulgar pero cierto; como que los grandes negocios financieros de su padre habían tenido éxito y desarrollo internacional cuando uno de sus socios llegó a ministro de economía de una revolución.

Martín, atónito, la siguió con la mirada hasta que la puerta se cerró. Escudriñó las caras que al recuperarse endurecían. Debía decir algo, no atinaba qué. No podía defenderla, ni explicarla; cualquier excusa se trocaría en insulto contra ella. Las caras principiaban a eludirlo. Nada les quedaba en común, descubría un abismo entre ellos y él. ¿Su afanarse por «ellos» no se originaría en un deseo de triunfo personal? ¿En su propia conducta no habría algo intrínseca e irremediabilmente falso: el gesto antiguo, el ademán acostumbrado? Diana había cortado todos los puentes, arrasado los pilotes. Bajo ese techo no quedaba otra posibilidad que la obligación de ser cortés, bien educado. ¿Qué otra cosa de más auténtico podían enseñar? Se adelantó hasta la cancela dispuesto a contestar el menor saludo. Pasaban a su lado sin verlo; algunas caras rojas por el furor, las manos apuñadas. Quiso creerlos más avergonzados por «la señorita» que por ellos; de antes debían saber las leyes no escritas de la hospitalidad

que cumplían en sus ranchos. Apretó los labios, miraba las cosas como un Aranda irremediable. Entre sus hijos pasó Isidra; ya sentía que su casita le incomodaría como zapato nuevo y ajeno. Jacinto Vega se contuvo para no mascullar: «A los ricos los pierden sus nervios de ociosos; no, tampoco servían cuando trabajaban, lo importante era la intención». Se contentó con sonreír, le sobraba mucho tiempo.

Martín contemplo con amargura el vestíbulo solitario. Sentado en una silla lejana, casi en la oscuridad, diviso a un hombre. Miró a la redonda y se incorporo con movimientos torpes, el poncho terciado, el sombrero entre las manos.

—¿Cómo? ¿Vos también estabas?

Juan Lucero lo miró con aire de reprensión.

—¡Brava la yegüita! ¡Hija'e tigre, overa habia' eser! Sí, pues, la oí como quien oye llover. A mí me mandó llamar para que le cuidara las cuadras... Se me ocurre que a la señorita le anda haciendo falta una buena soba.

—No, Juan. Ya no tiene arreglo —la voz se le apretaba entre los dientes.

—A cueros más duros los he sobado y hasta les saqué primores. Cuando se le pase el berrinche, hágame el bien de avisarle. Yo estaré esperando.

Lo miró alejarse por el pasillo, había resistido a duras penas las ganas de hacerlo callar. Las palabras, el habla, el tono, las maneras de Juan Lucero resultaban anacrónicas, ridículas entre las tazas de porcelana, las tallas y platerías, los abanicos; esa muelle, deliciosa, tibia poltrona, el terciopelo morado lleno de tonos. El tapiz del siglo xv, de la época de los de la Dama del Unicornio. ¡La sabiduría popular! Miedo, miedo a la multitud. La muchedumbre. Los derramadores de sangre. Tema, que soltarla, dejarla que estallara, una carcajada homérica. Todo tenía raíz fina, raíz de esmeralda ¡hasta su carcajada! Las palabras de Diana, siempre su piedra de toque. Su mundo entrañable, palabras, bambalinas. Los héroes de Sófocles, ¿pero qué héroes? La había seguido hasta el desamor de sí mismo. Seco, igual que vejiga al sol, con mapas inexistentes. Era el único que podía enfrentarla, habían nacido para enfrentarse. A ella no; enfrentar en ella cualquier resto de su propia falsedad. ¡Aunque cantara trescientas veces el gallo de la entrega, de la negación! Enfrentarla, destrozarse y hundirse entremezclados, temblorosos de miedo al tiempo. ¡Ay, Alberto! ¡Alberto, por fin, y por la primera vez, me has mentido! ¡Por fin, por la primera vez! Miedo, miedo, con música de fondo de cuatro solistas tocando vales en sus violines y un contrabajo. Sensación confusa que brota de la tierra y sobrepasa la inteligencia.

Trepó a saltos la escalera, la escalera de la calle Niederdorf, mujeres, mujeres, hasta la Escuela Politécnica, las maquetas de canales y diques, todos soñaban con diques y represas gigantes, aguas y gentes contenidas. La Tierra.

Impasible, Clodomiro barría los rastros de tierra sobre el *parquet*. Diana soltó el visillo y se volvió con presteza desafiante; los camiones, chatas y bicicletas se habían ido. Martín la miraba desde la puerta. Retrocedió, apoyó las palmas contra el revestimiento de madera, sus manos no realizarían movimientos sin control. Esperó

erguida, las facciones desencajadas, mueca de involuntario estupor.

—¡Sos un monstruo, maligna! ¿Qué culpa tienen ellos?

Maligna. Ninguna otra palabra más. Un calofrío la recorrió. Rafael. Ya no tenía las sandalias floridas de violetas. De nuevo, una voz para domar sus nervios, para trizarlos. Apoyándose en la madera, se desplazó hasta alcanzar la saliente del arco que comunicaba con la alcoba, alguna astilla tendría que clavársele en la carne, el dolor quebraría el embotamiento.

—¿Culpa?... Los inocentes tienen que pagar las culpas. Tu religión.

—¡Estás loca, histérica! —Avanzó hasta el centro de la pieza.

—Los inocentes y las culpas, tu religión, ¡nuestro mundo, Martín! Ya puedes gritar lo que quieras; las palabras no me importan, las he gastado todas —lo miró: un desconocido. Concluida, deshecha en tremendos vómitos de palabras. Una mujer, por fin una simple mujer. Martín tenía que irse, dejarla, y ella rodaría por el mundo en forma tan insignificante que no pudiese chocar con aristas aguzadas, ni siquiera rozarlas. Creer con ansiedad que el mundo no tenía aristas. Abandonó el apoyo de la pared, los muebles se alejaban empequeñecidos. Su casa de muñecas, Martín, siempre Martín. Con rápido ademán levantó el rulo cobrizo que le cosquilleaba el entrecejo, ala de lechuga. La miraba con rencor mudo. La muerte debía ser más tolerante que la ternura herida en los silenciosos.

Martín avanzó los brazos tiesos, lo arrastraban sus manos. Furor y odio crecían incontenibles, sus brazos, sus manos, sus dedos. Su mano derecha alzada recortándose sobre el cortinado de damasco de seda. Abierta, la descargó sobre la cara de esa mujer, las mujeres de la calle Niederdorf, la yanqui de Venecia, otras, otras. Imposible contenerse, ni lo quería. Los chirlos restallaban, una y otra vez, latigazos sobre el agua. Alberto nadaba silencioso. Las mejillas de esa mujer se coloreaban. La púrpura real. Orgullo provinciano. Los ojos inexpresivos, extáticos, se cerraban. Las facciones saltaban unos centímetros a la izquierda, el golpe, unos centímetros a la derecha. Los ojos cerrados de esa mujer. Reconoció la cara de Diana. Las manos le quedaron detenidas en mitad del movimiento. Las manos del santo en la capilla del Pueblo; los santos comprados por ellos, por la familia, para protegerlos exclusiva y privilegiadamente a ellos. Un altar privilegiado. Los brazos inertes, sin el menor intento de protección, el cuerpo de Diana se inclinaba sobre la cama. Golpeó con saña, temeroso de que las manos se anudaran en la garganta de ella hasta el cloqueo final.

El damasco antiguo del cubrecama; randas de hilo de oro y plata se le acercaban a los ojos; rondas y cantos de la infancia. Martín tenía que seguir golpeándola hasta el fin. El cuerpo se le hundía, muelle, interminable. En oposición, la voz se le alzó desgarrada:

—¡Martín, Martín! ¡Mátame, por Dios, mátame! —Los golpes de su primo la rodeaban—. ¡Mátame, mátame, Martín!, te lo ruego —los labios le borboteaban ensangrentados, temblaba acurrucada. Echó a llorar con angustia. Las lágrimas

debían mezclársele con la sangre, como sucedía a las mujeres.

Las manos se le paralizaron; el instante de un descubrimiento que lo dejaba abismado. Las yemas de sus dedos enrojecidos de golpear, comenzaban a tocar cálidamente la piel de Diana, esa piel bajo la cual la sangre corría ahora de distinta manera.

Entre las lágrimas, ¿o la sangre?, que le volvían pringosos los ojos, reverberantes los objetos, divisó los labios rojos de Martín; labios anchos, carnosos; amestizados, de los Aranda. Sensuales. Los deseó; el deseo desalojaba al dolor o se entremezclaba incitándola.

Nunca se habían contemplado de tal manera, salvo cuando se golpeaban en la infancia; pero en los golpes de entonces faltaba algo. Mecánicamente se despojo del saco, quería tener los brazos libres. Las manos de Diana se apoyaron sobre su pulóver, ni rechazo ni atracción.

Respiraban ansiosamente. Ambos pulóveres eran azules, solo había diferencia en el tono, en los tonos.

—Matame, Martín... —rogó, variando involuntariamente el tono. El de ellos era el mundo de los tonos; tenían que repetirlo hasta el cansancio, obrar de acuerdo.

Apoyado en la mano izquierda, golpeó con la derecha. La cara volvió a girar hacia ambos costados con movimientos precisos. Sí, el tono de la voz había sido muy distinto. La miró con asombro, ya solo ellos podían asombrarse, personalizarse. Ella tenía los ojos cerrados; lentamente fue levantando los párpados. Los alientos se entremezclaban.

—Matame... —la voz se le escurrió lánguida. Cerró los ojos, no quiso mirar a Martín. Sentía su cuerpo, las piernas de Martín apretaban las suyas y la estremecían. Con forma instintiva, poderosa, precisa, comprendió que Martín arrastraba su cuerpo, lo tendía hacia el centro de la cama, lo comprendía claramente. Quiso gritar pero se contuvo; podría dejar de golpearla, o su grito se transformaría irremediablemente en un quejido turbio. La mano de Martín volvió a golpear. Sí, la revelación, la anunciación de la carne, su quejido ya no había sido de dolor. Necesitaba voluntad racional para ocultar en lo que estaba transformándose. Se contorsionó.

El aliento se le cortaba, la mano ensangrentada se apoyó decidida sobre un seno, y no para descanso. La sangre, la sangre como en la pelea con Ismael; nadie vendría a separarlos, nadie se atrevería. Apretó con furor, furor consigo mismo. Diana permanecía con los ojos voluntariamente cerrados, la nariz le sangraba, el pelo rubio cobrizo tomaba rojos destellos. El pecho, sí era el izquierdo, se encajó tibio, incitante, en el hueco de su mano, los dedos se hundieron hasta los huesos. Ella permanecía inmóvil en apariencia, pero, en verdad, sensualmente continuaba el impulso que le producían los golpes. Soltó el pecho y volvió a golpear. La sangre; ya sabía que la sangre impediría una medida. La mano derecha se detuvo indecisa en el aire, debió tocarle alguna gota de saliva espesa que caía de su boca; la frotó contra el tejido azul tibio que se alzaba y descendía con ritmo alterado. Desanudándose del aire, la mano

corrió y alzó el pulóver por el ruedo de la cintura. Las dos manos se le unieron para llevarlo hasta la cabeza que se ocultó un instante. Surgió el busto casi desnudo, luego la cara entremezclada con el pelo y la sangre. Arrojó por el aire esa lana tejida. Blanco, rubio, porcelana el busto; lo había soñado infinitas veces, ahora estaba seguro, podía confesárselo. Como si terminara el bosquejo de un plano, de dos manotazos arrancó lo que restaba; de nuevo, arrojaba esas prendas de seda y encaje que había visto en el mueble del chalet, esas prendas que lo contenían: como desarnesar a una yegua. Ya podía desnudarse por dentro. La cicatriz del terremoto, igual a las que las madres del agua bordaban en el río bajo la arena mojada. Las variantes de tonos del rojo, rosado, marfil y morado en el surco erosionado de la piel, lo incitaban a acariciarla. Acariciar la brutalidad, los golpes de la tierra en esa piel tersa. Lo erótico. Nadie sabía nada de lo erótico, ya no existía ni finura, ni exquisitez, la gente tendría que contentarse con una civilización tosca y grosera; se contentaban con aterrarse, cerrar los ojos y dejarse hundir torpe y lascivamente. Palpó los labios de la cicatriz, de los puntos de sutura. La pulpa de los dedos acariciando y señalando: todo el destino del hombre. Más allá nada. Las yemas de los dedos, eran palabras más dulces y sabrosas. Diana se encrespaba, gato que alza y curva el lomo para completar la caricia que recibe. Silencio meloso; tenía que llegar el quejido. Si hubiera sido médico, rasgar la piel, esa piel rosada, con el bisturí le hubiera producido erección. Rasgar, hundir.

—Matame, Martín —cerró los ojos; ya Martín estaba arrodillado sobre sus piernas contenidas entre las de él. Debería haberse dado cuenta que el lamento significaba otra cosa. Apretó los párpados, no necesitaba ver; no quería que Martín viera todo en sus ojos. Sabía, por medio de ese aliento entrecortado y de prisa, esa tremenda prisa que se comunicaba a su cuerpo, que Martín se estaba desnudando. La palabra desnudez se le apretaba en la garganta. Una mano inhábil y poderosa, las manos de los hombres en la ropa de las mujeres, le abrió la falda. Ya sabía, Martín quedaría con los pantalones volcados sobre las botas; la tierra en los surcos; la primera vez sucedía así en el campo. No, Martín estaba sin botas. Se estremeció retorciéndose, la imaginación era más lacerante que la realidad, que una mano áspera y callosa. Ya estaban desnudos; desnudos como desposeídos de palabras ante los peones en el *hall*. Lo comprendió: lo que estaba sucediendo había principiado cuando ella se desnudó en palabras y desprecio en el *living*; no fastidio, simplemente desprecio, posibilidad real de que un ser humano importara menos, en pesos y para la compañía de seguros, que sus vitrinas con tazas de porcelana.

Solo quedaban las medias, como las de la puta de Zurich, negras sobre el antiguo damasco de seda; acostarse sobre toda la familia, sobre todas las vírgenes que habrían bramado de desesperación bajo el nombre de los Aranda. O quién sabe. Desnuda, totalmente desnuda, salvo las medias. Permanecía con los ojos cerrados; debía mirarlo entre las pestañas, mirar su sexo, todos sus cálidos detalles de hombre que las mujeres conocidas no querían olvidar. El semental de los Aranda. Se inclinó hacia el

pantalón amontonado en el suelo. Una víbora entre el pasto, el cinturón se deslizó entre los sostenes. Lo empuñó, giro en el aire, ronroneo de moscardón. Golpeó con furia.

Gritó, un quejido turbio. Se enarcaba imitando las parábolas del cinto, para que el cuero, cuando regresara a Martín, le llevara algo de su cuerpo. Entreabrió los ojos. Los dedos se le agitaban ansiosos; cuando chica, si divisaba un juguete, tendía las manos, los dedos se le agitaban alocadamente; rozar, tocar, destrozar juguetes.

—¡Martín! —Le resultaba imposible el menor disimulo, ya el dolor estaba sometido por el placer. Todo tenía un nombre científico, pero la ciencia estúpida y petulante no existía entre dos cuerpos desnudos. Tomó con ambas manos el cinturón, se lo envolvió en la muñeca, necesitaba atraer lo que estaba en el otro extremo. Fue como si la pared del rancho se derrumbara de nuevo en el terremoto. Martín cayó sobre ella. Con desesperación, Diana le besó las manos, las muñecas, los brazos. Necesitaba recorrerle el cuerpo con su boca, murmurando procacidades que solo se había atrevido a pensar; recorrerlo totalmente, lo más pronto posible, como sumisión, como anuncio de la entrega total. Soltar palabras obscenas ante el secreto de su sexo triunfal.

Fue ella la que guio todas las acciones de él como en un ruego; la que cedió con ademanes y poses de escándalo, de religiosa sabiduría hindú. Era la encarnación del templo de Khajuraho a decenas de miles de kilómetros. Sin necesidad de explicación, de igual a igual, orgullosamente.

Quedaron tendidos, laxos. Se iban enfriando y separando físicamente. Ya no existía ningún secreto entre ambos. Martín había hecho lo que los otros, los peones; además, lo que ninguno de los peones había conseguido. De igual a igual, aristocráticos.

Se miraron; ensangrentados y desnudos. Satisfechos físicamente. Debía estarles naciendo un rencor sangriento, mezclado con el sexo. Algo distinto, una atadura diversa, tendría que unirlos después en lugar de la anterior que ya no existía, que ya no podrían recuperar jamás.

Martín se incorporó. La miró; permanecía inmóvil, sin ningún pudor, desafiante. Todas las normas destrozadas; comenzarían a crear otras nuevas, aparentemente monstruosas. Comprendió, en un relámpago que aclaró toda su vida y la de Diana, la suerte de atadura que los unía desde ese instante. Se estremeció. La atadura más sucia o ¿simplemente lo que él había llamado amor como máscara de la pasión? O el reverso del amor. Morosamente fue recuperando el raciocinio. Diana permanecía muda, inmóvil: solo había dicho palabras torpes a borbotones, puercas palabras que no hubiera ni siquiera imaginado en la boca de las putas más rastreras que había conocido. Ellos podían decir lo que les diera la real gana. Un cosquilleo helado en la columna vertebral. Inmóvil, como para marcarle la demoníaca diferencia de su cuerpo en movimiento. Era la mujer jugada que espera; la ruleta señala el número y el croupier paga la cantidad estipulada desde siglos. No recordaba haber tenido entre sus

piernas, ni sometido, otro cuerpo más hermoso. Sexo con sexo, toda la humanidad. Lúcidamente comprendió que estaba atado por el cuerpo, que siempre había sido el cuerpo de Diana lo que había llamado amor. Espantoso deseo. Giraban las ruedecillas, el mecanismo recuperado de su cerebro. Sí, todo era distinto. Estaba atrapado. Quiso golpearla nuevamente para interrumpir su exasperante inmovilidad; pero ya sabía a dónde lo llevarían los golpes. Los muslos de Diana; el prodigio de su busto, los pechos manchados de rojo por apreturas y golpes, ruborizados, las mamas pardas rebalsadas. Estaba atrapado; encastrados. Rodarían juntos cada vez más bajo, hasta que el cuerpo se les agotara, hasta que la exasperación ya no produjera más placer y se convirtiera en odio. Hasta que se destruyeran totalmente por los sentidos; tenían años y mucho dinero por delante. Ya no había otro fin.

Solo el ruido muy tenue y ciceante del aire acondicionado traía un mecanismo exterior al mundo propio y secreto que acababan de ordenar. Ya no podrían separarse, estaban contruidos para el bien y para el mal con la misma materia, exquisita. Inmensa y lasciva obra para realizar; solamente ellos podían derruir y sacrificar tantos mundos, tantos ideales en el secreto de una cama. La gente llamaba ideal a contrariar hipócritamente a su naturaleza. Había creído odiar la palabra cama; estaba contruido, sin embargo, más acá de su inteligencia cultivada, de todo lo que había hecho para creer que la poseía, como un coordinado animal de placer, un macho inolvidable. Un Aranda para otro Aranda. Si este, si esto había sido el primer encuentro, el primer acorde de ambos, la primera sinfonía en el bucólico campo de los Aranda, ¿qué sucedería en el resto del mundo de los sabios pecados de la carne? ¿Pecados? La vieja denominación absurda. Los años perdidos para lograr otra vieja y ya inútil denominación, universitaria.

Con rabia tomó el cinturón y golpeó a ciegas con la gruesa hebilla. Saltaron cristales de una vitrina, se derrumbaron las estanterías, se rompieron algunos de los perfumeros de cristal; el olor le ensanchó las narices.

—Es inútil, Martín. Yo, también, lo intenté con las plantas del parque. Es inútil, Martín.

Por el tono de la voz comprendió que ella había pensado exactamente lo mismo, que ya estaban jugados. Se acercó con decisión, también con sometimiento; lo uno se engancharía siempre en lo otro, perenne engranaje. Leve movimiento de los muslos y las caderas de Diana, desplazamiento de los pechos como en una plancha enaceitada. Comprendió cuál sería el tono de la voz, el tono del cuerpo. Volvió a su papel. Además, ¿para qué razonar? ¿Qué podría importarles ya lo que sucediera más allá de los vidrios de sus ventanas? La antigua ventana del chalet, que daba al poniente, hacia la noche, ya no existía; la estaban recuperando. Siempre tendrían sus ventanas en el mundo, leyes, seres que a cambio de dinero, se turbó, del dinero de ella, protegieran sus encuentros. Su amor. De cualquier manera la palabra podrían emplearla, «el amor» no era propiedad de nadie, y si fuera, ellos lo comprarían. Le extrañó pensar, con un respiro, que jamás volvería a encontrarse en un camino del

mundo, de su mundo, con Alberto Aldecua, un pobrete sonso, además idealista, como corresponde. Alberto pagaría los platos rotos de los demás; se disolvería, se diluiría entre grandes ideas, en un rincón, olvidado de todos, oscuro, sarnoso, brotado de hongos y miseria, mientras los que se servían de él vivirían en sus lujosos departamentos con soleadas terrazas. Cuando lo supiera así, comprobaría por fin que ya no quedaba ni el menor rastro de su propia alma. Nada de Jonatán. Volverían cuando ya se les hubiera resecado el cuerpo, viña quemada por la helada; cuando todo se hubiera disgregado, resquebrajado y hundido. No pudo entender por qué lanzó ese suspiro de alivio. Algún día tendría que matarla y volver. Empuñó —arma que se volviera contra sí— en mezcla de caricia dominante el pecho más cercano. La mano de Diana se deslizó por su vientre. Se consumirían hasta metafísicamente, diría Alberto para esconder acciones puercas con palabras abstrusas. Los imbéciles pensaban, lucubraban; lo había sido durante años porque no tenía ese cuerpo bajo el suyo. Se hundió *metafísicamente* en el cuerpo de Diana, ella lo había guiado con la mano como una manera de ceder un contacto a otro contacto más íntimo y tibio. Entre los vidrios rotos, descubrió el Ángel de la Fundamenta del Angelo, en Venecia. Cerró los ojos enfurecido, luego con deleite.

XXIV

Segundo Varela aguaitó por la ventana del comedor que acababa de iluminarse, estaban las señoras. A la vuelta, ya tendría tiempo de contarles todo. Decidido, le hicieran lo que le hiciesen. Tenía un mandado para el boliche; a más, le vendrían bien unos tragos paja calmar el frío. Se hundió el chambergo hasta las orejas, se abrigó bien con el poncho de don Rafael que le había regalado la señora Alcira y arrancó para el otro lado del puente del río Atuel.

—¡Cuánto tarda el gringo este! —suspiró Tiburcia, sentándose cerca de la chimenea.

—Todavía no es la hora... —Alcira le tendió la bolsa del tejido.

El chisporroteo del tronco de eucalipto en la chimenea dividía el silencio.

—No sé cómo voy a arreglármelas para administrar lo que Diana no ha vendido —suspiró de nuevo, deteniendo las agujas un momento.

—Mi marido tampoco me preguntó si podía manejarlos cuando... —a los cuarenta años de sucedida, aún le costaba mencionar esa muerte— el Señor lo llamó. Es bueno vayás conociendo la responsabilidad de tener algo. Te has criado como niña consentida, solo con penas del corazón. Además, con Flores y el contador ese, como apoderados generales, no vas a tener muchos rompederos de cabeza —sonrió para animarla y animarse—. Yo no me quejo y motivos tendría.

—Sí, mamá, discúlpeme... —Se removió inquieta—. ¡Pero si al menos hubieran dicho cuándo piensan regresar! Yo no sé qué afán de irse a rodar por tierras extrañas...

—Así aprenderán a apreciar las propias... —Alcira corrigió los pliegues de su chal negro—. La vida, hija, no es solo cuestión de lloros ni alharacas. —Tiburcia volvió a detener la labor, temerosa de que las palabras le estuvieran dirigidas. Su madre, abstraída, la mirada en el fuego, pensaba en voz alta—. Ya volverán, Tiburcia. La tierra nos llamará juntos a ellos y a mí. La tierra, nuestra tierra, siempre llama. Yo no los veré, pero vos sí. Mi ida servirá de llamado para ellos... Dios lo quiera.

Desde la galería llegaron los ladridos de Chino.

—¡Sus, mamá, no diga esas cosas!

Guardó presurosa el tejido cuando Chana anunció al visitante.

—Lo dejo con mi hija, señor Conti —dijo Alcira, con medido movimiento de cabeza, luego se dirigió a la criada—: Avisale al chofer que ha de llevarme a lo de mi comadre Isidra.

—¡Mamá! ¿Va a salir a estas deshoras?

Estaba azorada ante los papeles que el contador desplegaba en la mesa.

—No pensarás guardarme como a las gallinas...

Salió dispuesta a retomar, punto por punto, la malla deshilachada de su gente. Siempre habían sabido entenderse: plantación a plantación, cosecha a cosecha, granizo a granizo, helada a helada, temblor a temblor. Era cuestión de saber querer y

comprender las mismas cosas y que nadie las sintiera ajenas. Repitió inquieta la palabra ajenas; ellos habían aprendido ya el significado de la palabra ajenas. Bajó la gradería apoyándose en el bastón, le sorprendió comprobar que ahora lo necesitaba. Tuvo casi obligación de decirle al chofer:

—Le ruego que me disculpe por molestarlo a estas deshoras.

El chofer la miró asombrado. No sabía decir estas cosas amables con sabor a culpabilidad generosa, erraba en la medida. Esta vez no lograría componer la malla, un falso remiendo; pero necesitaba creer para poder vivir. Viviría mientras creyera. Se acurrucó en el asiento; empequeñecerse. Dejó reposar las manos en la falda. La carne de sus piernas iba desapareciendo poco a poco, el cuerpo se iba borrando. No había pensado más en su cuerpo desde la muerte de su marido; ahora le parecía que había sido fácil. Jamás se pudo hablar de esto en su casa.

El palerío de los álamos surgía barajado por las luces de los faros del automóvil. El cansancio, el cansancio de toda una vida. La mano enguantada acariciaba el vidrio, dividía el resplandor de las luces. El parabrisas comenzaba a empañarse con los alientos de ella y del chofer nuevo, recién agregado a la casa. Nunca había pensado que sus alientos se entremezclaban. ¡Cuántas cosas para repensar, diría socarrón el obispo!

Las sombras que a ambos lados se recuperaban volvían a su densidad; luego de pasar el auto, cubrían y protegían todo lo que era suyo o había sido de su gente. Había sido... En las manos inhábiles de Tiburcia todo se derrumbaría: el bíblico gigante con pies de barro.

—Hemos llegado, señora.

El chofer abrió la puerta. Una ráfaga de viento helado le tocó las mejillas. La casita de Isidra solo tenía luz en la cocina. Deslizó su botina derecha sobre la alfombrilla; un movimiento inútil, fatigado. Lo creyó un infinito movimiento de egoísmo.

—No, gracias Luis. Regresemos a casa, no me siento bien.

El tibio ronroneo del auto. Cruzó las manos sobre el pecho. No, nada físico; cansancio espiritual. Las luces de otro coche la encandilaron. Ya no importaba ver o no. Lentamente se quitó los guantes. Solo su anillo de compromiso, de casamiento. Sus manos habían poseído demasiadas cosas, no eran como las manos laceradas y llagadas de Jesús. No todas tenían que ser así; su pecado de orgullo compararse a Jesús. Suavemente bajó el vidrio. Por el espejillo, el chofer la miraba sin atreverse a preguntar. Estaban tan separados y distantes, quizá, que en nada podrían ayudarse con palabras. Sacó la mano; se le iba helando muy despacio; algún día su voluntad ya no lograría detener ese frío. En nada podrían ayudarse, ni aun cuando llegara la muerte. Tuvo miedo y vergüenza de su mundo. Subió el vidrio, nunca había pensado que el chofer podría quedar en corrientes de aire.

Cerró los ojos. Imposible borrar la sonrisa de Diana cuando Martín dijo que se casarían en Suecia, en casa de los Arenberg, como quería Wilhem. Fue como si sus

labios añoraran otra cosa. Ninguna mujer de su casa había sonreído así. Tuvo deseos de persignarse para borrar lo pensado, pero ¿qué diría de tal ostentación el nuevo chofer? Los ricos no debían hacer ostentación de Dios ante los pobres; los pobres jamás podrían seguir el ejemplo religioso de los ricos, era un ejemplo sin sentido, decía el obispo. Quiso, sin embargo, pedir perdón a Él. Los hombres no debían inmiscuirse en el destino de los demás, carecían de perspectiva para juzgar, ni siquiera la tenían para obrar. Se golpeó el pecho. *Mea culpa*. Si ella no hubiera puesto disimulados escollos entre Diana y Rafael, si no hubiera torcido el libre y espantoso albedrío, ellos se habrían ido juntos. Las dos ramas podridas del árbol. Martín habría quedado para el tronco capaz. ¿Pero cuál era la verdadera voluntad de Dios? ¿De nuevo quería guiarla o torcerla? ¿Con qué derecho unía la voluntad de Dios al triunfo de su gente? Inclino la cabeza y murmuró con infinito cansancio:

—Hágase tu voluntad y no la mía...

Se estremeció: de nuevo su costumbre de apoderarse de los grandes roles, de las grandes oraciones.

Al verla entrar, Tiburcia se sorprendió, como si la arrancara de un mundo que no debiera conocer.

—Firmé tres boletos de venta, me los mandó Flores, y los cheques para los impuestos del semestre. Aprobé los gastos. No quise ver los comprobantes, ¿por qué la gente tiene que mostrarnos que son honrados... si yo no dudé nunca de ellos? —calló, hubiera querido agregar: ¿para ayudar a quiénes voy a dudar? Comprendía que por su culpa, por su miedo a Rafael, había terminado por no significar nada para su hija. Miró a Alcira, había vuelto a su sillón junto a la chimenea; ella, también, había perdido a Martín. No entendía por qué, aunque le bastaba con su instinto de madre, estaba segura de que Diana le había mentido al besarla en la estación; Martín le había mentido al besarla en la otra mejilla y le había mentido al recibir ese cheque de bodas, por una cantidad que jamás creyó posible firmar; lo guardó sin mirarlo, como si no quisiera saber esos números. Apretó los párpados, lo chocante era que su mano se había movido exactamente como la de Rafael cuando recibía sus préstamos, sus regalos. Al regreso del ferrocarril había mentido a su madre: «Me siento muy dichosa porque ellos serán felices». ¿Por qué debía mentir la gente? Apenada, cerró el portafolios con el inventario de la Bodega. ¿Por qué habría de importarle más a ella lo que Diana abandonaba porque ya no eran capaces, los dos, de soportar su cándida mirada o la herida de toda la gente de la propiedad, que había insultado como jamás insultara un Aranda? Todo sería muy triste, muy sucio, muy feo. Escupió disimuladamente en su pañuelo de encaje y fue a sentarse en el otro sillón, frente a su madre:

—Sí, van a ser felices. Los casados casa nueva quieren... —Como si ella no pudiera pensar en otra cosa.

—Así es, m'hija. —Sonrió Alcira. Debía ser hermoso no comprender nada de todo lo que sucedía en su derredor como le pasaba a Tiburcia. Echó hacia atrás la

cabeza, quería dormir profundamente. Simular que se ignoraba lo que todos sabían bien podía ser la base de una familia.

Corría desaforado y tropezando, tenía que llegar al primer estribo del puente antes que cerrara la noche. Ese maldito gallego lo había enllenado de grappa hasta sacarle el último peso. El poncho de don Rafael le aleteaba a las espaldas como lechuza enojada. A la salida del boliche, se había topado con Ña Cloris. La hizo rodar como caneca descuadernada; aguantó el chaparrón de maldiciones mientras el perro garrapatiento le mostraba los dientes. Qué más daba, ya estaba decidido. Don Martincito no lo había querido nunca, menos lo querría ahora que se había ido con ella. A ella no se atrevería a mirarle la cara.

Se paró sudoroso y jadeante. El puente y los cerros estaban ribeteados de rojo sangre, no podía ser porque apenas si quedaba un mermo de luz. De un manotón se quitó el poncho y lo ató a la baranda del puente, le pesaba y quemaba como arrobos de sarmientos ardiendo. Necesitaba las manos sueltas, y, tampoco, estaba bien que arrimara ese poncho al altarcito del difunto; nunca ese poncho de don Rafael. Palpó el paquete de velas, no lo había perdido en la disparada, lo tenía entre el pecho lampiño y la camisa. Aguaitó por miedo que lo vieran. Ya no servía para contestar preguntas como las que hacía él Comisario. Sin patrón no era nadie.

Bajó apresurado el talud del terraplén, las bombachas se le pegaban como polleras. Soslayó la hornalla de ladrillo y mezcla, la había hecho él solo entre la tirantería de hierro; también le había colocado la cruz de madera. Al principio le pareció suficiente, pero después de la muerte de don Rafael ya era distinto, no dejaba día sin traerle velas. Estaba contento, no era tan negado como afirmaban: las crecidas del río no le llegaban. Encendió una de las velas y la pegó dentro de la hornalla tiznada; mientras dejaba las restantes al resguardo, se persignó. Tenía las coyunturas duras y los ademanes se le pasaban de largo. Vio con alegría que alguien había puesto una sarta de claveles del aire. Había querido pedirle al joven Martín que le pusiera escrito el nombre del difunto en la cruz, pero tuvo miedo a las preguntas.

Se encucilló a la espera, no sabía de qué. Muchas veces se demoraba así para sacarse las cosas feas que tenía en la mollera; pero las cosas, en vez de irse, se le prendían como sabandijas. Hasta llegaba a sentir como si reciencito acabaran de suceder. Sudor frío le mojó la frente y el pecho. Epifanio Rolón se contorsionaba colgado del puente. Se limpió la mano en la arena para quitarse el calor tibio de la alpargata. La oscuridad salía del puente y se desparramaba entre los árboles pelados, esqueletos comidos por los jotes. Temblando encendió otra vela y la pegó al lado de la cruz. Don Martincito no le había dado su hoja de la libreta negra. Le había costado mucho convencerse, pero no estaba bien que Rolón anduviera vivito y coleando. ¡Había faltado tan fiero a los patrones! En esto don Rafael decía verdad.

No quería quedarse más por miedo a las ánimas, pero allí se hallaba mejor que

junto con los demás peones. De la chaqueta sacó el chifle y echó un trago. El olor de la grapa lo hizo tiritar mas que el frío: el aliento de Epifanio Rolón. Miró la viga del otro costado del puente, ningún cristiano colgaba de ella. Escuchó otra vez el dicho del Comisario: «Un criollo no se mata nunca cuando anda en su ley, a no ser que el mandinga le ponga el nudo en el pescuezo».

Se persignó y quiso escapar. Las luces de un auto lo encandilaron, volvió a esconderse. El camión remeció el puente.

El poncho de Rafael se desanudó y, deslizándose entre los caños de la baranda, quedó colgante sobre el río.

A medida que el ruido del motor se alejaba, fue alzando la cabeza. Se estremeció hasta los tuétanos. A la luz de las velas, Rolón volvía a colgar del puente.

—¡Ánimas benditas! ¡No, Epifanio, no fui yo! ¡Fue el patrón! ¡Casi me lo mando, Epifanio! ¡Estaba allicito, Rolón, en los tamarindos! ¡Juro por todos los santos, me lo mandó el patrón!

El poncho flameó hasta caer en el agua.

¡Epifanio Rolón había vuelto pese a las velas! Era cierto que podía volver. Cuando estaba tirado, borracho, inconsciente, se le arrimó, le quitó la larga faja, le anudó una punta en el guarguero y pasó la otra por encima de la viga. Tiró con fuerza. Epifanio había hipado. Un golpe capaz de romperle el gañote le cortó el cloqueo. Siguió tirando, se retorció hasta quedar duro como los sapos que Ña Cloris colgaba en ristras. Ya sin miedo que la faja se cortara, ató la punta en otra viga. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, don Rafael caminaba a su lado, tenía la cara como si fuera de piedra. Estaba seguro, él lo defendería. Tuvo ganas de pasarle el brazo por sobre los hombros, pero reconoció en su mano una alpargata del muerto y la tiró muy lejos.

—¡Don Rafael! —gritó despavorido. Quiso huir, las piernas se le negaban. Tropezó en una piedra y cayó.

El agua helada le entumeció el cuerpo y le llenó la boca. Se hundía, no sabía nadar, siempre fue peón de las casas. Quiso gritar pero no pudo. Epifanio lo tiraba desde abajo y le echaba aliento de grapa en la cara. Un gusto salado; sabía que las ciénagas salitrosas estaban lejos. Epifanio Rolón no era el primero que había despenado. Para las votaciones nacionales de hacía un montón de años, su patrón de entonces le había mandado matar a Servando Galán, el caudillo de los contrarios. Lo mató en pelea limpia. Le metió el cuchillo en el guarguero, chilló como un chanco. La sangre saltó a chijetazos. Don Rafael lo sacó de la cárcel. Siempre cumplía los mandados del patrón.

Los brazos y las piernas se le entumecieron, las narices y el pecho querían reventarle. La niebla de los temporales borraba los cerros crestudos. Siempre cumplía los mandados...

El tranqueo de un caballo resonó en el puente. Comenzaba a helar. Juan Lucero se ajustó el poncho. El Nevado no tenía su sombrero de nubes. Junto al primer estribo

del puente, el caballo se le espantó.

—¡Ánimas benditas! —soltó, afirmándose en los estribos.



ABELARDO ARIAS (Córdoba, Argentina, 10 de agosto de 1908 - Buenos Aires, Argentina, 27 de febrero de 1991).

Fue el quinto de los ocho hijos de una tradicional familia mendocina. Su padre — militar de carrera— cumplía funciones en distintos destinos del país y en uno de esos traslados se encontraba en Córdoba cuando su esposa da a luz antes de que la familia se radicara en San Rafael, luego en la capital mendocina y más tarde en Buenos Aires.

Abelardo se convierte en un estudiante precoz. Aprende a leer en su casa antes de ir a la escuela y en las aulas llamó la atención por sus conocimientos. Leía vorazmente. Realiza los primeros estudios en San Juan, más tarde asiste al Colegio Normal y finalmente completa sus estudios secundarios con los Hermanos Maristas.

En 1927 se radica en la Capital Federal. Inicia la carrera de Derecho que posteriormente abandonará para dedicarse a la literatura. En esos años, su vida se ve llena de dificultades económicas. Hace trabajos a pedido y trata de ingresar en algún diario. A través de un amigo presenta crónicas de viaje en las editoriales pero todas son rechazadas. Desilusionado acude al diario *La Razón* para ocupar un puesto vacante. Fracasa. Como última jugada, antes de regresar a Mendoza, inventa una crónica titulada *Paráfrasis en un poema-Partenón* y la lleva al diario *La Nación*. Dos semanas después lo llaman y le comunican que se incorpora como redactor en el suplemento literario del diario. En ese medio trabajará hasta su muerte.

En 1942 Arias publica la novela *Álamos talados*, con la cual obtiene el Primer Premio

Municipal de Buenos Aires, el Premio de la Comisión Nacional de Cultura y, en Mendoza, el premio Agustín Álvarez. Cinco años después lanza la novela *La vara de fuego* que continúa el desarrollo autobiográfico de Alberto, protagonista de *Álamos talados*. Mientras esta narra una experiencia infantil dentro del ámbito campesino que da el contorno propio, *La vara de fuego* concreta las repetidas confrontaciones de un adolescente hondamente sensual que busca una realidad amorosa.

Transcurre el año 1952 y viaja por Francia, Suiza e Italia. Estudia literatura contemporánea en París como becario del gobierno francés. A su regreso reúne una serie de crónicas de viajes en forma de diario que titula *París-Roma, de lo visto y lo tocado*. En 1955 vuelve a Europa, pasa por Francia, Suiza e Italia. En medio de esta travesía se mete de lleno con su notable novela: *El gran cobarde* publicada en 1956.

Ya en 1957 decide regresar a Europa, su espíritu de viaje indomable no lo deja fijo en ningún lugar. Recorre Francia, Suiza, Italia y Bélgica y publica su segundo libro de relato de viaje: *Viaje latino*. Realiza su primer viaje a Grecia y embriagado por la mística helénica nace la idea de escribir sobre el Minotauro. Publica *De la torre de fuego a la niña encantada* (itinerario argentino).

A principio de junio de 1959, se concluyó la película de *Álamos talados* en colores y cinemascopio rodada íntegramente en Mendoza. Fue producida y dirigida por Catrano Catrani y el guión realizado por Abelardo Arias y Antonio Di Benedetto.

Publica en 1962 *Ubicación de la escultura argentina en el siglo xx* (ensayo). Trabajo que recibe el Primer Premio Municipal de Ensayo y el Premio Palas Atenea del Instituto Argentino de Cultura Helénica.

En 1963 da a conocer *Los vecinos* su parábola radioteatral. Publica en 1964 *Límite de clase* una novela por la que obtiene el Premio del Fondo Nacional de las Artes y el Primer Premio Municipal de Prosa. Es condecorado por el gobierno de Italia con la Medaglia Culturale.

En 1966 publica *Minotauroamor*, por la que recibe el Premio Nacional de Literatura. El análisis del discurso en *Minotauroamor* de Abelardo Arias, permite al lector acceder a una serie de conceptos acerca del hombre y de las realidades que le conciernen: el amor, la amistad, la belleza, el arte, el poder, entre otros.

En 1967 publica *Grecia en los ojos y en las manos*.

En 1968 nos sorprende con *La viña estéril*. Como bien expresa Marta Castellano, en la novela «*La Viña Estéril*» (1968), del escritor mendocino Abelardo Arias, se verifica un interesante proceso de elaboración del discurso narrativo, a partir de la recurrencia de un procedimiento que se basa en el juego con las distintas dimensiones temporales; este fenómeno da indicios de una cosmovisión particular que se relaciona con una mentalidad mítica, y se condice con la clave religiosa del texto.

En 1969 publica *Viajes por mi sangre* (itinerario argentino). Orden del Mérito, en el grado de Caballero Oficial, otorgada por el gobierno de Italia.

En 1971 gana el Premio Nacional de Literatura, el Premio del Rotary Club, el Premio Libro del Año y la Pluma de Plata del PEN Club con la obra *Polvo y espanto*. La novela fue llevada al cine en 1987, por el realizador Aníbal Unset, con la actuación de Héctor Alterio y Rodolfo Ranni en los roles protagónicos.

En 1973 publica *De tales cuales* (novela).

En 1974 escribe *Intensión de Buenos Aires*, itinerario argentino.

En 1975 publica su diario de viaje *Talón de Perro*. Recorre Francia e Italia.

En 1976 publica *Antonio Sibelino, escultor* (trabajo de investigación y crítica), y *Aquí Fronteras* (novela). Recibe el Gran Premio Fundación Dupuytren.

En 1979 publica la novela *Inconfidencia (El Aleijaidinho)*.

Recibe la Orden de la Inconfidencia, otorgada por el Estado de Minas Gerais, Brasil.

En 1981 comienza a trabajar sobre su libro *Él, Juan Facundo*, obra que le llevará ocho años de elaboración debido a que se encontraba enfermo.

En 1988 le es otorgado el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Se concretan numerosos homenajes con motivo de sus 80 años.

En 1991 fallece en Buenos Aires el 27 de febrero. Siguiendo los deseos del escritor, sus cenizas son arrojadas al Río Diamante.

En 1995 la editorial Galerna publica *Él, Juan Facundo*, su novela póstuma.